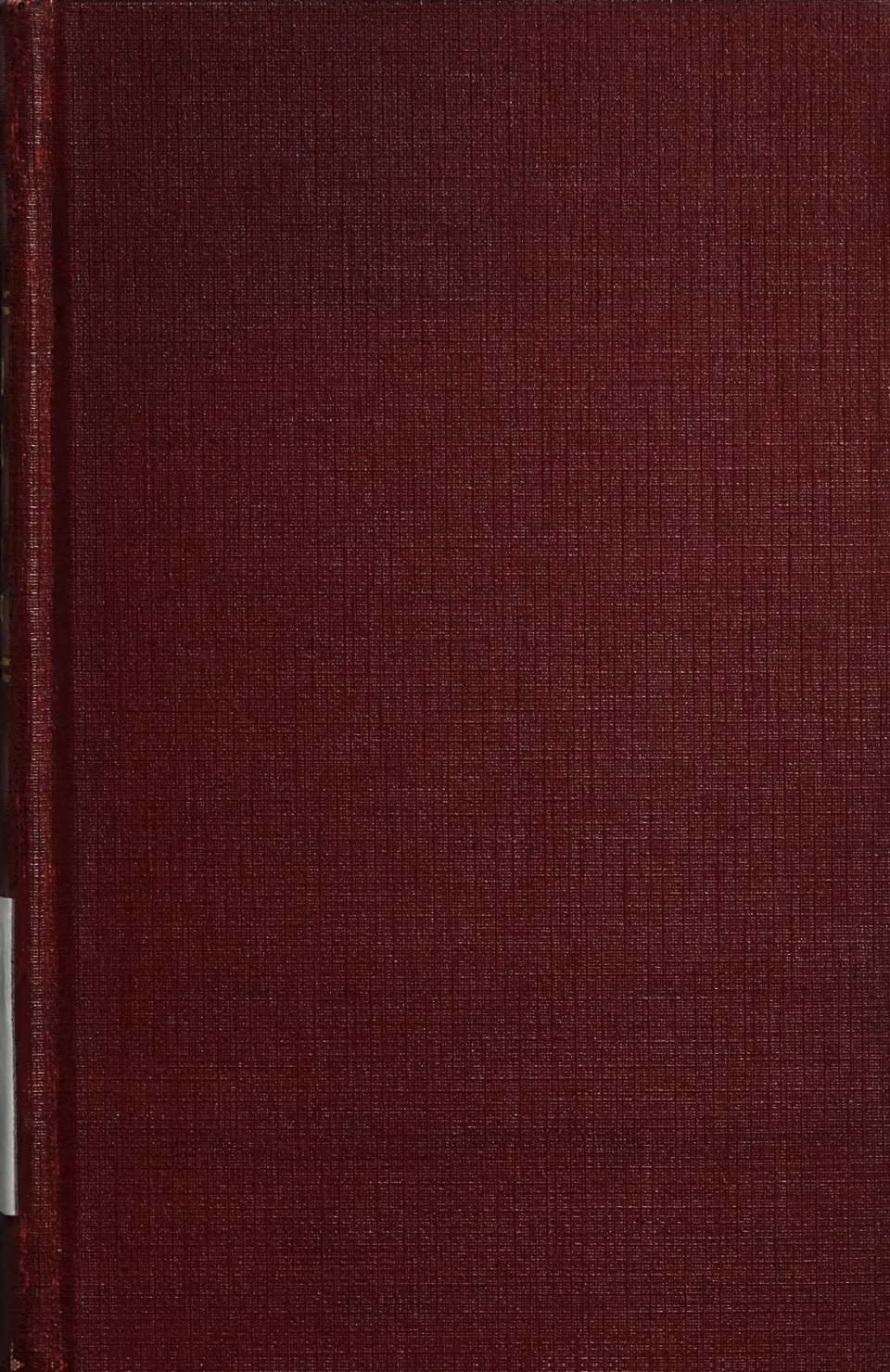
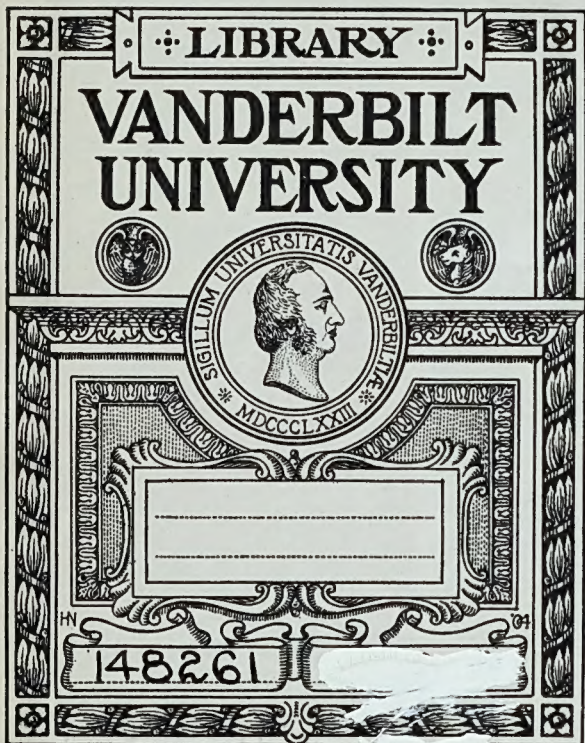




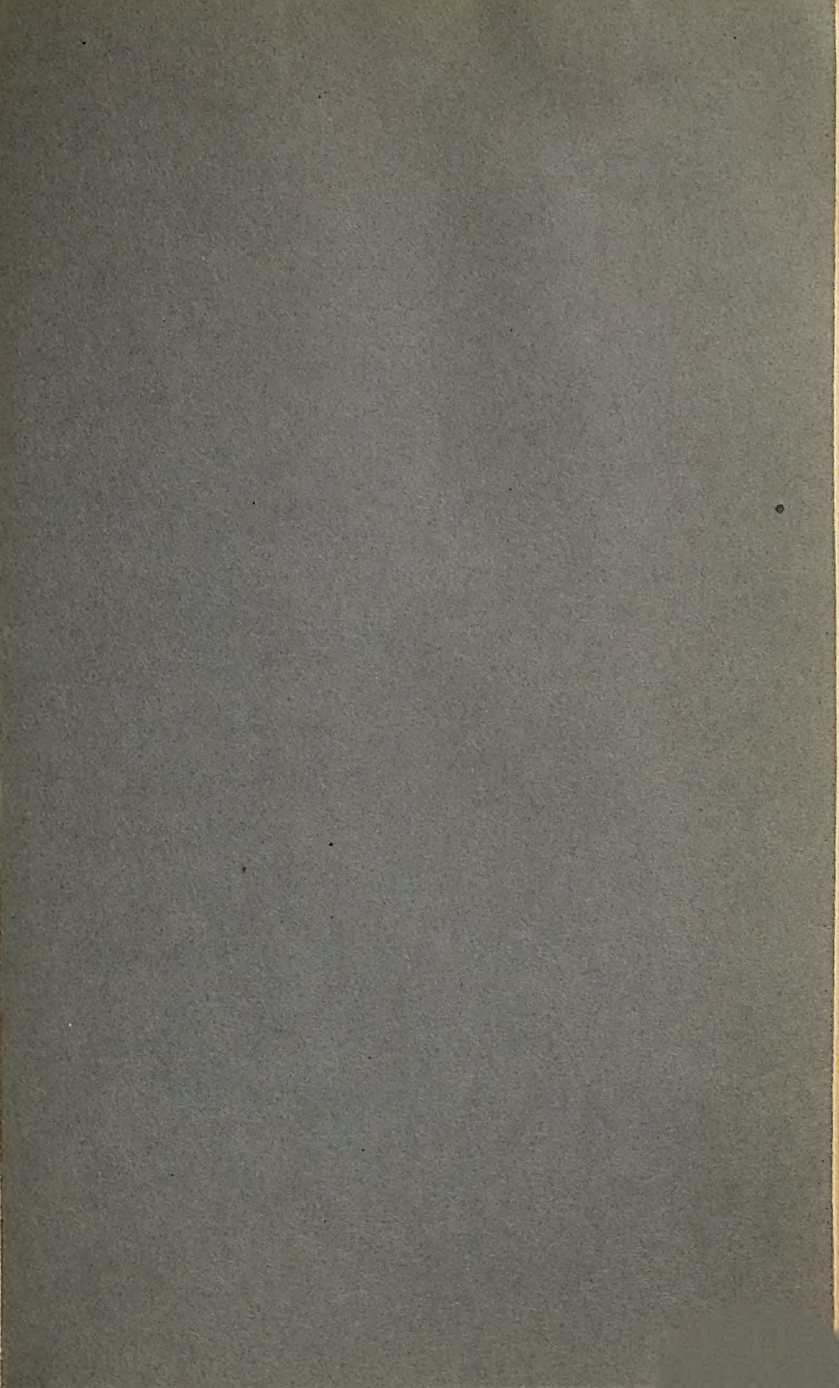


3 0081 007 948 619



V.27





TEATRO COMPLETO

TOMO XXVII

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEATRO COMPLETO

TOMO XXVII

COMEDIAS Y DRAMAS

ANTÓN CABALLERO.—LA QUEMA.—LAS VUELTAS QUE
DA EL MUNDO.—LAS BENDITAS MÁSCARAS.



MADRID

1928

Es propiedad de los autores
Copyright, 1928, by S. y J. Alvarez Quintero



MADRID.—IMPRESA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

Ram. Lang.

148261

ANTÓN CABALLERO

COMEDIA EN TRES ACTOS

(Refundición de una obra póstuma de PÉREZ GALDÓS)

Estrenada en el TEATRO DEL CENTRO
el 16 de diciembre de 1921



A L L E C T O R

De las manos de María Pérez Galdós pasó a las nuestras, para su examen y refundición, el borrador de una comedia inédita del glorioso autor de *Realidad* y de *El Abuelo*. Titulábase *Los bandidos*; después, rectificado el título en el borrador de los tres actos, se llamó *I masnadieri*, y hoy, al cabo, sale a la luz bautizada por nosotros con el nombre del protagonista: ANTÓN CABALLERO.

Se trata de una obra de la virilidad del creador insigne, por la que se sabe que tuvo cierta predilección, y que sin duda abandonó entre sus apuntes en una de aquellas gloriosas derrotas que lo alejaban temporalmente del teatro, con miedo y con hastío, para luego sentir de nuevo su atracción tentadora y volver a él más enamorado y animoso. En sus últimos años trató de repasarla con la intención de darla a la escena; pero de una parte el mal estado de su vista, que no le permitía leer por sí su propio manuscrito, y de otra su debilitada voluntad, le impidieron lograrlo.

Es una comedia en tres actos, como queda dicho, escrita en días, acaso en horas; genial improvisación de quien a la par que creaba iba escribiendo lo creado, con todos los aciertos, ti-

tubeos y vacilaciones inherentes a la gestación de una obra. Hasta tal punto, que muchos personajes, incluyendo el protagonista, están designados en el embrionario borrador con dos o tres nombres distintos; algunas escenas son extremadamente prolijas; otras no están sino apuntadas; ante más de una hállase interrumpido el diálogo por renglones del plan; varias son meramente notas o acotaciones marginales, y de alguna hay dos versiones diferentes... A veces el propio autor se pregunta: "¿Es esto así?" "¿Convendría tal cosa?" Y continúa sin detenerse, por que haga la mano el milagro de recoger y de fijar el ágil y veloz pensamiento en sus mil sinuosidades y matices.

Nuestro trabajo ha sido primero de reflexivo estudio; luego de selección, y últimamente de refundición y composición de lo elegido. Continuo y pulso, había que prescindir de lo redundante y de lo inútil (entre otras cosas, algunos personajes episódicos que entorpecían la acción); descubrir y realzar en ocasiones lo bello; precisar lo indeciso; esclarecer lo oscuro; concertar lo contradictorio; entrever lo sentido y no escrito; crear lo no creado, y, en suma, completar, acabar, refundir... Trabajo que no requería gran esfuerzo mental, pero sí un poco de paciencia y un mucho del mejor deseo y de amor a la obra original; asimilación del espíritu del autor y de su lenguaje; adivinación a veces del rumbo de su vuelo, y por último, esmero y cariño, como si fuese la

emprendida labor propia, y respeto y veneración sabiendo que era ajena y de tan alto numen. Trabajo que no ha sido tanto que ni por un momento pueda decirse que la obra, del principio al fin, no sea de Galdós, ni tan poco que honradamente debamos ocultar nuestros nombres, eludiendo así la responsabilidad que en la empresa nos quepa.

Va dicho todo esto, ya se comprenderá pensando rectamente, de ningún modo por jactancia, que sería indiscreta, aunque el empeño haya sido honroso, sino solamente para hacer ver, a quienes miren con amor estas cosas, la índole especial de la labor que, por suerte nuestra, hemos llevado a cabo.

Si aceptamos sin vacilar el delicado encargo de la refundición, en el deseo de que ANTÓN CABALLERO pudiera representarse, fué, ante todo, accediendo al de la hija del autor y estimulados por la alegría de ofrecerle al público nuevas e inesperadas criaturas de la cantera galdosiana; luego, en lo que atañe a escrúpulos literarios, porque sabíamos el muy halagüeño concepto que tenía D. Benito de nuestra adaptación escénica de su *Marianela*; y finalmente, porque ya alguna vez, años hace, a ruego del maestro y con su aplauso, refundimos labor teatral de su privilegiado ingenio.

¡Ojalá hayamos acertado a merecer ahora, ya que nos falte el suyo, el aplauso de sus devotos!

S. y J. Álvarez Quintero.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ELOÍSA.....	MARÍA VILA.
DOÑA MALVA.....	MARÍA CANCIO.
VERÓNICA.....	ASUNCIÓN VIVERO.
QUITERIA.....	AMALIA GRAO.
ANTÓN CABALLERO.....	ENRIQUE BORRÁS.
DON PELAYO.....	LEOVIGILDO RUIZ TATAY.
DON HILARIO.....	ALBERTO ROMEA.
MADRUGA.....	JOSÉ TELLO.
REGINO.....	PÍO DAVÍ.
GONZALITO.....	LUIS D. LUNA.

ANTÓN CABALLERO

ACTO PRIMERO

Comedor burgués, provinciano. Puerta al foro, que deja ver al fondo el jardín de la casa. Sendas puertas a derecha e izquierda. Es de día.

Eloísa, Doña Malva, Don Pelayo, Don Hilario y Regino están de sobremesa tomando café; Quiteria, la criada, dobla los manteles y los guarda en el aparador. Luego se retira por la puerta de la derecha, llevándose el servicio de postres.

DON HILARIO. Digan lo que quieran las modas, a mí me gusta más el café sobre el dulce que sobre la fruta.

DON PELAYO. Y a mí. ¿Un cigarro, Hilario?

DON HILARIO. Venga un cigarro: que el festín sea completo. ¡A esto le llama tu mujer hacer penitencia!

DOÑA MALVA. Para estas penitencias... ya elijo yo bien a los penitentes.

DON HILARIO. ¿Tú no fumas... todavía, Regino?

REGINO. No, señor; no fumo.

DON HILARIO. ¿Por respeto a tus padres, que están delante?

DOÑA MALVA. No, no; porque no fuma.

DON HILARIO. Pues, mire usted, Malva, me sorprende en un soñador, en un idealista; el humo del cigarro excita la imaginación, enciende las ideas, sube siempre a lo alto... Por supuesto, que ya van siendo en Agramante casi tantos los que no fuman como los que fuman.

DON PELAYO. ¿Otra estadística?

DON HILARIO. Otra: son mi cuerda.

ELOÍSA. *Levantándose.* Con permiso de ustedes.

DOÑA MALVA. ¿Te vas, mujer?

ELOÍSA. Si usted me lo consiente, tía.

DON HILARIO. Pero ¿no toma usted café?

ELOÍSA. No, señor.

DON HILARIO. Pues ¡esa sí que es penitencia! ¡Está exquisito!

DON PELAYO. Tal vez por penitencia no lo tome Eloísa.

ELOÍSA. ¡Qué disparate! ¡Vaya un sacrificio!

DON HILARIO. Pues yo protesto de que nos deje usted. ¡Bonita manera de obsequiarme, amiga! Se me convida a almorzar con ustedes—me convido yo, más bien dicho—, y me convido, no sólo por la buena mesa, sino también por contemplar de cerca a la sobrina de mis buenos amigos Pelayo y Malva; y en lo mejor y más gustoso de la comida, que es la sobremesa, usted nos aban-

dona; la bella Eloísa se sustrae a mi admiración.

ELOÍSA. Es que me duele la cabeza, don Hilario; padezco de jaqueca...

DON HILARIO. ¿La jaqueca soy yo, quizá? ¿Con mi charla, mi buen humor y mis estadísticas le he dado a usted dolor de cabeza?

ELOÍSA. ¡No, por Dios, don Hilario!

DOÑA MALVA. La verdad es que ella va a sus meditaciones.

DON PELAYO. Siendo así, yo nada tengo que oponer.

DOÑA MALVA. ¡Pues yo sí tengo, ya ves tú! Y cuidado que a creyente y a religiosa nadie me gana; pero en un buen medio... En fin, no quiero disgustarte, sobrina: ve adonde quieras.

ELOÍSA. Yo no quiero tampoco que usted se disguste. ¿Quién había de pensar que mi retirada de la mesa, cosa tan sencilla, diese lugar a estos comentarios? Hasta luego. *Vase por la puerta del foro.*

Los ojos de Regino la siguen a lo hondo del jardín.

DON PELAYO. Vete con Dios, hija.

DON HILARIO. ¡Rece usted por nosotros!

DON PELAYO. No se marcha a la iglesia, ahí donde la ves, porque está cerrada a estas horas. A solas en su cuarto eleva su espíritu a las alturas místicas.

DON HILARIO. ¡Desdichada criatura! Tan bella... tan joven... y ¡ya santa!

DON PELAYO. No te burles, Hilario.

DON HILARIO. Yo no me burlo; pero cuantas veces esté a mi alcance, procuraré hacerle entender a Eloísa que la religión es necesaria, es santa, es hasta obligatoria... mientras no es delirio.

REGINO. Pues yo no proscribo el delirio, que es ocupación de las almas que sueñan.

DON PELAYO. Aquí tenemos a otro que tal.

DOÑA MALVA. Pero, hijo mío, ¡qué manera de sorberte el café! Vas a abrasarte.

DON HILARIO. Se conoce que le ha entrado prisa. Otro inconveniente de no fumar. El cigarro da calma: los fumadores no tenemos prisa mientras fumamos.

REGINO. Es posible. *Se levanta.* Discúlpeme usted, don Hilario; voy un rato al Casino. Me esperan los amigos allí.

DON HILARIO. Yo también iré, pero más tarde. No cambio aquella sociedad por ésta.

REGINO. Hasta después.

DON PELAYO. Adiós.

DOÑA MALVA. Adiós, hijo.

Vase Regino por donde Eloísa, como si siguiese su huella.

DON PELAYO. *A D. Hilario.* ¿Crees tú que va al Casino?

DON HILARIO. ¿No, eh? ¿Va también a sus meditaciones?

DOÑA MALVA. ¡Pobre hijo de mi alma! Va, como siempre, a lo imposible. No pisa en la tie-

rra. Ahí le tiene usted: enamorado ahora de su prima... que es amor imposible. En el jardín vaga noche y día, encantado en mirar la ventana del cuarto de ella.

DON HILARIO. De la celda, dirá usted mejor.

DON PELAYO. De la celda; eso es.

DON HILARIO. Ya había observado yo en Reginito... Y el caso no carece de lógica. Eloísa es bella, graciosa, elegante... tiene poderoso atractivo... Y además es ideal lejano, inaccesible, como ha dicho usted, Malva... Y además... es mística de algún tiempo a esta parte. No hay que estar tan neurasténico como está Regino para sentirse seducido por esa mujer.

DOÑA MALVA. ¡Pobre tontín mío! ¡Pobre ángel!

DON PELAYO. ¿Te choca a tí, Hilario, el misticismo de última hora de mi sobrina? Pero ¿es que no le sobran razones para volverse cien veces maniática? A los veintidós años se encuentra la infeliz en la situación más rara del mundo: ni soltera, ni casada, ni viuda.

DON HILARIO. Puntualicemos. Es casada... con el marido ausente.

DOÑA MALVA. ¡Ay, si Dios hubiera querido que esa ausencia fuese completa!...

DON HILARIO. ¿Es Dios quien lo había de querer? Dios no siempre coincide con lo que deseamos por acá abajo.

DOÑA MALVA. ¿Qué quiere usted decir?

DON HILARIO. Nada, nada...

DON PELAYO. Un año hace ya que Eloísa se separó de su marido.

DON HILARIO. Un año largo: al hombre de las estadísticas y de las historias no vas a contárselo tú.

DON PELAYO. Yo la libré de aquel suplicio trayéndola a mi casa.

DOÑA MALVA. Y con nosotros ha vivido contenta... hasta hace poco, en que empezaron sus melancolías, su aislamiento, y ha venido a parar en este misticismo tan absurdo.

DON PELAYO. Nosotros—tú nos conoces bien—alardeamos de religiosos, imponemos a todos la religión; la consideramos como una fuerza social, como el aglutinante...

DON HILARIO. En ello estoy: a la vez como un freno y una sanción.

DOÑA MALVA. Pero no llegamos hasta consentir que una mujer joven, bonita, rica, se quiera hacer santa.

DON HILARIO. A ver: un dato que a mí me falta en mis papeletas: Eloísa ¿echa de menos a su marido, al famoso *Trucno*?

DON PELAYO. ¡Quiá!

DOÑA MALVA. ¡Ni por pienso!

DON PELAYO. ¡Si lo detesta!

DOÑA MALVA. ¡Si nombrarle al marido es nombrarle al demonio!

DON PELAYO. La sola idea de que reaparezca

en Agramante aquel hombre maldito, la vuelve loca.

DON HILARIO. En ese caso, tú tienes razón: ni soltera, ni casada, ni viuda. La tristeza de ese estado y su innata virtud la han conducido a la exaltación religiosa. *Intencionadamente*. ¿Y de él, qué se sabe? ¿Se sabe algo?

DOÑA MALVA. Como no lo sepa usted, que es don Sábelo Todo...

DON PELAYO. Se ha dicho por aquí hace poco que andaba de aventurero en Norte-América, a salto de mata, metido en lo peor, como siempre.

DOÑA MALVA. Robando y asesinando. ¡Si es un bandido! Aquí lo fué... y lo será dondequiera que viva.

DON HILARIO. También se dijo no hace mucho que alguien lo había visto en Gibraltar.

DOÑA MALVA. Pero luego se desmintió. Pido a Dios que lo mande a un país insalubre, lleno de alimañas dañinas; a un país donde haya volcanes, abismos, fieras, antropófagos, y donde las moscas y los mosquitos sean venenosos.

DON HILARIO. ¿Nada más?

DOÑA MALVA. ¿Para qué estará todavía ese hombre en el mundo?

DON HILARIO. ¡Para que usted le eche bendiciones!

DOÑA MALVA. ¡Hilario, que anda usted hoy pica que pica! ¡No me sulfure usted!

DON PELAYO. Mira, Malva: para suavizarlo enteramente y pasarlo a tu bando, danos unas copitas de coñac.

DON HILARIO. ¡Magnífico!

DON PELAYO. *Llamando.* ¡Quiteria!

DOÑA MALVA. No, no llames; yo mismo lo traeré. *Con gran esfuerzo trata de levantarse.*

DON PELAYO. ¿Ves? Está medio inválida y no permite que le hagan las cosas.

DOÑA MALVA. *Con desesperada energía.* ¡No, no estoy inválida! Sólo que... ¡Virgen! ¡Estas renegadas piernas!...

Don Hilario se levanta para ayudarla.

DON HILARIO. ¡Upa!

DOÑA MALVA. Alcánceme mi palo. *Se pone en pie, y vacilando coge el bastón que le da don Hilario.*

DON HILARIO. Tome usted. Pero ¿qué necesidad había...?

DON PELAYO. ¡Genio y figura!...

DOÑA MALVA. Es el reuma pícaro... Las rodillas se me insubordinan. ¡Pero yo he de poder más que ellas! *Dirígese al aparador renqueando.*

DON PELAYO. ¡Todo ha de hacerlo por su mano! Y no se rinde: es incansable.

DOÑA MALVA. Hilario, voy a darle a usted del mejor que tenemos.

DON HILARIO. Gracias, amiga mía.

DOÑA MALVA. Para hacer las paces.

DON HILARIO. ¡Si no ha habido guerra entre nosotros!... ¡Si comprendo que se haya exacerbado su odio a Antón Caballero!... Antes no era más—y ya era bastante—que el martirio de su sobrina; ahora es el obstáculo al amor de su hijo.

DON PELAYO. Yo le propongo a ésta que mandemos a Regino a Madrid una temporada.

DOÑA MALVA. *Sirviendo el coñac.* ¡No y no! Mi hijo no debe separarse de sus padres. ¡No tenemos otro! De los cinco que nacieron he perdido a cuatro. No nos queda más que este pobre Regino, que es un inocente, un alma de Dios. Créalo usted, Hilario.

DON PELAYO. Un poco enfermizo... Como ya es único, quizá le hemos mimado más de lo regular.

DOÑA MALVA. Mimar llama éste a criarlo para nuestro cariño, y para que en su día disfrute sin fatigas de nuestros bienes. ¿Que no ha seguido ninguna carrera? Y ¿qué falta le hace? En cambio, es bien ilustradito. En el pueblo ejerce autoridad: todos le oyen con la boca abierta. Su opinión vale mucho. Sabe mucha filosofía.

DON HILARIO. ¡Ah! eso sí. Algunas tabarras nos da en el Casino. En cuanto salta un filósofo nuevo, Regino se lo sorbe, como yo el coñac. Cosas de chico...

DON PELAYO. Todo eso es error que pasa.

DON HILARIO. Mi filosofía, por el contrario,

es permanente; pero no consigo metérsela en la cabeza a nuestro filósofo.

DOÑA MALVA. Y ¿en qué consiste su filosofía, maulón?

DON PELAYO. ¡En vivir lo mejor que puede!

DON HILARIO. Y en tomar en todas las cuestiones el justo medio que Malva le indicaba antes a Eloísa criticando su exagerada religiosidad.

DON PELAYO. Item: en recoger cuidadosamente las historias del pueblo y llevar una crónica exacta de los sucesos y una estadística de las personas...

DON HILARIO. Por oficios, profesiones y buenas o malas costumbres. Oye: para que no te rías: en Agramante hay ocho boticarios, veintisiete curas, cuatro maestros de piano, uno de flauta, treinta y dos barberos, ochenta ladrones...

DON PELAYO. ¡Caray!

DON HILARIO. ¿Te parecen pocos?

DON PELAYO. ¡Me parecen muchos, para vivir en paz!

DON HILARIO. Pues cuando gustes los enumeró puntualmente: desde salteadores de caminos... hasta modestísimos consumidores. Además hay en Agramante diez y ocho abogados de secano, que no ganan una peseta, y uno de regadío, que eres tú, que con los pleitos has hecho una fortuna.

DOÑA MALVA. Su trabajito le ha costado, amigo; que no se cogen truchas a bragas enjutas.

DON HILARIO. No discuto yo eso. Y sobre ser un gran abogado, capaz de probar que una cuchara de café es una espada toledana, es la providencia del pueblo y del distrito; es el que manda en la comarca; el que tiene en la mano el bien y el mal para repartirlo, según los merecimientos de cada cual: nuevo Padre Eterno. Es, en suma, el...

DOÑA MALVA. No repare usted en decir el cacique. No nos enfadamos por eso. A mí me llaman la *cacica*, porque es más ridículo que la *caciquesa*, y a mi hijo, el *caciquillo*.

DON PELAYO. Sin pretenderlo, he venido a ser el dispensador de favores, y el árbitro de este distrito, por una confabulación de circunstancias favorables. Ayúdame, que Dios te ayudará.

DON HILARIO. En la abogacía, te repito que eres un águila; todo te lo debes a ti mismo. En la política local eres, no un águila, un nido de águilas. Pero, permíteme esta verdad: serías mucho menos si no tuvieses esta mujer, esta leona.

DON PELAYO. En efecto: ella podrá no sugerirme ni infundirme ideas, pero sí el ardor en la lucha, la enérgica resolución, la fuerza para ejecutar.

DON HILARIO. Malva vale un tesoro...

DOÑA MALVA. No, Hilario, no; yo no valgo nada. Sólo que... es preciso ser fuerte. El mundo es de los fuertes. ¿No es mejor devorar que ser devorado?

DON HILARIO. Indudablemente... Devorar... devorar... ¿Quién contesta otra cosa, sobre todo después de un almuerzo en que ha habido corde-ro, besugo y pollo?

DON PELAYO. ¡Ja, ja, ja!

DOÑA MALVA. Usted dice las verdades en bro-ma, y yo en serio.

Llega Madruga por la puerta de la derecha del actor. Es mitad matón, mitad muñidor elctoral; hombre listo, taimado, capaz de todo lo que le con- venga.

MADRUGA. Con la venia de los señores.

DON PELAYO. ¡Adelante, Madruga!

DOÑA MALVA. ¡Hola, Madruga!

DON HILARIO. ¡Gran Madruga!

MADRUGA. Don Pelayo y la compañía, salud.

DOÑA MALVA. ¿Qué traes por esta casa?

MADRUGA. El gusto de saludar a ustedes.

DON HILARIO. *Con retintín.* Y alguna nove-dad, de seguro. Porque este Madruga no da paso en balde.

MADRUGA. Pues esta vez no acierta el señor don Hilario.

DON HILARIO. Con todo, me retiro. El once-no... Y que de tabarra, ya está bien. *Despidiéndose.* Malva insigne... Pelayo omnipotente... Ma-druga heroico... a la paz de Dios.

DOÑA MALVA. Vaya usted con Él.

DON PELAYO. Hasta la noche.

MADRUGA. Para servirle, don Hilario.

DON HILARIO. Gracias. *Vase por la puerta de la derecha.*

DON PELAYO. Siéntate, Madruga.

DOÑA MALVA. ¿Quieres una copa de coñac?

MADRUGA. Se acepta, doña Malva. En el to-mar no hay engaño.

DON PELAYO. Deja; yo se la serviré.

MADRUGA. Tanta honra...

DON PELAYO. A los leales, siempre.

MADRUGA. Pues de convites está el día. Este es el tercero. La gente anda contenta por ahí.

DOÑA MALVA. ¿Con nosotros?

MADRUGA. Por ustedes. He almorzado con Gasparín, el hijo del secretario del Ayuntamiento.

DOÑA MALVA. ¡Ah, sí! Anoche estuvo a ver-nos. Tan agradecido.

DON PELAYO. Los contrarios querían birlarle a su padre la Secretaría.

DOÑA MALVA. ¡En flojo proceso le iban o en-redar! Pero es un buen amigo, y había que pro-tergerlo.

DON PELAYO. ¿Y Bocanegra? ¿Has hablado con Bocanegra?

MADRUGA. Bocanegra no se cambia por ningún mortal. ¡Ahí es nada! ¡Pescar en Agramante el arriendo de los Consumos!

DON PELAYO. Toma y daca. Me sirvió, y le ser-ví. Esto es todo.

MADRUGA. ¡Y no hay otra en la vida! Los hermanos Suárez rechinan los dientes; dicen que ellos habían presentado mejor proposición.

DOÑA MALVA. ¡Pero a nosotros no nos habían hecho favor ninguno! ¡Que se fastidien!

DON PELAYO. ¿Vamos a abandonar el interés del pueblo, del partido?

MADRUGA. ¡Pues claro está que no! Y a propósito. Quien me parece muy poquita cosa es el alcalde que tenemos.

DOÑA MALVA. Poquita cosa es. Ya le he dicho yo a mi marido que va a haber que cambiarlo. No debemos extremar nuestra protección. Se asusta de todo: es una liebre. Y muy torpe. Ahora ha chocado con los del Catastro, sabiendo que hay órdenes precisas del diputado y del ministro, porque le incomodan a él, que dice que vienen a perturbar al pueblo. Es muy torpe. Además sueña día y noche con el expediente que le ha formado el inspector de Hacienda.

DON PELAYO. ¡Y ya le hemos dicho que ese expediente dormirá el sueño de los justos!

DOÑA MALVA. ¡Lo enterraremos bien: no habrá excavación que lo descubra! Pues nada: se asusta el señorito. Habrá que mandarlo a su casa. No nos sirve.

MADRUGA. ¡Se perfuma mucho para gobernar este pueblo!

DON PELAYO. ¿Y por Moratilla, qué hay?

MADRUGA. Figúreselo usted: lo de siempre: en-

vidia de Agramante. Les tenemos debajo del pie.

DOÑA MALVA. ¿Es cierto que una cuadrilla quiso apalear a los de Rebolledo en la fiesta?

DON PELAYO. ¿Y que han robado en el monte de Onrubia?

MADRUGA. Ciertas son las dos cosas. Y otras cien. Hay hambre allá, que es mala consejera. Sobre los perjuicios del reparto de contribuciones, sienten ahora la falta de agua. ¡Pero de que no llueva en Moratilla no tendremos la culpa también en Agramante! A pesar de lo cual, todo su rencor es para nosotros.

DON PELAYO. Así están las cosas.

DOÑA MALVA. Y así hay que sostenerlas.

MADRUGA. Y... ¿qué me dicen ustedes de lo mío?

DON PELAYO. ¿De qué?

MADRUGA. De la vacante de la Tabacalera, que quiero para mi sobrino Jacobo.

DON PELAYO. Pero, Madruga, ¿no sabes que me he comprometido con Pastor, el médico, que la solicita para su hermano?

DOÑA MALVA. ¿Que te has comprometido con Pastor, sabiendo que la deseaba Madruga?

MADRUGA. ¡Y para mi sobrino, que es mi ojito derecho!

DON PELAYO. Yo no creí que tuvieras tanto interés... Hay que atender a todos...

MADRUGA. Don Pelayo, será lo que usted mande; pero...

DON PELAYO. Veremos en la primera ocasión...

DOÑA MALVA. *Vivamente.* ¡Qué primera ocasión ni qué música! En toda ocasión los amigos útiles son antes que nadie, Pelayo. Madruga, tu sobrino tendrá la plaza. Entre ese mediquillo que mata a la gente, y Madruga, que resucita a los muertos en las elecciones para que voten a tu gusto, no es posible dudar.

DON PELAYO. Me has convencido, Malva. Ya lo ves, Madruga: mi mujer lo atropella todo por servirte.

DOÑA MALVA. Como debe ser.

MADRUGA. Y yo lo agradezco en el alma, señora mía.

DON PELAYO. ¡Buen amigo me voy a echar en el tal médico!

MADRUGA. En no llamándole cuando esté usted enfermo, no hay peligro alguno.

Rien los tres. Vuelve Quiteria por la puerta de la derecha, con unas cartas, que le da a D. Pelayo.

QUITERIA. El correo, señor.

DON PELAYO. Trae acá. ¿Nada más que esto? Mira, Madruga, qué montón de cartas.

MADRUGA. ¡Los hombres importantes!...

DOÑA MALVA. ¿Hay algo para mí?

QUITERIA. Nada, señora. Todo es para el señor. *Recoge el servicio de café y se va de nuevo por la puerta de la derecha.*

DON PELAYO. Con permiso tuyo, Madruga, voy

a abrir esto, que espero noticias de interés... *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

MADRUGA. Sí, señor. ¡Faltaría otra cosa! Y si usted no dispone de mí, doña Malva...

DOÑA MALVA. Sí. Un momentito; espera un momentito, que voy a reñirte.

MADRUGA. ¿A reñirme? ¿En qué he faltado a la señora?

DOÑA MALVA. No has sido tú; ha sido tu sobrino Jacobo, por quien tú te desvelas, y a quien ya has visto que yo protejo.

MADRUGA. Pues ¿qué ha hecho ese locuelo?

DOÑA MALVA. Ha tenido el atrevimiento de hablar con Eloísa en términos irrespetuosos... Eloísa es sobrina de mi marido; merece respeto. Es una señora casada, y no está bien que un mocoso como tu sobrino le dirija requiebros y chicleos de mal gusto.

MADRUGA. Verá usted, doña Malva... Yo le aseguro a usted que mi sobrino habrá guardado las conveniencias, porque tiene buenos principios y sabe conducirse con las señoras... Ahora... en otra cosa ya no entro... porque eso es querer poner puertas al campo.

DOÑA MALVA. ¿Qué?

MADRUGA. La sobrinita es linda... mi sobrino es joven, un poco romántico, como se dice, nada corto de genio... y tiene, como todo muchacho, la ilusión del amor.

DOÑA MALVA. ¡Pero Eloísa es casada!

MADRUGA. ¿Casada?... ¡Pudiera dejar de serlo el mejor día!... Su marido, el mala cabeza de su marido, se fué a tierras lejanas y salvajes, donde el dinero se gana en un santiamén y en otro santiamén se pierde la vida... Dos veces se ha dicho ya que había muerto...

DOÑA MALVA. Sí, sí; dos veces. Una en un naufragio; otra en riña, en unas minas de oro. Pero las dos veces se desmintió.

MADRUGA. Pues a la tercera va la vencida, doña Malva.

DOÑA MALVA. ¿Cómo?

MADRUGA. Que ahora ha sido de veras; que ahora ha muerto.

DOÑA MALVA. ¡Madruga! ¿Qué dices?

MADRUGA. Su sobrina de usted es viuda ya.

DOÑA MALVA. ¡Jesús! No lo quiero creer; no me consiento... ¿En qué te fundas para asegurarlo? Sólo en el deseo no será.

MADRUGA. No, señora; yo no le deseo a nadie la muerte.

DOÑA MALVA. Yo, a ese bandolero...

MADRUGA. Lo que hay es que un amigo mío me escribe desde Méjico que al *Trueno* le han matado en no sé qué algarada revolucionaria; que él lo ha visto por sus propios ojos.

DOÑA MALVA. ¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Al fin has hecho tu justicia?

MADRUGA. No lo dude usted; la noticia es veraz. Eloísa es viuda.

DOÑA MALVA. ¡Viuda!... Pues bien, Madruga, oye esto: aunque sea viuda Eloísa, no será para tu sobrino. Ya se contentará con la vacante de la Tabacalera.

MADRUGA. Eso yo no lo sé. Por mí, haré los posibles... Descuide la señora.

DOÑA MALVA. Así lo espero de tu lealtad.

MADRUGA. Pero ese es un terreno en que no valen súplicas, ni amenazas, ni poder alguno. Las mujeres son para el que sabe festejarlas y rendirlas. Premios que da la vida a nuestros afanes. A veces resultan castigos, pero como premios se reciben. ¿Me manda algo más la señora?

DOÑA MALVA. Nada más que eso. No te olvides de cuál es mi gusto. Adiós.

MADRUGA. Servidor de la señora. *Se marcha por la puerta de la derecha.*

DOÑA MALVA. *Después de una pausa.* ¡Para el ganso de tu sobrino iba a estar aquí guardada esta alhaja!... ¡Limpiaos los dos, bellacones!

Por la puerta del foro viene oportunamente Regino, con extraña alegría.

REGINO. ¡Mamá! ¡Mamá!

DOÑA MALVA. ¡Hijo! ¿Qué traes? ¿Sabes algo?

REGINO. ¿Lo sabes tú?

DOÑA MALVA. Tu cara te vende... Madruga me ha traído a mí la noticia. ¿Y a ti?

REGINO. Ha muerto el *Trucno*; ¿no es verdad?

DOÑA MALVA. ¡Ha muerto! Así parece. ¿Quién te lo ha dicho a ti?

REGINO. En el Casino. Andrés Hinojosa ha recibido carta de un compañero suyo, un chico diplomático, en la cual le da pelos y señales del hecho.

DOÑA MALVA. ¿Ha sido en Méjico, en un motín revolucionario?

REGINO. ¡No: en California; en un desafío!

DOÑA MALVA. Son cosas bien distintas.

REGINO. Siempre ocurre lo mismo. Las noticias se refieren desfiguradas. Con que el fondo sea cierto...

DOÑA MALVA. Sí; dices bien... Y esta vez ha de serlo; debe serlo, hijo mío.

REGINO. Pero a Eloísa nada se le dirá hasta adquirir absoluta certeza.

DOÑA MALVA. Nada; claro es. Tú, sin embargo, aprovecha el tiempo; no pierdas las horas en contemplaciones platónicas... Gana su afecto lentamente, procurando hacerte agradable a sus ojos.

REGINO. Mamá, esto que tú me recomiendas... ¡lo he intentado ya tantas veces!... Pero sin resultado nunca. Eloísa es un misterio... y por eso es más bella; Eloísa es un abismo... y por abismo, más insondable. Siempre que trato de explorar en su alma encuentro su interior envuelto en

sombras... Su carácter se ha tornado áspero, displicente...

DOÑA MALVA. ¡Ella, que era tan dulce!... Efecto es eso de la manía religiosa... Su desgracia y el no poder tener afectos sin ofensa de la moral, la han conturbado de esa manera... Pero si Dios ha querido ya que sea libre...

REGINO. No sé, no sé... Yo me confundo... Me atrae y la respeto... Le huyo... y me acerco a ella, sin embargo... Alma fervorosa, enamorada de la santidad, ¿cómo podrá escucharme nunca?

DOÑA MALVA. ¡Bah, bah! Te pierdes en puras sutilezas. No veas en el misticismo de Eloísa más que el desconcierto producido en su alma por un matrimonio desatinado. Yo no creo en su santidad ni en ninguna... en los tiempos que corren. La religión es indispensable: es un lazo social, una fuerza, sin la cual no es fácil gobernar a estos pueblos bárbaros, a estas muchedumbres groseras... Pero otra cosa no, otra cosa no. Ni lo es, ni debe serlo. La pobre Eloísa se ha encontrado en la flor de la juventud casada de derecho; viuda de hecho... Y ese es el quid; no hay que pensar en más filosofías. Tu deber es ganar su ánimo; salvarla. Te sobran medios para ello: tienes buena figura, gracia, ingenio, saber...

REGINO. ¡Ah! No sé si tengo todo eso que ven en mí tus ojos de madre. Sé que los que tú llamas desvaríos del espíritu, me imponen a mí mucho respeto... ¡Es tan fácil profanar un san-

tuario!... Vivimos los hombres del día harto encenagados en el egoísmo para comprender los vuelos atrevidos de las almas; andamos muy a flor de tierra; no tenemos alas... Eloísa las tiene.

DOÑA MALVA. Alas tenemos todos, tontín. En fin, yo voy a comunicarle a tu padre... A ver él qué dice. Mira: allí viene ella... *Señala al fondo.* Viene de visitar el monjío. También se adiestra con las hermanas del hospital en el aprendizaje de la cura de heridos y de enfermos. Aquí tiene uno a quien curar. Te dejo con ella, Regino. Pronuncia en su oído voces tiernas... La mujer, aunque sea santa o estudie para santa, oye siempre con gusto las palabras delicadas del hombre... Y si se te muestra esquiva, no hagas caso: sé siempre hombre, sé galán... Mira lo que haces, Regino... Sé hombre, hombre de veras.

Aparece por la puerta del foro Eloísa, cargada de flores en manojos, que sujeta sobre su pecho con ambos brazos.

ELOÍSA. ¿Quién hay aquí? ¡Tía!

DOÑA MALVA. ¡Muchacha! ¿Eres la Primavera?

ELOÍSA. ¡Ah! Regino. Ayúdame a llegar a puerto con mi carga. *Se le caen varias flores.* Coge éstas.

REGINO. *Obedeciéndola.* ¡Sí!

ELOÍSA. Ahí tiene usted a las de Ojeda, tía.

DOÑA MALVA. ¿Las de Ojeda? ¡El Diario parlante!

ELOÍSA. Me han mirado de un modo muy particular.

DOÑA MALVA. Como te han visto cargada de flores... ¿Qué traerán esas dos correntonas? Ya sabrán ellas algo nuevo... Voy a ver, voy a ver... *Desde la puerta de la derecha, a su hijo.* ¡Tú... Céfiro... ayúdale a Flora!... *Vase.*

ELOÍSA. *A Regino, que le sonríe.* Aunque no soy Flora, ni tú Céfiro, ayúdame, anda.

REGINO. ¡Qué hermosura de flores! ¿Las traes del convento?

ELOÍSA. Y del jardín del hospital.

REGINO. ¿Te las han dado las monjitas?

ELOÍSA. Sí. Han cortado casi todo su huerto para dármelas. Yo no quería, pero ellas se empeñaron. Vamos a ponerlas en agua.

REGINO. Son muy amables, muy buenas, las monjas, ¿verdad?

ELOÍSA. Hay que tratarlas para saberlo bien.

REGINO. Prima, ¿qué clase de consuelo dan a tu alma esas mujeres?

ELOÍSA. ¡Oh! ¡El de las dulzuras de la paz!

Va escogiendo flores, auxiliada por Regino, y reuniéndolas en diversos grupos. Luego, entre los dos las colocan en búcaros, que llenan de agua.

REGINO. ¡El de las dulzuras de la paz!... No to en ti, Eloísa, de algunos días acá, una intensa melancolía... ¿Tendré derecho a preguntarte?...

¿Me querrás decir si te turban, acaso, recuerdos tristes, presentimientos temerosos?...

ELOÍSA. No, Regino; ninguna turbación me altera.

REGINO. ¡Dichosa tú! Yo sí, prima; yo sí siento tristezas hondas, y me paso los días mirándome en ellas... como el sauce en las aguas quietas.

ELOÍSA. *Con ligera inflexión de burla; sin mirar; atenta a la tarea de las flores.* ¿Poesía, Regino? ¿Acertó al llamarte Céfito tu madre?

REGINO. Todos los tristes son poetas sin saberlo.

ELOÍSA. Yo, no... Yo soy triste y prosaica.

REGINO. ¡Prosaica tú!... Óyeme, Eloísa.

ELOÍSA. Ya te oigo. Pon agua en este búcaro.

REGINO. Sí. Dime: ¿no podríamos fundir nuestras tristezas, las tuyas y las mías, no para aliviarlas, porque eso ha de ser imposible, sino para... para que nuestras almas sientan juntas, con un solo dolor, el goce de las supremas angustias?

ELOÍSA. Criatura, estás terrible de metafísico. Nada de lo que me dices entiendo.

REGINO. ¿No será que te distraes con las flores? Llamo yo supremas angustias a la aspiración nunca lograda de alcanzar el supremo bien.

ELOÍSA. ¡Ah, ya! Si el supremo bien es la verdad, a la que por la fe se llega, creo que voy mejor sola que fundida, como tú dices, con otro ser ninguno.

REGINO. El camino de la perfección es tan áspero, Eloísa, que por él van mejor los que van en pareja que los que van solos.

ELOÍSA. ¡Ay, no! Yo no pienso así.

REGINO. Yo así pienso y siento. Me da temor ir solo. Necesito un alma superior a la mía, que me guíe, que me aliente.

ELOÍSA. Vamos, y me quieres a mí de rodri-gona; de institutriz mejor, porque eres un niño.

REGINO. No es eso.

ELOÍSA. Antes eras un superhombre, y ahora tan poco hombre que necesitas de una pobre mu-
jer para... para no sé qué, pues te repito que no lo entiendo.

REGINO. No entiende... quien no quiere en-
tender. *Contrariado.* Te muestro mi alma... y tú te burlas.

ELOÍSA. Burlarme no, Regino. Eso no. Pero no me pidas milagros del reino de la inteligencia, porque la he perdido. *A un gesto de él.* Quiero perderla en absoluto y llegar a la completa sim-
plicidad. Ahora me miras como pensando: “¡Por Dios, que has llegado ya, o poco te falta!”

REGINO. Mal traduces mi pensamiento.

ELOÍSA. ¿Ves como he perdido la intelligen-
cia?

REGINO. No, no la has perdido; pero si tratas de apagarla para que tu alma se alumbre exclusi-
vamente con la luz de la fe, en cambio, Eloísa, tu sensibilidad ha de ser cada día más viva.

ELOÍSA. *Volviéndose hacia él para darle un búcaro con rosas.* ¡Ay! ¡En eso estás más equivocado que en lo demás! Trato de ser por completo insensible, y lo voy consiguiendo. Sí, Regino; absolutamente insensible. *Le mira con fijeza.*

Regino contempla el rostro de Eloísa, que es en este instante como el de una imagen de madera: sin expresión, inalterable y sin ninguna movilidad. Luego, alejándose de ella, murmura:

REGINO. ¡Y mi madre quiere que yo incendie esta piedra... este mármol! ¡Ay!... Quizá cuando se entere...

ELOÍSA. ¿Qué dices?

REGINO. Nada... Comentaba entre mí tu resolución de volverte insensible.

Sale D. Pelayo por donde se marchó, harto mal humorado.

DON PELAYO. ¿Eloísa? Regino, ¿dónde está tu madre?

REGINO. De visita con las de Ojeda.

DON PELAYO. ¡Ah, con las de Ojeda! ¿Cómo habían de faltar hoy las de Ojeda? Y vosotros dos, ¿qué estáis haciendo?

ELOÍSA. Regino me ha ayudado a arreglar estas flores, y mientras tanto... hemos filosofado un poco.

DON PELAYO. Filo... filosofado, ¿eh? Pues no está la Magdalena para tafetanes ni el horno para filosofías. Sois un par de simples.

REGINO. No lo niego.

DON PELAYO. Tú, más simple que ella.

REGINO. Sin duda.

DON PELAYO. Pues déjame, que necesito hablarle.

REGINO. Bien; sí, señor. Paciencia, primita. *Retirándose por la puerta del foro.* (¡Ah! Ya no hay duda; la noticia de la muerte es cierta. Esperemos.)

ELOÍSA. *Con indiferencia.* ¿Pasa algo, tío?

DON PELAYO. Pasa, y mucho. Ven, siéntate a mi lado. El asunto de que vamos a tratar es grave. ¡Muy grave!

ELOÍSA. *Sin inmutarse.* ¿Muy grave? Y ¿hay ya para mí alguno que lo sea?

DON PELAYO. Hay uno, que es éste.

ELOÍSA. Hable usted.

DON PELAYO. Con tanta religión y tantas devociones, tu alma se habrá llenado de fortaleza.

ELOÍSA. Sí, señor.

DON PELAYO. Prométeme no alterarte con lo que te voy a decir. Te pido, hija mía, una serenidad perfecta; quiero que mis palabras no produzcan en ti emoción ninguna.

ELOÍSA. Cuente usted con ello. Dígame lo que quiera y míreme bien al rostro mientras me habla, que no sorprenderá en él la más leve sombra de alteración.

DON PELAYO. Muy bien. Es una ventaja que

seas así; que te hayas vuelto así. Si el misticismo te ha dado esa serenidad, bendito sea el elixir místico. Atiende. Tu marido...

ELOÍSA. ¿Qué?

DON PELAYO. ¿Qué?

ELOÍSA. Nada... no me altero. Vea usted mis ojos.

DON PELAYO. Creí... Pues tu marido... Vamos por partes. Tú me has dicho mil veces que después de lo que entre vosotros pasó, el recuerdo de tu marido es para ti como el recuerdo de un difunto.

ELOÍSA. *Impávida.* Lo mismo.

DON PELAYO. Pues repíteme ahora que del amor que le tomaste, arrebatada inclinación más que amor verdadero, no queda en tu corazón el menor rastro.

ELOÍSA. Lo repito.

DON PELAYO. Lo que yo te diga de él, por tanto, será para ti como si te hablara de personas pasadas a la Historia, de héroes novelescos...

ELOÍSA. Exactamente. Vea usted, vea usted mi cara.

DON PELAYO. Sí, ya la veo: impasible. E impasible te quedarás si te digo que vive como si te digo que muere.

ELOÍSA. Igual.

DON PELAYO. Y ¿no me preguntas si muere o vive?

ELOÍSA. Nada pregunto; ya ve usted.

DON PELAYO. ¿Recuerdas bien las horribles peripecias de los seis meses de tu matrimonio?

ELOÍSA. Las recuerdo—usted lo decía antes—como los pasajes de una novela que un día nos conmovieron y que luego nos hacen reír o no nos interesan.

DON PELAYO. Te enamoricaste de él por su labia, por su arrogancia; por aquel atrevimiento, digamos insolencia...

ELOÍSA. Así fué.

DON PELAYO. Yo me opuse con todas mis fuerzas a tu boda.

ELOÍSA. Pero yo salté por todo ciegamente, y me dejé depositar.

DON PELAYO. Justo. Pronto conociste el disparate que habías hecho. Antón olvidó todos sus deberes. Siempre metido en trapisondas, amaba vivir en rebeldía constante... No pensaba más que en pendencias. Hubo día que su vida en esta región era la de un bandido.

ELOÍSA. La de un bandido; sí, señor.

DON PELAYO. Asaltaba cortijos, para distribuir sus riquezas a su voluntad; ponía en libertad a los presos; quería abrir los claustros; expoliaba sin freno a todo el mundo... Ni a tus tiernas admoniciones ni a las mías atendió. Ni a ti, que eras la dulzura, el amor, ni a mí, que era la razón, la ley, nos hacía ningún caso. Conmigo tuvo reyertas horribles; burlaba a la Justicia, hacía todo linaje

de atropellos... A ti, porque quisiste inducirle a la vida tranquila, te ofendió de palabra.

ELOÍSA. Y aun de obra.

DON PELAYO. En fin, que por incompatibilidad y malos tratos te viste al fin libre de aquel sayón, de aquel verdugo... Yo intervine en la separación judicial. El huyó... por suerte, y nos quedamos tan tranquilos.

ELOÍSA. *Suspirando.* ¡Tan tranquilos!

DON PELAYO. Admiro la serenidad de tu espíritu. La religión te ha enseñado a perdonar las ofensas y a mirar con indulgencia el dolor humano. ¿Continuarás impávida como hasta ahora si te digo que tu marido ha muerto?

ELOÍSA. *Con gravedad.* Si es así, perdónele Dios, como yo le perdono.

DON PELAYO. ¿Y si te dijera que vive? *Eloísa permanece paralizada mirando a don Pelayo muy fijamente.* ¿No te inmutas? ¿Oyes la noticia como has oído la de la muerte?

ELOÍSA. Lo mismo: ya usted ve. Si ha muerto, mi oración; si vive, mi olvido piadoso.

DON PELAYO. Pues bien, sábelo ya, santa de esta casa: el *Trueno* aún retumba: el monstruo vive todavía; Antón Caballero ronda otra vez estos lugares. Anoche le han visto en Moratilla. *Eloísa se levanta. Silencio. Don Pelayo la observa y luego prosigue.* Dos cartas he recibido yo hablándome de él: una, en que se me dice que ha muerto lejos, no sé dónde, y de manera trágica; otra, en

que se me anuncia que vive y que nos busca nuevamente. En ésta creo; la otra se me antoja una patraña. ¿Qué crees tú?

ELOÍSA. Que vive.

DON PELAYO. ¿Por qué crees eso y no lo otro?

ELOÍSA. ¿No lo cree usted también?

DON PELAYO. Yo, porque lo temo.

ELOÍSA. Yo, no. Pero siento en mí que vive y que acaso está cerca.

DON PELAYO. *Apretando los puños con rabia.*
¡Oh! Nada podrá contra nosotros.

ELOÍSA. Tío, dejo a usted. Quiero ahora recogerme en la soledad de mi cuarto; deseo meditar... lo necesito.

DON PELAYO. Sí, hija, sí.

Gravemente y sin alteración visible, coge Eloísa unas rosas muy bellas que dejó apartadas sobre la mesa, aspira su aroma y se retira por la puerta de la izquierda en actitud mística, besándolas.

ELOÍSA. Quiero estar sola... sola con estas rosas.

DON PELAYO. *Viéndola marcharse.* Mujer extraña... incomprensible. ¡Y él, hombre maldito! ¿Por qué no se habrá muerto cien veces? ¿A qué viene sino a infernar? ¡Malva! ¡Malva!... *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Queda unos instantes la escena sola, y de repente surge por la puerta del foro el execrado Antón Caballero. Su traza es singular; su apostura, varonil y gallarda. Ha llegado a caballo al pueblo

de sus luchas, donde se forjó su leyenda, y entra en la casa de los caciques a dar fe de vida.

ANTÓN. ¡Ah de la casa! Nadie me sale al paso; nadie me lo estorba. ¡Jamás pensé llegar aquí tan llanamente! ¡Ah de la casa! ¿Todos me huyen, o todos han ido a delatarme? ¡Bandidos de Agramante, aquí tenéis ya a Antón Caballero, el bandido!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala baja, con sendas puertas a la derecha del actor y al foro, y una gran ventana a la izquierda. Hermosos bargueños, armas, cuadros de familia, algunos retratos.

Doña Malva aparece sentada. Verónica, acompañanta de Eloísa y su antigua aya, sale por la puerta de la derecha.

VERÓNICA. ¿Señora?

DOÑA MALVA. Aquí estoy. Ven, acércate. Quiero hablar contigo dos palabras antes que llegue el monstruo.

VERÓNICA. Pero ¿al fin va a volver?

DOÑA MALVA. ¡Ya lo creo! Ayer no se le recibió, porque había que prevenirse un poco... y porque aquélla no era forma de presentarse. ¡Entrarse aquí como en país conquistado, dando voces como en posada lugareña!... ¿Qué se figura él? Pero había que decirle que hoy se le esperaba, para que no nos armase una escandalera, que es lo que él hubiera querido. Vive de eso: de la camorra, del atropello, de la desvergüenza, del desorden...

VERÓNICA. ¡Maldito de Dios! ¡Cuánto ha hecho sufrir a mi niña! Y ¿a qué vendrá, señora?

DOÑA MALVA. ¡A molestar!... como dice Peyayo. Y a sacar dinero, si puede.

VERÓNICA. Con tal que se vaya para no volver nunca, denle los señores lo que pida.

DOÑA MALVA. ¡Cualquiera le da lo que pida a un bandolero así! Pero, en fin, si no es demasiado... A enemigo que huye...

VERÓNICA. ¡Yo que le hacía ya patitieso y a la niña viuda!...

DOÑA MALVA. ¡Eloísa viuda!... ¡Cuánta felicidad para ella... y para nosotros! No hay que desesperar, sin embargo... El mejor día le esca-bechan al volver una esquina... Quien ama el peligro... Y ella, ¿cómo está? ¿Qué tal ha recibido la nueva? Dímelo tú, que eres su confidenta. Porque yo no le he sacado palabra de sustancia ni he podido leerle nada claro en los ojos.

VERÓNICA. No crea la señora que conmigo se comunica mucho más. Está rara, muy rara... muy metida en sí...

DOÑA MALVA. *Recclosa*. ¿Hasta contigo, que la enseñaste a andar?

VERÓNICA. Como se lo digo a la señora. Está rara, muy rara...

DOÑA MALVA. Pues hoy debe guardar clausura rigurosa... ¿me entiendes? En la celda se ha de pasar el día. Hay que evitar que vea a su marido y que él pueda verla también.

VERÓNICA. Sobre eso no pase cuidado la señora. Ella es la primera que no quiere verle.

DOÑA MALVA. Así sea.

Por la puerta del foro llega, nervioso, D. Pelayo.

DON PELAYO. Ahí le tenemos ya.

DOÑA MALVA. ¡Hola!

VERÓNICA. ¡El Señor nos proteja!

DON PELAYO. Le he dicho a Juan que lo pase aquí. Habitación retirada del cuarto de Eloísa; cercana a la calle, para cualquier desmán...

DOÑA MALVA. Márchate, Verónica.

VERÓNICA. Sin que la señora me lo mande dos veces. Yo tampoco le quiero ver. *Vase por la puerta de la derecha.*

DON PELAYO. Calma, calma...

DOÑA MALVA. Calma, pero no miedo, Pelayo.

DON PELAYO. Yo no tengo miedo; es prudencia.

El miedo es natural en el prudente...

¿Qué sabemos con qué armas vendrá a combatirnos este hombre? Nos odia... Es audaz, astuto... Tiene la audacia del león y la astucia de la serpiente... Yo voy por mi revólver, ¿eh? ¿Qué te parece, Malva?

DOÑA MALVA. *Sacando otro de su faltriquera.*
Que mira.

DON PELAYO. ¡Ah! ¡También tú!... ¡Claro! todo es poco... Te has anticipado a mi pensamiento. Vengo en seguida.

DOÑA MALVA. Tarda lo que quieras. No me importa encararme sola con el peligro. ¡Leoncitos a mí!...

DON PELAYO. De todos modos... *Éntrase por la puerta de la derecha.*

Doña Malva espera unos instantes, animosa, la temible visita. En la puerta del foro aparece luego, sombrero en mano, nuestro héroe.

ANTÓN. Señora mía...

DOÑA MALVA. Antón Caballero, adelante.

ANTÓN. Aquí estoy, a la hora que se me concedió la audiencia, ya que ayer pude entrar de rondón en la casa, pero no logré ver a sus señores.

DOÑA MALVA. Teníamos visita; no le podíamos atender como usted se merece en aquel momento...

ANTÓN. Ya, ya. ¡Y que un muerto resucitado siempre turba!

DOÑA MALVA. Aquí no nos asustamos de muertos ni de vivos. Siéntese usted.

ANTÓN. Gracias.

DOÑA MALVA. Siéntese, siéntese.

ANTÓN. Déjeme que siga en pie un ratito. Así manifiesto mejor mi respeto a la noble dama, y al propio tiempo admiro estas preciosidades, algunas de las cuales ya conocía... Estos bargueños fueron de mi casa: están en el mismo sitio en que yo los vi desde que abrí los ojos.

DOÑA MALVA. Y eso, ¿qué?

ANTÓN. Que como esta casa en que ustedes viven fué mía, como nací en ella, natural es que sienta emoción al entrar aquí; al ver objetos venerables que pertenecieron a los míos.

DOÑA MALVA. Algo queda de su familia de usted. Los Caballeros naufragaron por su mala cabeza. Pero también hay aquí cosas pertenecientes a la familia de Pelayo, a la mía.

ANTÓN. Sí; todo está confundido y revuelto. *Mirando por la puerta de la derecha.* Allí veo el retrato de usted en su florida juventud. ¡Hermosa y nobilísima figura! Sus padres de usted, enriquecidos en el comercio de artículos valencianos—esterería, chufas, alpargatas, loza ordinaria—, encargaron ese retrato a uno de los más célebres pintores de la época. Allí está; es obra maestra; se ve en él su voluntad firme, su carácter férreo, que no retrocede ante ningún obstáculo. ¿Verdad, señora?

DOÑA MALVA. Verdad.

ANTÓN. ¡Gran ironía es llamarle a usted doña Malva!

DOÑA MALVA. Bueno; bien está de preámbulos, ¿no cree usted? No divague más... y dígame cuál es su intención al volver a estas tierras. Siéntese y conteste a mi primer pregunta: ¿cómo se explica que se hayan recibido ahora en Agramante algunas cartas anunciando su muerte por naufragio, pendencia, catástrofe minera, desafío...?

ANTÓN. *Jovial.* Obedeceré a usted sentándome y respondiendo. Pero ¿no han comprendido ustedes?... *Ríe.* En cuanto hice propósito de volver a dar guerra a mi país, se me ocurrió la idea de que algunos amigos escribieran a varias personas anunciando mi muerte en formas distintas... Me reía yo imaginando el alegrón de ustedes al recibir la fausta nueva; me reía más pensando en el efecto terrorífico de mi aparición súbita, como un muerto que se levanta. ¡Ja, ja, ja! Ya lo ve usted, señora: ni naufragio, ni fusilamiento, ni ningún género de cataclismo: ni me ha tragado el mar, ni me ha sepultado la tierra. Aquí estoy vivo y fuerte para todo cuanto sea menester.

DOÑA MALVA. Es usted un mal hombre. Sepamos a qué viene usted.

ANTÓN. Lo primero, a tener el honor de saludarles. Es gusto a veces saludar a los enemigos y manifestarles el gozo con que reanudamos nuestra bendita enemistad.

DOÑA MALVA. Gracias, gracias... Corresponderemos.

ANTÓN. Y después de saludar a ustedes en su casa... en esta casa que fué mía... Pero yo quisiera, insigne doña Malva, decirle todo esto al también insigne don Pelayo... No es que yo desconsidere a doña Malva, nada de eso; yo le reitero mis homenajes más rendidos; pero me parece natural que sea el señor don Pelayo el que oiga las pretensiones de Antón Caballero y decida

sobre ellas con aquel generoso criterio, con aquel supremo conocimiento de las leyes...

DOÑA MALVA. Mi esposo ahora vendrá. Cuando ya no está aquí, será que han llegado unos clientes a quienes también esperaba...

ANTÓN. Y los ha preferido; es lógico. Alabo por esto a don Pelayo y compadezco a los clientes. ¡Pobrecillos! Yo les diría: "¡Infelices, huid de esta caverna, donde dejaréis vuestros huesos bien pelados!"

DOÑA MALVA. ¡Basta! No tolero ya más ultrajes. *Se levanta.* Llamaré a mis criados para que lo pongan a usted en la calle, y a mi marido para que conteste a sus insultos.

Vuelve oportunamente D. Pelayo.

DON PELAYO. No es preciso llamarme; aquí estoy.

ANTÓN. *Inclinándose.* ¡Señor don Pelayo! ¡Oh, señor don Pelayo! ¡Tengo una gran satisfacción en saludarle!

DON PELAYO. Al llegar oí tus insolencias, Antonio. Si no moderas tu lenguaje, poco hemos de hablar.

DOÑA MALVA. Sí, sí; poco y aprisa. Despáchalo prontito.

ANTÓN. Perdónenme el señor don Pelayo y su noble consorte. Los dos conocen bien mi carácter, que estalla en la sinceridad fácilmente. Yo doy mi palabra de contenerme, y hasta de ser

amable y amenizar esta visita con las usuales mentiras de sociedad.

DON PELAYO. Sepamos, sepamos tus propósitos.

DOÑA MALVA. Bien claro me los ha dicho a mí: gozarse en reanudar la enemistad con que nos distingue. Lo que tú pensabas: molestarnos todo lo que pueda.

ANTÓN. Me conoce bien don Pelayo. Es natural que el molestar a ustedes sea mi fin primero. Este mundo no es más que un valle de molestias. Luchando por la vida nos molestamos los unos a los otros, y adulándonos, acabamos por endulzar la molestia con una hipócrita tolerancia.

DOÑA MALVA. ¡No puedo oírlo en calma, no puedo!...

DON PELAYO. Retírate; mejor será. Déjanos a los dos. A mí me sobran serenidad y sangre fría. Lo sufriré mejor que tú.

ANTÓN. Sí; convengo en ello. Mi señora doña Malva debe retirarse. Es persona tan delicada, que de la menor palabra se asusta... Y así, mientras yo hablo tranquilamente, amigablemente con don Pelayo, puede su señora dar la voz en la casa, y aun en la villa, y avisar, si es que ya no lo han hecho, al juez, al alcalde, a la Guardia civil, para que vengan a sorprenderme en esta agradabilísima entrevista.

DON PELAYO. No tenemos necesidad de prevenir a nadie. Malva se va adentro por no oírte.

DOÑA MALVA. ¡Y por no verlo! ¡Mi carácter también estalla en la sinceridad! *Se entra por la puerta de la derecha.*

DON PELAYO. ¡Ea, ya estamos los dos frente a frente!

ANTÓN. ¿Como enemigos... leales?

DON PELAYO. ¡Como lo que tú quieras! No habrá juez, ni alcalde, ni Guardia civil, ni nada de eso, si me manifiestas concisamente tus deseos, tu intención. ¿Qué te trae aquí? ¿Qué buscas? ¿Amistad, acaso; el perdón de tus tropelías; dinero?... ¿Vienes por dinero?

ANTÓN. Ni amistad, ni perdón, ni dinero busco. ¡Y dinero menos que nada!

DON PELAYO. *Desorientado.* ¿Menos que nada?... Según eso... cuando no lo buscas... lo tienes. Me alegro, me alegro. Y te felicito. ¿Has hecho negocio por allá? ¿Tus correrías y trapi-sondas te han dado buen botín?

ANTÓN. Sí, señor.

DON PELAYO. Y los procedimientos, ¿han sido los mismos que en Agramante?

ANTÓN. No, señor. Aquí me lancé a una rebeldía más violenta que provechosa; más deportiva que criminal, por vengarme de los que me habían despojado a mí y despojaron a los míos de todos los bienes. El botín aquí no fué para mí, sino para ellos; a usted le consta bien; pero mi rabia me

impulsaba a burlarme de una justicia que existe exclusivamente en beneficio de los poderosos y contra los pobres; a ultrajar a unas autoridades inicuas. Venganza ilegal, si usted quiere, de crímenes legales. Allí, en América, he procedido de otro modo: he robado a la Naturaleza lo que a mi parecer no era de ella, sino mío, de todos los hombres.

DON PELAYO. Y ¿has matado también?

ANTÓN. A los que querían matarme a mí y tomarme la delantera. Pero el dinero ha venido a mis manos por una eventualidad nada rara en aquella vida de lucha. Dinero noblemente adquirido; no a costa de la sangre de nadie, como el de usted.

DON PELAYO. ¡Bandido! ¿Qué dices? *Lo amenaza con una silla.*

ANTÓN. Déjese de amenazas ridículas y óigame explicar lo que he dicho. Cuando murió mi padre, medio arruinado por el fracaso de todas sus empresas agrícolas...

DON PELAYO. Tu padre era un loco, un soñador... Yo le predije su ruina; se la predije.

ANTÓN. Mi padre era un soñador y un loco, y usted un hombre práctico; tan práctico, que al arreglar la testamentaría, de acuerdo con los acreedores, redobló usted en beneficio suyo las cifras de las deudas.

DON PELAYO. ¡Eso es una infame mentira!

ANTÓN. Y luego intrigó y se confabuló con los tasadores de esta casa, para atribuirle un valor

irrisorio, y por un pedazo de pan se quedó usted con ella. ¡Natural era que le predijese usted a mi padre su ruina!

DON PELAYO. ¡Calumnia, Antón, calumnia! No sigas por ese camino.

ANTÓN. ¿Y el caso de mi tío Gregorio, es calumnia también? ¿Cómo adquirió usted la huerta que él tenía junto a sus propiedades? ¡De acuerdo con el juez y con el alcalde, brazos del cacique! Lo abasaron a multas, lo metieron en un dédalo de litigios... El pobre hombre huyó, y usted compró entonces la huerta por cuatro reales. ¿No quiere usted que siga por este camino?

DON PELAYO. ¡No!

ANTÓN. ¡Claro! Es muy largo y muy duro de recorrer; está todo él sembrado de infamias de esa clase. Usted, dominando el distrito y teniendo siempre no sólo sometido, sino aterrado, hace aquí lo que quiere; es señor de vidas y haciendas, apoyado en una autoridad política que es la trampa de todas las leyes.

DON PELAYO. ¡Ya salieron las leyes!

ANTÓN. ¡Pues no habían de salir, en Agramante y en su casa de usted! Con las leyes se cometen aquí más crímenes que con los siete pecados capitales. Todas son hechas con callejuelas para que en ellas hagan su nido los vividores. "Detrás de la ley está la trampa": ésta es la divisa de su escudo de usted. ¿Quién es más bandido? ¿Usted o yo?

DON PELAYO. ¡Tú! ¡Porque yo no lo soy! Mi riqueza la he adquirido con mi trabajo. Acabemos, Antonio. Ya te he aguantado bastante. Hablemos de verdad; ¿qué dinero quiers?

ANTÓN. ¡Y dale!

DON PELAYO. Puedo auxiliarte como administrador de los bienes de tu mujer.

ANTÓN. Pero ¿no le he dicho a usted ya que no quiero dinero ninguno?

DON PELAYO. Como no hablas sino mentiras, creí que ésa era otra.

ANTÓN. Pues tan mentira es ésa como las anteriores y como esta que va usted a oír: no vengo por dinero; vengo por prenda que vale mucho más. Vengo por Eloísa; por mi mujer.

DON PELAYO. ¿Por tu mujer?

ANTÓN. ¿Le sorprende? ¿Pido algo que no sea legal? En sus cálculos de usted ¿entra el secuestrarla y separarla de mí para toda la vida?

DON PELAYO. No, Antonio, no; yo no secuestro a nadie. Ni yo la he separado de ti. Tú la abandonaste infamemente; yo la he recogido. ¿Es esto delito? ¿Es acto de bandidaje también?

ANTÓN. En modo alguno; todo lo contrario. Y yo que lo agradezco, en prueba de esta gratitud deseo quitarle a usted los quebraderos de cabeza que le acarrearía la administración de sus bienes; de esos bienes con los cuales quería usted auxiliarme hace un momento. Es cierto que yo la abandoné; es cierto que usted la ha recogido; y

lo es, por último, que no quiero vivir más tiempo separado de ella. La reclamo. ¿Tengo derecho o no?

DON PELAYO. Evidente.

ANTÓN. Pues déme a Eloísa ya y lo libraré de mi presencia en el acto. No verá usted más a Antón Caballero.

DON PELAYO. La proposición es tentadora; pero yo, hijo mío, no mando en tu mujer. Por mí, ahora mismo te la daría, aun traicionando a mi conciencia...

ANTÓN. Entonces...

DON PELAYO. ¡Insensato! ¿No cuentas con que ella te aborrece? Sólo de oírte nombrar se altera, se trastorna. Tu mala conducta y sus sufrimientos han abierto un abismo entre Eloísa y tú.

ANTÓN. ¿Sí, verdad?

DON PELAYO. ¡Sí, verdad!

ANTÓN. Bien. Pero eso del abismo y del trastorno y del horror que le causa mi nombre, que me lo diga ella.

DON PELAYO. ¡Ella!... ¡Ella no quiere verte! Por librarse de tu presencia acudirá a todo: al juez, si hace falta.

ANTÓN. Pues que acuda, que acuda. Aquí está el reo. Ante el juez hablaremos los dos y ella resolverá lo que quiera. Ella, no usted.

DON PELAYO. ¡Pero si, sobre todo eso, desgraciado, hay algo más grave que tú ignoras enteramente!

ANTÓN. ¿Eh?

DON PELAYO. ¡Algo que yo te voy a revelar ahora mismo!

ANTÓN. ¿Qué quiere usted decirme?

DON PELAYO. Nada que sea en desdoro de ella, pero sí que pueda desviarte de Eloísa tanto como Eloísa se ha desviado ya de ti.

ANTÓN. *Con viva ansiedad.* ¡Dígamelo pronto, por mi vida!

DON PELAYO. De algún tiempo acá... ello empezó a los dos meses de tu abandono... Eloísa ha cambiado completamente de sentimientos: la esposa del librepensador, del descreído, se ha entregado en cuerpo y alma a la vida devota.

ANTÓN. ¿Qué habla usted?

DON PELAYO. La pura verdad; la evidencia. Cuando no hubiera otros, ese abismo te separa profundamente de tu mujer. Ella, día por día, lo agranda sin cesar, anegando su espíritu en los ardores místicos, como único bálsamo a las heridas abiertas por ti en su corazón. Te odia, te aborrece; está fanatizada... Parará en un convento, no lo dudes.

ANTÓN. ¡Ca! ¡Imposible! ¡Imposible! ¡Usted me engaña o se burla de mí! ¡Esto es una burda superchería para alejarme de ella!

DON PELAYO. Pregunta, pregunta por el pueblo... Eloísa rehuye toda sociedad, todo trato de gentes...

ANTÓN. ¡Otras serán las causas! ¡Yo la veré

y sabré lo cierto! ¡Aquí se le ha tejido una red entre todos, en la que se pretende aprisionarla y ahogarla, y yo romperé las torpes mallas violentamente antes que eso ocurra! ¡Eloísa será libre, no lo olvide usted! ¡Y cuando lo sea, veremos qué hace de su persona: si se entrega a Dios o al diablo!

DON PELAYO. Pero ¿te has vuelto loco?

ANTÓN. ¡Quizá! ¡Y puede que me dé la locura por prenderle fuego a Agramante, empezando por esta casa en que he nacido, para que las llamas la purifiquen! ¡Abur! *Desde la misma puerta del foro dice antes de marcharse.* ¡Ah, señor don Pelayo: si se le ha ocurrido armarme alguna celada en mi paso por las calles del pueblo, sepa que cualquier atropello contra mí lo pagará con creces!

DON PELAYO. ¡Oh, no! ¡Puedes ir y venir tranquilo!

ANTÓN. Podrían quizás sus genízaros, el saltador Madruga, Bocanegra y otros mastines y ladrones prepararme alguna emboscada por cuenta propia, creyendo halagar al jefe o a la jefa...

DON PELAYO. ¡De eso yo no he de responder!

ANTÓN. ¡Pues adviértales usted, por si acaso, ya que manda en ellos, que les saldría muy cara la broma! ¡Ojo por ojo y diente por diente! ¡Yo también soy bandido! ¡Hasta pronto! ¡Voy a visitar al juez, al alcalde, a los más decididos defensores del poder de ustedes! ¡Me acojo a la ley

agramántica; y si la ley agramántica no me ayuda, a la ley del más fuerte! ; Seré yo la Justicia suelta! ; Abur! *Vase de estampía.*

DON PELAYO. ; Cómo lo ha puesto la noticia de la beatería de su mujer! ; Buena arma ha sido ésta!... Pero yo le temo, le temo a este bribón...

Vuelve doña Malva por donde antes se fué, irridada, furiosa.

DOÑA MALVA. ; Bandido! ; Miserable! ; Ladrón! ; Te aniquilaremos!

DON PELAYO. ¿ Has oído, Malva?

DOÑA MALVA. ; Todo!

DON PELAYO. ¿ Y qué?

DOÑA MALVA. ; Que antes que se lleve a Eloísa, pobre mártir, me dejo hacer pedazos yo! No lo verán sus ojos; no lo verán. ; No dice que podemos tanto? ; Pues ahora tendrá la prueba que más ha de dolerle!

DON PELAYO. Cálmate, cálmate...

DOÑA MALVA. Lo que quiere ese bandolero no es a su esposa, sino sus cuartos, su peculio.

DON PELAYO. ; Si dice que él tiene dinero!

DOÑA MALVA. ; Qué ha de tener! Pareces tonto. Embuste, comedia... Verás cómo al fin toma lo que le des y se larga.

DON PELAYO. No; pues como entable la demanda de Eloísa en regla...

DOÑA MALVA. ; Sacaremos dientes y uñas! Todo se puede contra un hombre tres veces procesado.

DON PELAYO. ¿Qué quieres que te diga, Malva? A mí me da miedo.

DOÑA MALVA. ¿Miedo? ¡Pelayo! ¡Bórrate ese nombre!

DON PELAYO. No hablo a tontas y a locas. Su insolencia arrogante, bien lo he conocido, está interiormente sostenida por cierta convicción de fuerza, de poder.

DOÑA MALVA. ¿Qué fuerza ha de tener ese perdido, simple?

DON PELAYO. ¡Una fuerza que da el dinero o que con él se adquiere!

DOÑA MALVA. ¡Bah, bah! No desatines. Siempre has de ser lo mismo, Pelayo; te asustas de tu sombra. ¡Don Pelayo se asusta de un ratón que mueve ruido en la cocina! Si no fuera por mí, habrías caído mil veces en la nulidad, en la impotencia.

DON PELAYO. ¡Ay, mujer, cómplice y compañera mía! Mil veces te he dicho yo también que este poder que hemos adquirido a fuerza de adular y de complacer a los de allá, a los fuertes de arriba, de la noche a la mañana puede perderse, como poder prestado que es, poder reflejo y totalmente artificial.

DOÑA MALVA. Y ¿cómo se pierde? ¿Cómo?

DON PELAYO. Por caprichos de quienes lo dan, por veleidades, por traiciones...

DOÑA MALVA. No, Pelayo, no; en eso te engañas. Este es un enredijo de intereses tan bien

trabado, que ni los de allí ni los de acá pueden desarmarlo a dos tirones. Hacen falta años, ¡siglos tal vez! y desde luego gentes libres, que no se hallen sujetas por un solo cabo de la trama común... No seas pusilánime: mantente fuerte y atrevido... ¡No seas mandria! *Le sacude un brazo.*

Llega presuroso D. Hilario por la puerta del foro.

DON PELAYO. ¡Hilario!

DOÑA MALVA. ¡Hilario!

DON HILARIO. ¡Hola, amigos míos! ¿Ha estado aquí ya Antón Caballero?

DON PELAYO. Acaba de irse.

DOÑA MALVA. ¿Ha visto usted qué cínico?

DON PELAYO. ¿Has visto qué nube, de pronto?

DON HILARIO. No tan de pronto. Se cierne sobre Agramante hace ya varios días. Yo ayer, cuando almorcé aquí con ustedes, ya sabía que Antón estaba en Moratilla.

DON PELAYO. ¿Qué me dices?

DON HILARIO. Lo que estás oyendo.

DOÑA MALVA. ¡Pues hace falta cuajo para no prevenirnos! ¡Y habiendo hablado de él y de Eloísa durante el almuerzo! ¡No tiene usted perdón de Dios!

DON PELAYO. ¿Por qué te callaste?

DON HILARIO. Hombre, la verdad, porque la noticia era una bomba... y porque nada había de remediar yo con anticipárosela. ¿A que vino Madruga a traerla? Sobre que una noticia así, lo que

es yo no la doy almorzando; y después de almorzar, ¡muchísimo menos! La digestion a nuestros años es cosa muy seria.

DOÑA MALVA. ¡Bah! Merecía usted que le pegara un palo en la cabezota.

DON HILARIO. Péguemelo usted, si cree que lo merezco; pero no olvide que entre los amigos leales de ustedes, no lo hay más leal que este cura. No estaré conforme en doctrinas y procedimientos, pero soy incapaz de traicionarlos. Vaya la prueba.

DON PELAYO. ¿Qué?

DON HILARIO. Un consejo sano: vean ustedes el modo de no irritar demasiado a la fiera; de no exacerbarla. Más: háganse, si es posible, amigos de Antón Caballero.

DOÑA MALVA. ¿Cómo? ¿Se atreve usted a aconsejarnos semejante cosa? ¡Ahora es cuando le rompo el palo encima!

DON PELAYO. Deja, Malva, que explique... ¿Por qué nos dices eso, Hilario?

DON HILARIO. Porque el aire va por ahí... El aire es veleidoso, inseguro... La veleta ha cambiado. No se adormezcan ustedes en la peligrosa confianza de su poder y de sus defensores y adictos... El diablo las carga. Antón ha vuelto repleto de influencias y de dinero.

DON PELAYO. *A su esposa.* ¿Eh? ¿Qué te decía yo?

DON HILARIO. Y con dinero y con influen-

cias... ustedes saben bien que se vuelve negro lo blanco...

DON PELAYO. No hace un minuto se lo decía yo a Malva.

DOÑA MALVA. Yo también te decía... lo que ahora no he de repetir. ¡Jesús, qué hombres! ¡Tienen menos ánimos que una libre! ¡En seguida pierden la cabeza! Y es el miedo, el miedo...

DON PELAYO. Dinos, Hilario, ¿qué más sabes?

DON HILARIO. ¿Te parece poco? En apoyo de lo anterior sé que en Madrid han visto a Antón la semana pasada de banquete con varios personajes: el ministro de la Gobernación uno de ellos.

DON PELAYO. ¿Oyes, Malva, oyes?

DOÑA MALVA. ¡No me he tapado los oídos!

DON HILARIO. Me consta que al alcalde lo tiene en el bolsillo a estas horas.

DOÑA MALVA. ¡El alcalde de aquí es un espantapájaros! Mientras el juez y los demás sean nuestros...

DON HILARIO. No se confíen ustedes, Malva... Nadie es absolutamente de nadie... ¿No es de ustedes el cura?

DOÑA MALVA. ¡Hasta dar la sangre por nosotros!

DON HILARIO. Pues ya Antón le ha ofrecido restaurar el retablo del altar mayor de la iglesia, y el santo varón empieza a hablar de ovejas descarriadas, del hijo pródigo y de qué sé yo qué... sin duda para preparar la próxima vuelta de la

tortilla. No se confíen ustedes; insisto. Yo me ofrezco de mediador: para algo soy el hombre del ten con ten y del término medio.

DOÑA MALVA. ¡El ungüento amarillo es usted!

DON HILARIO. Del color que usted quiera, Malva.

Se presenta Madruga, también por la puerta del foro, y también preocupado.

MADRUGA. Señores...

DOÑA MALVA. ¡Ah, Madruga!

DON HILARIO. ¡Madruga contará novedades!

DON PELAYO. ¿Qué hay, Madruga?

MADRUGA. Mucho y malo, señor don Pelayo.

DOÑA MALVA. ¿Mucho y malo?

DON PELAYO. ¿Referente a Antón Caballero?

MADRUGA. Pero ¿usted cree que desde ayer se habla de otra cosa en Agramante? Y no es para menos. Ese hombre trae perversas intenciones.

DOÑA MALVA. ¡Traerá las de siempre! ¡Las mismas!

MADRUGA. Las intenciones, señora, son de temer o no, según se puedan o no llevar adelante. Esta madrugada, una partida de hombres de Moratilla, capitaneada por los hermanos Lobo, se apoderó del cortijo de Ruyaba...

DOÑA MALVA. ¿De nuestro cortijo?

MADRUGA. Sí, señora; prendió y encerró a los colonos y robó cuantos víveres allí había.

DOÑA MALVA. ¡Jesús! ¡Mis jamones!

DON PELAYO. ¡Por vida de...!

MADRUGA. Luego salieron en dirección de Al-
tuna. La Guardia civil les va a los alcances. Bue-
no; pues se dice—y yo lo creo a ojos cerrados—
que esa partida se ha formado con dinero de An-
tón Caballero.

DON HILARIO. ¡Qué disparate!

MADRUGA. ¿Disparate?

DON HILARIO. ¡Cien veces disparate! Las cir-
cunstancias, la coincidencia del hecho y la vuelta
de Antón, han podido hacer que se piense... ¡Pero
los tiros no van por ahí!

MADRUGA. ¡Ya veremos por dónde van los ti-
ros!

DOÑA MALVA. ¡Ya lo veremos!

DON HILARIO. ¡Lo de Moratilla no es más que
hambre! ¡Hambre! ¡Como lo de media nación!
¡Hambre! ¿Está claro esto? ¡Hambre! ¡Ganas
de hincar el diente en algo nutritivo! ¡Hambre!

DOÑA MALVA. ¡Usted todo lo compone co-
miendo!

DON HILARIO. Se arreglan muchas cosas, se-
ñora mía.

DOÑA MALVA. Por lo pronto hay que prender
a ese bellacón.

DON HILARIO. ¡No, no; no es ese el camino!
¡Nada de prenderlo!

DON PELAYO. ¡Pues no nos vamos a cruzar
de brazos, Hilario!

MADRUGA. No está el río para dormirse en las

orillas. ¿Quién se figuran los señores que se ha hecho el compinche del recién llegado?

DON PELAYO. ¿Quién?

DOÑA MALVA. ¿Quién?

MADRUGA. No lo van a creer los señores; creerán que es un cuento.

DOÑA MALVA. A ver: quién es.

MADRUGA. *Solapita*.

DOÑA MALVA. ¿*Solapita*?

DON PELAYO. ¡Imposible, Madruga!

MADRUGA. ¿No lo dije?

DON HILARIO. ¡Posible y más que posible! ¿No lo dije yo?

MADRUGA. Sí, señora doña Malva; sí, señor don Pelayo: *Solapita*. Ése, que tanto adula, que está constantemente bailando el agua a los señores... ¡Ése!

DON PELAYO. ¡El hombre a quien más he favorecido en este mundo!

DOÑA MALVA. ¡El que de pastor de puercos hemos elevado a persona decente, a caballero, a diputado provincial!

MADRUGA. Ése: ahora mismo le lame los pasos a Antón Caballero. Se han arreglado en Moratilla; le ha dado dinero de largo.

DOÑA MALVA. ¿Sí, eh? ¡Pues por mucho que haya robado el gran pirata, no tendrá para corromper a nuestros verdaderos amigos!

DON HILARIO. ¡Que así se ofusque una tan clara inteligencia! Pero ¿es posible, Malva, que

viendo tales cosas se fie usted ya de nadie? Usted, Madruga, ¿se fía ahora mismo de los amigos de esta casa?

MADRUGA. Yo, ni ahora ni nunca me fío en Agramante más que de los muertos. Ésos son los únicos que me obedecen. De las tapias del cementerio para acá, ni de mí mismo fío.

DON HILARIO. ¡Caramba! Éste es más avanzado que yo. No tengo más que oír. Voy a cumplir con mi deber de amigo. Esta noche ceno yo con Antón Caballero.

DOÑA MALVA. ¡Milagro! ¿No lleva usted también estadística de las veces que no come en su casa?

DON HILARIO. ¿Para qué, señora? ¡Ésa la llevan en las casas ajenas, como es natural! Mañana vendré a almorzar aquí; y ya saben ustedes que yo en los almuerzos no doy más que buenas noticias. Adiós a todos. *Vase resueltamente.*

DON PELAYO. Adiós, Hilario.

MADRUGA. Vaya usted con Dios.

DOÑA MALVA. ¡Anda y que te pelen, pastelero!

DON PELAYO. Son muy graves todas estas cosas. Yo estoy inquieto, Malva, muy inquieto. Voy a telegrafiarle otra vez al gobernador.

DOÑA MALVA. Eso nunca estorba. Ve, ve. Exagera el peligro.

DON PELAYO. Hasta luego, Madruga; y gracias, gracias siempre.

MADRUGA. Mándeme, don Pelayo.

DON PELAYO. Gracias, muchas gracias. *Se va por la puerta de la derecha.*

MADRUGA. No crea usted, señora; razón hay para preocuparse.

DOÑA MALVA. Ya, ya.

MADRUGA. Pero, bueno; no todas son traiciones. De esto que le voy a decir a usted no he querido hablar hallándose presente don Hilario, porque como también está vivo, a Dios gracias, también recelo de él.

DOÑA MALVA. Pues ¿qué más cosas hay?

MADRUGA. *Confidencialmente.* Hace unas horas he reunido a algunos de los míos allá en el ventorro donde nos vemos siempre que se avecinan tempestades; y si bien hay algunos fríos y pasivos, otros hay bastante fogosos... demasiado fogosos.

DOÑA MALVA. ¿Qué?

MADRUGA. Lo más grave de todo ello es que Gonzalito y un par de muchachos de su edad, loquinos como él, se han juramentado para acechar a Antón Caballero en el Arco de la Caneja, y...

DOÑA MALVA. ¡Jesús!

MADRUGA. Pero yo creo que una tragedia nos sería funesta en este caso. Nos mandarían un juez especial... y el gobernador parece que ha recomendado prudencia... y que no haya escándalos ni gresca en las calles...

DOÑA MALVA. Es natural.

MADRUGA. Algo les he dicho yo de esto; pero Gonzalito, como sabe bien la señora... sólo a la señora obedece... *Con intención.* A mi parecer, convendría que la señora le diera algún consejo... o le echara una buena peluca, quitándole de la cabeza el viento de sus bravuconerías.

DOÑA MALVA. Sí, sí; que venga Gonzalito. Mándamelo acá.

MADRUGA. Estos chicos tan adelantados nos comprometen a lo mejor con la intención más buena... En cambio, el plan del *Manquito* era otro: captura, encierro, paliza... y vaya usted con Dios y que se alivie. Proceso... nadie declara en favor del apaleado... y en paz.

DOÑA MALVA. Mándame, mándame pronto a Gonzalito.

MADRUGA. Sí, señora. Yo, por mí, andaré a la mira de unos y de otros.

DOÑA MALVA. Eso es.

MADRUGA. A la orden de la señora. *Se marcha por la puerta del foro tranquilamente.*

Sale Regino por la de la derecha, sombrío, meditabundo.

REGINO. ¿Quién era, madre?

DOÑA MALVA. Madruga.

REGINO. ¡Ah, Madruga!

DOÑA MALVA. ¿Has visto a tu padre, hijo mío?

REGINO. Sí; ya me ha enterado... ¡Mi castillo se viene a tierra!

DOÑA MALVA. ¡No, hijo!

REGINO. Sí, madre, sí; yo no valgo para sostenerlo. ¡Se viene a tierra!

DOÑA MALVA. Tú solo no has de ser... Pero aquí somos muchos a una... a sofocar al enemigo... Ahora mismo acabo de saber por Madruga... La gente de ley, de pelo en pecho, está rabiosa y excitada contra ese criminal... Yo no le arriendo la ganancia a estas horas... Porque los hay para todo, para todo...

REGINO. Pues yo jamás tomaré partido en nada innoble.

DOÑA MALVA. No se ha de dominar a un bandido dándole caramelos. ¡Y Antón es un bandido!

REGINO. ¡Ay, madre! No podemos decir, en conciencia, en esta sociedad quién es bandido y quién no lo es.

DOÑA MALVA. ¡Muchacho, no delires!

REGINO. Y a fuerza de decorarlo de bandido, haréis un héroe de Antón Caballero. El pueblo, en que abundan los desventurados y miserables, lo defenderá y lo querrá; lo alzaré a la suprema altura de ídolo. No lo dudes.

DOÑA MALVA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué cosas te oigo!

REGINO. ¡Pero si Antón Caballero no es más, en resumen, que un hombre rebelde a las injusticias establecidas! ¡No lo comprendes, madre? ¡Todos cuantos las padecen serán sus soldados! Además, es gallardo, robusto, acometedor... Tiene aliento y labia... Si yo fuera fuerte como él, me metería a bandido.

DOÑA MALVA. ¡Ave María!

REGINO. A bandido así. Créelo, madre: al fin vencerá, triunfará de todos... ¡Se llevará a Eloísa para él!

DOÑA MALVA. ¡Eso, nunca!

REGINO. Eso, ciertamente. Por la ley, si no por la fuerza.

DOÑA MALVA. En la ley tiene Eloísa un amparo contra su marido, y si ella se sostiene firme...

REGINO. En ella revivirá el amor pasado... ¡Oh, la aureola del héroe!

DOÑA MALVA. Tú desvarías, Regino. Esa aureola más ha de repugnar que atraer a quien se extasía con los resplandores celestes. Nada temas, tontín. El bandido no cogerá esa presa. Yo te respondo de esto.

REGINO. Pues si tú me respondieras, madre; si me dieras la seguridad de que así ha de ser, me darías nuevamente la vida, que ya una vez me diste.

DOÑA MALVA. Pues vuelvo a dártela, porque te doy esa seguridad, hijo mío.

REGINO. Dios te lo pague, madre. Si no fuera

así, quizá no te agradecería que me hubieses traído a este mundo. No extrañes mi lenguaje ni la intensidad de mi tristeza. Soy un hombre inútil. Mis estudios no han salido del terreno estéril. Soy uno de esos niños aturdidos y simples que para nada sirven; niño educado en la holganza por padres ricos o enriquecidos, que se quieren mirar en el espejo de su heredero. Si bien se piensa, madre, yo no debo vivir.

DOÑA MALVA. ¿Qué dices, hijo de mi alma?

REGINO. No debo vivir. Nada tendría yo que hacer en el mundo, si a él no me ligara esto de ser espejo en el que se miran mis padres. El espejo se rompe en pedazos, y nada sufre. Si este espejo que soy yo no se rompe, es por no romper la imagen querida de los que en él se están mirando. A no estar vuestra imagen en mí, yo me rompería.

DOÑA MALVA. Tonto, tontaina; te encuentras bajo la influencia de una pasioncilla de mozalbetes, criada y alimentada en tu alma por los libros extravagantes. El mal que ellos te han hecho se te curará leyendo una página hermosa de la vida.

REGINO. ¡Ay! Esa hermosa página imaginé yo que iba a leerla cuando supe que mi prima era libre... ¡cuando creí que lo era, madre! Cruel ha sido la realidad conmigo: me enseñó el sol... y al instante me dejó ciego.

DOÑA MALVA. Pues yo te volveré la vista. Confía en mí, que soy tu Providencia. Te mando

estar alegre. Tu alegría es mi felicidad, mi orgullo. Quiero que estés alegre.

REGINO. *Acariciándola.* Estaré alegre si me lo mandas tú. Adiós. *Se aleja por la puerta del foro, sonriéndole tristemente a su madre.*

DOÑA MALVA. ¡Pobre ángel! Es tan menguado de naturaleza como rico de fantasía... Enfermo y poeta: dos calamidades a cual peor... Pero yo arreglaré su existencia; yo lo haré feliz.

Tras la ventana asoma en esto Gonzalito, el mozo nombrado por Madruga.

GONZALITO. ¿Se puede pasar, doña Malva?

DOÑA MALVA. ¡Gonzalito! A tiempo llegas, hombre. Pasa, pasa. Da la vuelta.

GONZALITO. Al punto voy, señora. *Se retira rápidamente.*

Doña Malva, mientras llega él, se acerca a la puerta de la derecha, observando.

DOÑA MALVA. Pelayo, por lo visto, se ha encerrado en el despacho a mover resortes... Más vale. Eso lo toca bien. Para otro género de golpes es apocadito... apocadito.

Vuelve Gonzalito por la puerta del foro.

GONZALITO. ¿Da la señora su permiso?

DOÑA MALVA. Pasa, pasa. Siéntate.

GONZALITO. No, señora; gracias.

DOÑA MALVA. Pues no te sientes; allá tú.

GONZALITO. Sé que la señora va a reñirme. Me llama usted para reñirme.

DOÑA MALVA. No, no; para reñirte, no; nada de eso. Si estás asustado por eso, tranquilízate. Madruga acaso te haya dicho... Yo exageré ante él... era natural que exagerase... Pero no, no te riño; te quiero bien; estimo en mucho tu fidelidad... y aun te tolero alguna faltilla a que tus ímpetus juveniles pueden arrastrarte.

GONZALITO. Gracias, señora.

DOÑA MALVA. Sí, Gonzalito; te digo con franqueza que me gustan los hombres decididos, impetuosos. Son los que algo valen en este mundo. Los flojos, los indiferentes no van a parte alguna.

GONZALITO. Los flojos no sirven para nada.

DOÑA MALVA. Para nada. Y hay en el mundo tanto pillo, que no se podría vivir en él si no hubiera también hombres bravos capaces de tenerlos a raya.

GONZALITO. Eso digo yo. Los hombres honrados también sabemos ser valientes. No va a ser el valor cosa nada más que de pillos.

DOÑA MALVA. Claro, claro. Y es gran tontería esperar a que los injustos y malvados sientan su escarmiento en la otra vida, como quiere la gente beata. En esta en que estamos tenemos el derecho y la obligación de defendernos de ellos.

GONZALITO. Eso. Si dejamos al malo que nos pise y nos apabulle, no merecemos ni que nos miren las mujeres de nuestra tierra.

DOÑA MALVA. Muy bien dicho.

GONZALITO. El malo vive de la flojedad de los cobardes. En un pueblo de cobardes entra el malo a saco y allí pone su trono.

DOÑA MALVA. Bien se ve que no hablas tú como cobarde.

GONZALITO. No lo soy; no, señora. Si lo fuera, si yo me sintiera por adentro cobarde, incapaz de escarmentar a tiempo al que escandaliza para sacar tajada o al que ofende a los que yo quiero... renegaría de mí y de mi casta.

DOÑA MALVA. ¡Bien, bien! Eres valiente; valiente de veras. No te sometes al malvado. Ten en cuenta que el malvado no es bravo sino cuando lo dejan serlo.

GONZALITO. Eso mismo.

DOÑA MALVA. Por eso te he dicho antes que no te reñía. A un valiente como tú, ¿por qué he de reñirle? A un valiente así se le previene, se le advierte, se le aconseja: "Cautela, Gonzalito, no seas víctima de tu propia bravura".

GONZALITO. Ya entiendo, ya. Y pierda la señora cuidado... ¡Bueno estaría que cuando se va por la justicia...! ¡O hay Dios justiciero o no lo hay!

DOÑA MALVA. Lo hay, Gonzalito. Por eso el bueno sale vencedor al fin y a la postre. *Pausa.* ¿Y tu madre?

GONZALITO. En su brega de siempre: sacando adelante la casa.

DOÑA MALVA. ¡Buena mujer es Ildefonsa! De las que merecen su premio en esta vida.

GONZALITO. Pues mire, señora... tarda, tarda el premio en llegar.

DOÑA MALVA. No tardará, no; no tardará ya mucho. Dios es bueno. De mi parte vas a decirle que aquella deuda que tiene con nosotros... ya tú sabes... la del caserío de la Corruqueda...

GONZALITO. Sí, señora; ¿qué?

DOÑA MALVA. Que no le preocupe más tiempo... que bastante tiene ella con tantos afanes y tantos chicos... Dile que esa deuda está perdonada.

GONZALITO. ¡Señora!

DOÑA MALVA. Los buenos, con los buenos, los malos, con los malos...

GONZALITO. No sabe la señora cuánto le agradezco... ¡Qué alegría le voy a dar a mi madre!... Porque como somos cumplidores, ella tenía esa pesadilla... Y yo, por mí, señora, con ser valiente, si me acobardo alguna vez es pensando en mi madre... ¿Qué sería de ella si por mi valentía me viese algún día metido en la cárcel... procesado?...

DOÑA MALVA. ¿En la cárcel tú? ¡No pienses en eso! ¿Para qué estamos nosotros más que para dar amparo a los fieles, a los que nos demuestran una adhesión sin límites? ¡En la cárcel tú!... ¡Qué niñería!...

GONZALITO. Bien, señora... Dios le pague a usted...

DOÑA MALVA. Ahora márchate, hijo... Vete a... vete a tus quehaceres. Y nada temas.

GONZALITO. Señora santísima... *Le besa la mano.*

DOÑA MALVA. Anda con Dios, valiente.

GONZALITO. Valiente, sí. *Vase por la puerta del foro.*

DOÑA MALVA. Estos brutos que nada temen son siempre el alma del poder. ¡Ay!... Voy a darle un beso a mi hijo. *Se marcha por la misma puerta, en dirección contraria.*

Por la de la derecha viene Eloísa. Verónica la sigue.

ELOÍSA. ¿No está aquí tampoco? Pues aquí hablaba hace un instante.

VERÓNICA. Sí, pero no con él: el enemigo se fué ya hace rato.

ELOÍSA. Pues anda, búscala y dile de mi parte que quiero salir; que no hay por qué encerrarme en casa.

VERÓNICA. Me dirá que teme que te encuentres con él, que es lo que la preocupa.

ELOÍSA. No me encuentro con él; pero en todo caso no había de comerme tampoco. Ni de llevarme a viva fuerza. Dile que esté tranquila; que yo, menos que nadie, quiero verlo ni hablarle.

VERÓNICA. Lo que es de eso, niña, difícil será que la convenzas.

ELOÍSA. Pues que imagine lo que guste, pero que me deje salir. Ya no puedo vivir sin pasar un rato con las monjas; sin mi visita al hospital. Hoy más que nunca las echo de menos. Hoy más que nunca se me viene encima esta casa. No sé qué hallo en el aire, que hoy me parece más hostil. La calle me atrae.

VERÓNICA. Eso es que estás nerviosa, excitadilla... El acontecimiento no es para menos. Natural es que te haya alterado.

ELOÍSA. Por lo mismo deberían cuidar de darme gusto, de dejarme hacer mi voluntad... hoy como nunca.

VERÓNICA. ¡Sí, sí; tu voluntad aquí!... Pero aguarda, aguarda, no nos escuchen. En esta casa ponen espías hasta debajo de los muebles. *Inspecciona por ambas puertas.* No, no hay nadie. Puedes hablar todo lo que quieras; desahogarte a tus anchas. Anda, hazte cuenta que te abrieron la jaula y que echaste a volar conmigo. Venga tijere-teo. Es consuelo de esclavos. A mí no necesitas explicarme nada; todas las vueltas que le estás dando a esto de la salida a la calle, no son sino afán de hablar del asunto, de ti misma, de tu vida, de tu ficción... Desahoga, desahoga, alma mía. Abre el pecho.

ELOÍSA. ¿Estás segura de que nadie nos oye?

VERÓNICA. Nadie.

ELOÍSA. ¡En qué momento de mi vida ha vuelto ese hombre! ¡Cuando yo creía haber dado ya

con mi ruta en el mundo; cuando me figuraba caminar segura hacia una felicidad acaso triste, pero cierta! Triste, porque a ella me empujó la vida, no mi libre albedrío.

VERÓNICA. ¿Hablas... de tu comedia religiosa?

ELOÍSA. De lo que por comedia empezó... Tú sola lo sabes. Me vi prisionera en esta casa, que es una caverna, y cercada por el egoísmo de todos, hube de buscar en una ficción la libertad dentro de la cárcel... Sólo así conseguiría que me dejaran vivir en paz. Y me abracé a la ficción religiosa. Así mi primo Regino se desengañaría de mi amor, viéndolo imposible; así no me asediarían los demás, desde el marquesito de Tavera hasta el sobrino de Madruga... ¡Qué martirio de hombres!

VERÓNICA. Comprendo que te den horror... El sobrino de Madruga, por interesado y por zoquete; el marquesito... por mala persona y por pillastre: se figuró que eras ya fruta caída... En cuanto al nene de esta casa, porque se empeña en que lo quieras a fuerza de ponerse pálido y ojeroso... y de llamarle al aire éter. ¡Qué tres pies para un banco! Bien hiciste en fingirte beata.

ELOÍSA. Sólo así he podido vivir entre estas gentes los meses que llevo; sólo así han podido mis tíos considerar mi dinero seguro entre sus uñas, y yo verme libre de un tenaz espionaje. Hipocresía era mi misticismo; pero todos lo creían verdadero. Y las personas más santas del pueblo se hacían lenguas de mi ejemplar conducta, y doña

Malva y don Pelayo dormían tranquilos: el uno, sobre su egoísmo benigno y manso; la otra, sobre su egoísmo despótico, absorbente.

VERÓNICA. Es verdad, es verdad.

ELOÍSA. Y fingiendo, leí libros piadosos y me aficioné a su lectura; y fingiendo, visité a las monjitas y me sentía cautivada por la sencillez de sus vidas serenas; y fingiendo, empecé mi aprendizaje de enfermera en el hospital, y hallé, en el roce con el dolor humano, un alivio de mis propios dolores. Así, Verónica—parece un cuento esto que te digo—, he venido a ser yo como esos comediantes que, aun sabiendo que representan una farsa, a veces sienten como verdadero lo que fingen, y lloran o ríen y padecen o gozan con ello. Yo también he ido advirtiendo poco a poco que aquella afectada beatería, aquella mentida religiosidad iba ganando mi conciencia e inundándola de una nueva luz, de celestiales resplandores... ; Por qué extraños caminos nos conduce Dios hacia la paz del alma; hacia la virtud y hacia el bien! De la comedia y de la verdad juntamente, nacieron en mí anhelos de llenar, ennobleciéndolas, mis horas vacías; de buscar el bien y de hallarlo... Miré de cerca y cara a cara la desventura de mi vida; y en vez de abrazarme en la estéril desesperación, me dejé ir por las sendas de la virtud y del sacrificio; yo cuidaré heridos, enfermos, ancianos; viviría junto a las humanas miserias, y sería dichosa.

VERÓNICA. Es triste, niña; es triste para quien

hubiera querido verte contenta en tu hogar, en tu casa, adorada por unos cuantos hijos. ¡Maldito el hombre que así te destrozó!

ELOÍSA. No lo maldigas tú también; perdónalo, como yo lo perdono. Que a él y a todos nos juzgue Dios.

VERÓNICA. Sí que vas camino de santa. ¡Perdonar aquellos horrores!...

ELOÍSA. ¡Ay, Verónica! También el perdón tiene sus caminos; también lo tienen las disculpas... Las pasiones y los odios se desencadenaron en él; no era hombre, era fiera... Las infamias de sus perseguidores lo llevaron a la propia infamia...

VERÓNICA. ¿Piensas verlo?

ELOÍSA. ¡No; eso no! ¿Para qué? Deseo que se vaya de aquí; que nos deje; que siga su vida lejos de la mía... Pero mientras se va, mientras lo siento cerca...

Aparece Antón en la calle, y al ver a Eloísa se dirige a ella desde la ventana. Ella da un grito y retrocede espantada y confusa, quedando como absorta luego. Verónica participa de su sobresalto y temor.

ANTÓN. ¡Eloísa!

ELOÍSA. ¡Oh!

VERÓNICA. ¡Jesús! ¡Lo atrajiste al nombrarlo!

ANTÓN. ¡No huyas! ¡No te asustes de mí! ¡Al fin te veo! ¡No tiembles, ángel o mujer!... ¡Aunque no quiera todo Agramante, he de hablar contigo!... ¡Aunque me creas el peor de los hombres,

me tienes que escuchar! Aguarda, agúardame...
Suena un tiro dentro, en el momento mismo en que él se aparta de la ventana. ¡Ah, cobardes! ¡Traidores!

ELOÍSA. ¡Jesús!

VERÓNICA. ¡Virgen mía!

Suena otro tiro.

ELOÍSA. ¡Oh! ¡Qué horror!

VERÓNICA. ¡Qué infamia!

ELOÍSA. ¡Lo matan! ¡Lo quieren matar! *Corre hacia la ventana.*

VERÓNICA. *Deteniéndola.* ¡No te asomes tú; no te asomes!

ELOÍSA. ¡Ha sido gente de esta casa! *A gritos.*
¡Favor! ¡Socorro! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Por la puerta de la derecha llega alteradísimo D. Pelayo, y luego por la del foro doña Malva.

DON PELAYO. ¿Qué es? ¿Qué ha sido ello?

DOÑA MALVA. ¿Qué ha sido, niña?

ELOÍSA. ¡Que han querido asesinar a Antón; que acaso lo han matado!

DOÑA MALVA. ¡Ave María Purísima!

DON PELAYO. ¡Por vida del hombre!

ELOÍSA. Me habló al pasar por la ventana, y en ese momento...

DON PELAYO. ¡El odio siempre tras de él!

DOÑA MALVA. ¡Siempre! ¡siempre!

Aparece Antón Caballero en la puerta del foro. Viene herido.

ANTÓN. ¡Siempre!

ELOÍSA. ¿Herido?

ANTÓN. Bandidos de Agramante, criados y matones de esta casa han pretendido asesinarme. De milagro escapé: Dios me ha salvado. Dios y la fiereza con que me defendí de aquellos miserables.

DON PELAYO. ¡Gente de mi casa no ha sido! ¡Protesto de ese agravio!

DOÑA MALVA. ¡Aquí no somos asesinos! ¡Yo también protesto!

ANTÓN. Protesten ustedes cuanto quieran... ¡Esta sangre, y la que a consecuencia de ella se derrame, caiga sobre los tiranuelos de esta ciudad!

ELOÍSA. *Acercándosele compasiva.* ¡La mano destrozada!...

ANTÓN. No... la sangre que corre es del brazo... En el pecho estoy herido también... *Cae desfallecido en una silla.*

ELOÍSA. ¡También en el pecho!...

DOÑA MALVA. ¡Dios mío! ¡Que se nos muere aquí este hombre!

ANTÓN. *Con voz débil.* Socórreme... esposa, hermana o lo que seas, y que tu bondad y tus méritos valgan para el perdón de mis delitos, de los delitos de éstos... *Pierde el sentido.*

DOÑA MALVA. ¡Jesús! ¡Se nos muere!

DON PELAYO. ¡Pronto! ¡A la posada! ¡A la botica!

DOÑA MALVA. ¡A la Casa de socorro con él! ¡El maldito; el hereje!

ELOÍSA. ¿Qué dice usted, señora? ¿Qué dicen

ustedes? Esta casa es cristiana; aquí no se le niega la asistencia a este hombre.

DOÑA MALVA. ¿Lo defiendes tú?

ELOÍSA. Lo defiendo y lo amparo. Alumna de enfermera soy: yo lo curaré. Ni es mi esposo ni lo conozco; ni sé si es bueno o malo, ni me importa saberlo; ni le pregunto adónde va ni de dónde viene: es el prójimo. Es un herido que entra en mi hospital.

Acude a atenderlo. La auxilia Verónica. Doña Malva y D. Pelayo se consultan, mirándose. Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala alta en casa de don Pelayo. A la derecha del actor, una puerta, y otra a la izquierda, que conduce a la habitación ocupada por Antón Caballero. Al foro un gran balcón abierto. Es de noche. Luz interior y luz de luna.

Simultáneamente salen D. Hilario y Verónica; él por la puerta de la derecha y por la de la izquierda ella.

DON HILARIO. ¡Verónica! De ver al prisionero, ¿eh?

VERÓNICA. ¡Ánimas benditas! ¡Qué hombre! ¡Deseando estoy que levante el vuelo! ¿No vengo a ofrecerle si quiere alguna cosa antes de dormir y me contesta que un rayo que me parta? ¡Que lo parta a él!

DON HILARIO. ¡Esas son sus genialidades! Cosas que dice por reír y dar que reír.

VERÓNICA. ¡Pues no le veo la gracia! ¡Que me parta un rayo, después de lo que a mi niña y a mí nos ha hecho pasar en los ocho días que aquí lleva! ¡No sabe él bien lo que tiene que agradecerme! Por supuesto, a un tal herejote, ¡váyale usted con gratitudes! ¿Viene usted a verlo?

DON HILARIO. Sí. No cejo en mi empeño de

aunar voluntades. Todo ha de hacerse por la paz, por la paz...

VERÓNICA. ¿Por la paz? ¡Buena paz nos aguarda! ¡Está usted fresco! Quédese con Dios. *Váse por la puerta de la derecha.*

DON HILARIO. *Viéndola irse.* Es posible que tengas razón, amiga Verónica... *Con malicioso gesto.* ¡Je! Mala semilla es la sospecha. Me parece a mí que tú y la beatita nos estáis tomando a todos el pelo lindamente... Me parece a mí. Y el Señor nos libre de malos pensamientos. *Llégase a la puerta de la izquierda.* ¡Antón Caballero!

ANTÓN. *Desde dentro.* ¿Quién vive?

DON HILARIO. ¡Tu mejor amigo!

ANTÓN. ¡Ah! ¡Hilario!

DON HILARIO. ¿Se puede?

ANTÓN. Aguarda; salgo yo. *Saliendo a poco.* Mi saludo al gran estadista.

DON HILARIO. ¿Cómo va ese ánimo?

ANTÓN. Nunca ha estado enfermo.

DON HILARIO. ¿Y esas heridas?

ANTÓN. Bien. Ha sido más el humo que la pólvora. Simulacro de asesinato. Yo no debía morir aquí como un perro. Mañana me dará el médico de alta, y mi primera visita se la dedicaré a Gonzalito, el torpísimo ejecutor de la sentencia.

DON HILARIO. ¿Te obstinas en pensar que fué ese tontiloco?...

ANTÓN. ¿Cómo no, si mis ojos lo vieron? Lo felicitaré por su pésima puntería. Y ahí lo tienes,

gracias a quienes le guardan todavía las espaldas, paseándose por las calles, tan fresco. Nadie se ha metido con él: en esta casa entra cuanto quiere. Doña Malva lo mimaba como a un hijo. De la sumaria no resulta nada contra Gonzalito ni contra ningún bicho viviente. No se sabe quién disparó; ni se sabe nada. Ni se sabrá nunca. Da gusto vivir en un pueblo tan reservado. El juez quiere llevarse bien con todo el mundo.

DON HILARIO. Atribúyelo a la cosa política...

ANTÓN. Atribúyelo a lo que quieras; pero lo cuento de milagro. Y no creas que le guardo rencor a Gonzalito. No en mis días.

DON HILARIO. ¡Bien, Antón, bien! Eso es digno de ti; eso es de pechos elegidos.

ANTÓN. No, hombre; esto es de sentido común. ¿Qué culpa tiene Gonzalito? Un mazo que se levanta sobre ti no se mueve él solo. Gonzalito es el mazo. ¿Qué voluntad lo impulsó contra mi cabeza? Habría que pensar en doña Malva, ¿verdad?

DON HILARIO. ¡Hombre, no!

ANTÓN. ¿No, eh? ¿Tú no la crees capaz de tanto? ¡Ay, don Término Medio! ¡Siempre fuiste tórtola agramántica! O lo quisiste parecer.

DON HILARIO. No analices. En verdad te digo que todas mis sospechas en este caso recaen sobre otro personaje.

ANTÓN. ¿Madruga, quizá?

DON HILARIO. ¡El mismo! ¿No crees tú también...?

ANTÓN. No lo dudo. Ha estado aquí hace media hora a ofrecérseme noblemente para machacar a don Pelayo si me estorba. Este fué el verbo: machacar.

DON HILARIO. ¡Ah, traidor, sinvergüenza!

ANTÓN. ¡La política, Hilario! Madruga y los suyos, en unas elecciones, tuvieron atado a mi padre a una encina durante ocho horas. Eso sí: lo ataron con mucho miramiento.

DON HILARIO. Y ¿has hecho las paces con él?

ANTÓN. Él las ha hecho conmigo. Ahora en Agramante no voy a tener más que adictos. Se sabe que cuento con dinero y poder, que es fuerza en ambos brazos.

DON HILARIO. Y en todo el cuerpo, Antón.

ANTÓN. Dime: ¿por qué has sospechado de Madruga?

DON HILARIO. ¿Tú no te sorprendes de nada?

ANTÓN. De nada malo.

DON HILARIO. Pues piensa un instante en que Madruga tiene un sobrino guapo mozo, con ambición, con ilusiones... piensa en que a tu mujer se la había dado ya por viuda... y blanco y con asas... digo, y verde y migado... Bueno, ya me entiendes.

ANTÓN. ¡Qué atrocidades hay que oír cuando se resucita de pronto! Ya me han referido esa historia.

DON HILARIO. ¿Quién?

ANTÓN. ¿Quién había de ser? ¡El hombre de confianza de Madruga!

DON HILARIO. ¿Párpado?

ANTÓN. ¡Párpado! Vió venir el cambio del pastel, creyó a Madruga más fiel a don Pelayo que a mí... y también ha estado a ofrecérseme, con un saco lleno de confidencias. ¡Soy el hombre del día!

DON HILARIO. ¡Qué horror! ¡Qué gentuza! Viendo estoy que acabaré por resumir todas mis estadísticas de Agramante en una sola: la de los sinvergüenzas.

ANTÓN. Y ésa te la dan hecha: ¡el número de habitantes del pueblo!

DON HILARIO. ¡Caramba! No iba yo tan lejos, Antón; no iba yo tan lejos.

ANTÓN. Yo sí.

DON HILARIO. Y ¿qué haces del estadista en esa estadística?

ANTÓN. Dejarlo dentro de ella, no se aburra solo demasiado.

DON HILARIO. ¡Venga usted a visitar enfermos para que lo maltraten así!

ANTÓN. ¡Ja, ja, ja! Bueno, vamos a ver, Hilario; a ver si te quedas dentro o fuera de la estadística.

DON HILARIO. Vamos a ver.

ANTÓN. Has sospechado de Madruga porque

tiene un sobrino codicioso de mi mujer... Y ¿qué me cuentas de doña Malva, que tiene un hijo?

DON HILARIO. *Turbado.* Chico, a boca de jarro esa pregunta... ¡Envuelve una condenación tan grave!... Pero, en fin, allá va, de hombre a hombre, de pecho a pecho. Regino se enamoró de Eloísa como un tonto; pero la beatería de ella lo desengañó. Esta es la pura. Y, claro está, la madre, si había concebido proyectos por ese camino, los desechó inmediatamente. ¿Me crees?

ANTÓN. Sí...

DON HILARIO. No lo dices muy convencido.

ANTÓN. Y ¿qué es del galán? Es el único que no ha subido a verme.

DON HILARIO. Pero ¿tú no has preguntado por él?

ANTÓN. Yo, no. ¿Él ha preguntado por mí?

DON HILARIO. Ya. Pues se marchó al campo con el tío abuelo. Siempre está Regino delicaducho. Es hombre para poco.

ANTÓN. Buen viaje. Mira tú por dónde la santurronería improvisada de Eloísa la ha librado de todo linaje de moscas. ¡Ya ha servido para algo bueno!

DON HILARIO. Y para acogerte a ti en esta casa, ¿no ha servido también?

ANTÓN. Sí, pero... ¿de qué me vale? ¡Me ha robado su amor el fanatismo más odioso!

DON HILARIO. *Con socarronería, en voz baja.*
¡Hipócrita!

ANTÓN. ¿Eh?

DON HILARIO. ¡Hipócrita!

ANTÓN. No te entiendo. ¿Quién viene? *Viendo a doña Malva y a D. Pelayo, que llegan por la puerta de la derecha.* ¡Oh! ¡Los dueños de la casa! ¡Tanto honor para mí!

DON PELAYO. No nos gusta retirarnos a descansar sin venir a verte.

ANTÓN. En el lenguaje humano no hay palabras con que agradecer esas tuyas.

DOÑA MALVA. Lo agradezca usted o no lo agradezca, nosotros cumplimos los deberes de la hospitalidad.

ANTÓN. Desde el primer instante.

DON HILARIO. Dígalo, si no, el discurso que le pronunció Pelayo al pueblo amotinado que pedía tu cabeza la tarde en que te hirieron.

ANTÓN. ¡En vez de pedir la del que me disparó los dos tiros! ¿No, doña Malva? Pero la masa es inculta y bestial. No sabe nunca por qué pide las cosas ni qué cosas pide. Muchos de los que aquel día pidieron mi cabeza han venido luego a visitarme, sin duda a ver qué tal la tengo.

DON HILARIO. Lo indudable es que en aquel crítico momento Pelayo enfrenó a las turbas con su palabra.

DOÑA MALVA. Nunca ha estado más oportuno; esta es la verdad.

DON PELAYO. ¡Pues me salió del corazón! “¡Cristiano antes que político!”, dije.

ANTÓN. Sí; si mientras mi esposa me hacía la primera cura oí toda la arenga... “¡Caridad antes que justicia!”

DOÑA MALVA. Eso es.

DON HILARIO. Y hoy en el periódico—¿lo has leído, Pelayo?—te llaman carácter romano, Ca-tón... No escribe mal ese Resina.

ANTÓN. ¿Y a mí, me llama algo Resina?

DON HILARIO. Luchador.

ANTÓN. ¿Luchador? Lo esperaba; es palabra muy dúctil. Resina, como el juez, quiere estar bien con todos.

DON PELAYO. En fin, ¿tienes alguna queja de nosotros como huéspedes?

ANTÓN. ¡Ninguna! Es decir, una sola: el es-mero con que se me trata.

DOÑA MALVA. Hombre, deje usted alguna vez la zumba; me carga tanto retintín.

ANTÓN. Lo he dicho con toda sinceridad, señora mía. Sea o no tan sincera como ha sido mi afirmación la caridad de ustedes, yo siento ya atadas mis manos por la gratitud. Me iré de Agramante sin causarles voluntariamente ningún nuevo daño, cuando no traía otra voluntad que la de hacerlos trizas.

DON PELAYO. Lo celebro, Antón; celebro oírte. Yo también depongo mis odios contra ti. Hora es ya de que nos abracemos lealmente. Borrón y cuenta nueva.

ANTÓN. Pero ¡qué borrón!

DON PELAYO. Lo pasado, pasado. ¿Te irás de Agramante en sana paz, según dices?

ANTÓN. Ya acaba usted de oírlo.

DON PELAYO. Pues bien: correspondiendo a ese designio tuyo, te respondo de proteger tu marcha. Será mi último acto político.

ANTÓN. ¿Qué dice usted?

DON PELAYO. Sí, Antonio, sí; me retiro a la vida privada. Lo he resuelto.

DOÑA MALVA. Dignamente no podemos hacer otra cosa, después de la cochinada del Gobierno.

DON PELAYO. Malva, no te exaltes.

DOÑA MALVA. ¡Cochinada, cochinada y cochinada! Y aun digo lo menos.

ANTÓN. Seguramente.

DON PELAYO. Ni es eso sólo: ésa ha sido la gota de agua.

DOÑA MALVA. ¿A qué le llamas gota?

DON PELAYO. Estoy ya harto de deslealtades y miserias. Quiero refugiarme en los afectos puros de la familia. Mi hijo Regino, que sea lo que quiera, menos político.

ANTÓN. No es mal sastre el que conoce el paño.

DON PELAYO. ¡El asco me ahoga! Tú sabes que Macario y yo, cabezas en el pueblo de los dos partidos turnantes, compartíamos amigablemente el mando. Por eso había paz y el pueblo estaba tan contento.

ANTÓN. ¡Tan contento! Si emigraba era por conocer tierras salvajes.

DOÑA MALVA. Los españoles han sido siempre aventureros: no olvide usted la Historia.

DON PELAYO. Ello es que Macario y yo nos entendíamos bien, y según gobernaban unos u otros arreglábamos de común acuerdo la debida representación en las Cortes... Todo ello pacíficamente. ¡Bueno! Pues ahora Macario, por lo que yo me sé, y bien que me lo sé, quiere campar por su cuenta y bandearse solo. ¡Tinta va a sudar!... Pero lo que ha hecho conmigo en estos momentos, la zancadilla que me ha echado es una gran bellaquería.

ANTÓN. Hilario, ¡a tu estadística con ese hombre! ¡No se va a escapar ni una rata!

DON PELAYO. ¡Dichoso tú que te vas de Agramante!

DOÑA MALVA. Y ¿cuándo será eso, Antón?

ANTÓN. Uno de estos días. No daré lugar a que les canse a ustedes el atenderme. Más digo: me iré cuando quiera Eloísa.

DOÑA MALVA. Y a Eloísa, ¿qué se le da de usted, si ni lo ve ni quiere verlo?

DON HILARIO. Pues ¿no es ella quien lo cura a diario?

DOÑA MALVA. No; es el médico. Si ella sube algunas veces y le ayuda, es por espíritu cristiano. No es que le importe él. Lo mismo subiría si se tratase de un infeliz cualquiera. Es una santa.

DON PELAYO. Eloísa está ya libre de todo afecto humano. No ama más que a Dios. Tocante a sus relaciones contigo, me hablaba ayer noche de la anulación del matrimonio...

DOÑA MALVA. Cierto; muy cierto...

DON PELAYO. Y eso no es fácil, pero se podría conseguir... Yo resolví no ha mucho un caso parecido a éste... Todo es dar con las callejuelas... ¿Qué dices tú, Antón?

ANTÓN. Yo ¿qué he de decir? Que la Eloísa por que vine era la otra, la que me fascinó con sus encantos de mujer. Esta santurrona de ahora me abruma y me empalaga; me apesta. ¡Llévesela el demonio!

DON HILARIO. ¡Hombre, el demonio!

DOÑA MALVA. No le haga usted caso, que eso lo dice por irritarme a mí.

ANTÓN. Está usted engañada, señora. ¡Llévensela los ángeles! Si no ha de estar conmigo, ¿qué más me da? ¡Y yo mística no la quiero! ¡Lo cual no quita que si ella al cabo se hace monja, me haga yo fraile!

DOÑA MALVA. ¡Jesús!

ANTÓN. ¡Fraile o moro! Eso, Dios dirá.

DON HILARIO. Hombre, si Dios ha de decirlo, te harás fraile.

DOÑA MALVA. ¡Bah, bah! ¡Las cosas más serias las trata con este cinismo chabacano y desvergonzado! ¡No puedo resistirlo más! ¡Pobre Eloísa! ¡No ya entre los muros de un convento;

enterrada la vea, primero que en poder de este monstruo! Buenas noches. Que usted descanse, si es que puede. *Vase refunfuñando.*

Antón suelta la risa.

DON HILARIO. ¡Viendo estaba yo venir este desahogo!

DON PELAYO. Sí; es muy nerviosa, muy nerviosa... No hay quien la corrija.

ANTÓN. ¡Por Dios, don Pelayo, pídale usted perdón en mi nombre! ¡Que no se rompan nuestras paces a última hora!

DON PELAYO. ¡Oh, no! Descuida. Se han hecho sobre base muy firme. Yo me retiro de la política; tú te vas de Agramante; Eloísa se recluye... Bien, bien... Como una seda, como una seda... Hasta mañana.

ANTÓN. Hasta mañana.

DON PELAYO. ¿Vienes, Hilario?

DON HILARIO. ¡Ya lo creo! Es hora ya de retirarse. Que duermas a gusto, perillán.

ANTÓN. Veremos, veremos... Leeré un ratiillo, para llamar a mí un buen sueño. Hasta mañana.

DON HILARIO. Hasta mañana.

DON PELAYO. Buenas noches.

Se va con don Hilario. Pausa.

ANTÓN. *Pasea, reflexivo, sonriente. Luego recuerda con graciosa ironía las últimas pa-*

labras de don Pelayo. “Yo me retiro de la política... tú te vas a la Patagonia... Eloísa se mete en un convento... su fortuna se queda en mi poder... Como una seda... como una seda...” ¡Qué bien nos llevamos algunas veces los bandidos! Después de todo es lógico: ¡entre compañeros!... *Nueva pausa. Asomado al balcón contempla el horizonte.* ¡Hermosa noche, tibia y serena!... No parece nuncio de combate, sino de rendición... Agramante duerme envuelto entre las sombras de su inmoralidad y de sus crímenes... ¡Oh, conciencias petrificadas, atrofiadas de no querer oírse!... Pueblo heroico, donde corrió mi niñez dichosa, ¡bien mereces que nazca en tí el hombre que te saque de tu envilecimiento actual! ¡El hombre que sea capaz de ahorcar a don Macario, y a don Pelayo, y a Madrugá, y a mí, si es preciso!... *Se retira del balcón y vuelve a pasear.* ¿Cuándo subirá ella?... “Cuando duerman todos”, me ha dicho la vieja beata. Esperemos. No debo dudar que desee hablar conmigo. “Cuando duerman todos...” ¡Como una seda, don Pelayo, como una seda!... *Éntrase en su cuarto.*

Por la puerta de la derecha llega poco después, silenciosa, Eloísa, como visión nocturna.

ELOÍSA. *Mira a todas partes y prestando oído hacia la derecha dice luego.* No... nadie me ha sentido subir... Llegaron a confiarse enteramente... *Elevando los ojos al cielo.* ¡Dios me ilumine en esta hora de penoso deber!... Aquí sale.

Entereza; que no crea que es batalla ganada porque no he rehuído el encuentro.

Sale Antón, que va hacia ella decidido y alegre.

ANTÓN. ¡Eloísa! ¡Mujer mía!

ELOÍSA. ¡Silencio! Lo fuí. Pero si hemos de hablar ahora, tengamos prudencia ante todo.

ANTÓN. Procuraré tenerla.

ELOÍSA. Es forzoso. O subirán los cancerberos.

ANTÓN. ¡Los arrojaré por el balcón si suben! ¡Harto estoy de ellos ya! ¿No es hora de que goce a solas del placer de verte?

ELOÍSA. Tuyo era ese placer y me volviste brutalmente la espalda.

ANTÓN. Es cierto; pero tú sabes que más fué culpa de los demás que mía. Tú lo sabes. Recuérдалo, si lo has olvidado. Yo te quise y te quiero. Fuí contigo bárbaro y brutal en días terribles, cuando la persecución que sufrí de estos miserables trastornó mi ser, irritó mi sangre y desconcertó mi voluntad. Entre todos me acorralaron y me hostigaron y me volvieron fiera.

ELOÍSA. Y ¿es la fiera la que vuelve a mí, o es el hombre?

ANTÓN. El hombre que te quiso, a quien tú enamoraste, que porque no ha dejado de quererte nunca, viene ahora por tí. Oyeme, Eloísa: mis delitos necesitan hablar con tus virtudes; mis maldades, con tu bondad.

ELOÍSA. Habla cuanto quieras: te escucho, aunque desconfío de tus palabras.

ANTÓN. ¡No!

ELOÍSA. ¿Cómo he de confiar? ¿Cómo he de creerte ya nunca? Yo, despreciada por ti y olvidada, he tomado un camino del cual no quiero desviarme; camino de trabajos desempeñados por el amor de Dios. En él me encuentras y en él tengo el deber de oírte.

ANTÓN. ¡Pues por el amor de Dios te ruego que me creas! Soy un enfermo, un loco, un pecador también. Quiero pedirte, con la salud del cuerpo, la del alma. ¡Conviérteme, Eloísa! ¡Hazme como tú!

ELOÍSA. Si me has traído aquí para burlarte de las cosas santas a que debo la paz de mi espíritu, da por terminada nuestra entrevista.

ANTÓN. Pero ¡si no me burlo, mujer! ¿Quieres que lo jure? ¿Cómo haré yo para que respandezca en tu pensamiento la sinceridad de mis palabras? Me atrae el camino de virtud en que hoy te hallo, no sé si por él o porque en él te veo; pero el caso es que el mío está lleno de pecados horribles y quiero abandonarlo. Llévame a tu camino, Eloísa.

ELOÍSA. A este camino mío se va con obras, no con palabras.

ANTÓN. Y ¿qué obras han de ser ésas? Dímelo.

ELOÍSA. Obras buenas, Antonio.

ANTÓN. Y ¿qué entiendes tú por obras buenas?

ELOÍSA. Vivir en paz con Dios y con los hombres; no faltar a nadie.

ANTÓN. Pues eso quiero.

ELOÍSA. Y ¿cómo lo demuestras? ¿Volviendo al pueblo con escándalo de criminal, insultando a las gentes?

ANTÓN. Las gentes a quienes he insultado yo merecen más que insultos: merecen el presidio o la horca. Pero no es ocasión ésta de hablar de ellos. Yo he vuelto a Agramante por ti.

ELOÍSA. ¡Por mí! ¿Quién podrá creer esa mentira? Vamos a ver: contéstame, y así apreciaré en este caso tu sinceridad. Desde que me dejaste no he recibido noticia directa de tu persona: ni recuerdo, ni carta. ¿Me has escrito algunas y las han interceptado los tíos?

ANTÓN. Te hablaré con la verdad más pura, Eloísa. Los tíos no han interceptado mis cartas... porque ninguna te he enviado.

ELOÍSA. ¿Ves? ¿Ves? ¿Luego dices!

ANTÓN. Espérate un poco, mujer. Oye mis verdades, y después júzgame como quieras. Al huir de aquí desesperado, a medida que me alejaba de España, mi conciencia me iba poniendo ante los ojos mi mal proceder. Llegué a América. Te escribí pidiéndote perdón.

ELOÍSA. ¡Yo no he recibido esa carta!

ANTÓN. La rompí después de haberla escrito.

ELOÍSA. ¡Villano!

ANTÓN. Villano, no. Oye. Se fijó en mí la idea de que la recibirías con enojo y sin leerla la romperías. El orgullo, que no me abandona en los trances más críticos, me indujo entonces a romperla yo. Me dolía verla rota en tus manos. “¿Para qué le escribo? — pensaba —. ¡Para que me desprecie más en mi arrepentimiento! Yo volveré a España cuando pueda, y ante ella, con nobles palabras, reconquistaré su corazón.”

ELOÍSA. ¡Necio! Tu orgullo te ha perdido siempre. Por tu ciego orgullo perdiste entonces mi perdón.

ANTÓN. Si lo perdí por mi orgullo entonces... ¿no ha de lograrlo ahora mi humildad? Déjame seguir. Acércate más a mi lado; no me temas. Pasó tiempo; emprendí trabajos distintos. Todo me salía mal. Llevaba encima una maldición. ¿La tuya, acaso?

ELOÍSA. No; la mía, nunca.

ANTÓN. Vivía yo en la mayor pobreza. Surgió en mí de nuevo la idea de escribirte. Una noche de fiebre y de insomnio te escribí... te escribí... Te llamaba amor de mis amores; me declaraba indigno de ti; te pedía perdón; deseaba tenerte a mi lado... *Eloísa lo oye con gran interés.* Te llamaba también mi ángel, mi luz, mi fe, la razón de mi vida... ¡Qué sé yo cuántas ternezas más! Te hablaba, en fin, de mi pobreza. Al día siguiente, el orgullo volvió a estallar dentro de mí. Y rompí

también la carta, diciéndome: “Va a creer que le escribo porque estoy pobre; va a creer que estas ternezas que le digo son una manera hipócrita de pedirle dinero...” ¡No, no! ¡Rompí la carta en mil pedazos!

ELOÍSA. *Con espontaneidad.* ¡Tonto!... Te hubiera socorrido.

ANTÓN. De improviso un día me encontré rico de la manera más novelesca. Escucha, que es interesante. Un yanqui poderoso, que era mi amigo, y al cual había yo cautivado contándole mis aventuras, murió tísico y me dejó gran parte de su inmenso caudal. Con este legado me pagaba un servicio que le presté. Viajábamos de sierra en sierra en una caravana de doce hombres. Unos feroces malhechores nos asaltaron. Cerré contra ellos, ayudado por un inglés y un indio, y con no poco riesgo de mi vida los puse en fuga. En la cabeza recibí un fuerte golpe; en el costado izquierdo una herida... Salvé a mi amigo y los intereses que llevaba. Quiso recompensarme; no tomé lo que me ofrecía. A los ocho días me sorprendió su muerte y el cuantioso legado. ¡Ya era yo rico! ¡Ya podía escribirle a mi esposa proponiéndole la reconciliación!

ELOÍSA. Y ¿me escribiste la tercera carta?

ANTÓN. ¿Para qué, si formé desde luego propósito de venir por ti? ¡Oh, qué de locuras imaginé durante mi viaje! ¿No me fuí de aquí por bandido? ¿No era yo el bandido de Agramante?

¡Pues como tal debía volver a pisar este suelo!
¡Sólo que yo no quería ya ni tierras, ni casas, ni ganados, ni dinero ninguno, ni otra cosa que una mujer: la mía! ¡Donoso bandido el que sólo se quiere llevar lo que le pertenece! Pero tampoco había de venir a ella a implorar su perdón de manera vulgar y prosaica; yo deseaba algo más gallardo, más romántico, más genuinamente español... Yo quería robarte, Eloísa; robarte, si estabas aquí; si eras monja, en el propio convento; robarte siempre... *Eloísa lo oye ahora risueña.* Escalar de noche tu aposento; sorprenderte despierta o dormida, rezando tal vez por el bandolero; cogerte en mis brazos; taparte la boca si gritabas; llegar adonde esperaba mi escudero con mi caballo y con el suyo, montar en el mío, ponerte en el arzón y escapar a galope tendido, como alma que llevan los demonios, a través de los campos...

ELOÍSA. ¡Calla, loco, calla!...

ANTÓN. ¿Qué habrías hecho, alma mía, qué habrías hecho al verte de nuevo apretada en mis brazos y al sentirme como llevada por un huracán? De seguro habrías forcejeado por desasirme, habrías gritado mucho... “¡Infame, ladrón, asesino; despéñame por estos montes!... ¡Antes la muerte que ser tuya! ¡Déjame, malvado! ¡Suéltame, furia del Averno!”

ELOÍSA. Pero ¿qué desvarío es éste?

ANTÓN. Y yo te diría sin cesar, estrechándote fuertemente contra mi pecho: “¡Quiere al pobre

bandido, mujer! ; Mi bandidismo es sed de justicia, saciada en las aguas impuras que encuentro: no hay otras! ; Yo soy al modo de aquel gran bandido don Quijote, que iba por el mundo castigando a villanos, amparando a menesterosos y devolviendo a los presos la libertad!...”

ELOÍSA. *Alarmada, súbitamente* ; Silencio!

ANTÓN. ¿Qué?

ELOÍSA. ; Alguien sube!... ; Silencio!

ANTÓN. ; Pues que entre quien quiera y me verá a tus pies de rodillas!

ELOÍSA. ; Silencio, por Dios! *Después de escuchar a la puerta.* No... no era nadie... Ha sido un ruido de la noche...

ANTÓN. En fin, amor mío, ¿me perdonas? ; Me aceptas? ; Me crees?

ELOÍSA. Quiero creerte.

ANTÓN. ; Oh, divina boca!

ELOÍSA. Debo proceder como si te creyera.

ANTÓN. ¿Vendrás conmigo a los libres aires del mundo?

ELOÍSA. Para velar por ti, para refrenarte, para salvarte, si a tanto alcanzo; para sofocar tu cólera salvaje, para dominar tus pasiones, para llevar por cauce más recto y más limpio el torrente bravío de tu generosidad. Ya no soy la candorosa niña que se entregó enamorada en tus brazos; soy la esposa consciente, vejada y ofendida, que conoce el peligro del hombre y el poder del amor. Veo como un designio providencial en tu vuelta a mi

lado. Renunciaba a mi propia vida e iba a entregarme al cuidado de enfermos, de heridos y de pobres. Dios ha querido que mi primer herido y mi primer enfermo seas tú. ¡Él me dé luz para salvarte!

ANTÓN. ¡Salvado estoy ya sólo con oírte, Eloísa! En tu rostro moran ahora todas las gracias. Yo confiaba en este perdón; yo lo adivinaba, mujer. Porque yo he sabido que, en mi ausencia, con las flores que traías del convento y del hospital, adornabas la habitación donde yo nací. ¿Es cierto?

ELOÍSA. Es cierto.

ANTÓN. Pues ahora...

ELOÍSA. Ahora, ¿qué? *De súbito se abre la puerta de la derecha violentamente. Eloísa da un grito y corre a los brazos de Antón. Aparecen D.^a Malva y don Pelayo, fuera de sí, frenéticos.*
¡Oh!

ANTÓN. ¿Quién?

ELOÍSA. ¡Nos espiaban!

DOÑA MALVA. ¿Ves? ¿Lo ves ahora? ¿Que te dije?

DON PELAYO. ¡Traidores!

DOÑA MALVA. ¡Infames!

DON PELAYO. ¡Bandido!

ANTÓN. ¡Ladrón, si queréis; pero no robo riquezas ni influjo: robo ángeles, robo almas!

ELOÍSA. ¡Ni me roba tampoco: lo robo yo a él para salvarlo!

DOÑA MALVA. ¡Hipócrita!

DON PELAYO. ¡Hipócrita!

ELOÍSA. ¡Lo fuí para poder vivir! ¡Y ahora no me pesa! ¡Siento a Dios en mi alma, y de su mano voy adonde me lleve!

ANTÓN. Y ¡ay de aquel que nos cierre el paso! Mañana, en pleno día, saldremos de aquí. ¡Nos amparan todas las leyes humanas y divinas! ¡Amansada está la fiera, caciques de Agramante; cuidad de no hotigarla!

DOÑA MALVA. ¡Maldito seas tú! ¡Maldita ella cien veces!

ANTÓN. ¡Usted nos maldice, y nos bendice Dios!

Se abrazan los esposos.

FIN DE LA COMEDIA

L A Q U E M A

P A S O D E C O M E D I A

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL
el 28 de abril de 1922 '



A MARÍA GAMEZ,

*que ha llenado de gracia fe-
menina la escena española.*

SERAFÍN Y OAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

TEODORA.....	MARÍA GÁMEZ.
DELFINA.....	ISABELITA PLAZA.
VALENTÍN.....	MANUEL PARÍS.

L A Q U E M A

Despacho elegante en casa de Valentín, muchacho adinerado, en Madrid. Puerta al foro. Chimenea encendida a la derecha del actor. Mesa grande en medio de la estancia. Un bargueño a la izquierda. Es de noche. Luces.

Valentín se ocupa en trasladar silenciosamente del bargueño a la mesa infinidad de recuerdos de amores pasados: cartas, retratos, flores, cintas, cabellos, abanicos, etc. Sonríe melancólicamente. Al cabo suspira y exclama:

VALENTÍN. ¡Ay!... ¡Llegó la hora! No diré que la hora fatal, pero llegó la hora. ¡La hora de la quema! ¡La leña de la chimenea se me antoja que arde con fruición, como esperando un pasto exquisito! Y lo es, ¡qué demonio! ¡Prendas de amor!... ¡Verdades y mentiras!... ¡Besos y lágrimas!... ¡Al fuego, al fuego! Conservaros ya sería un peligro... y una traición. ¡Ay!... Pero no deja de costar algún trabajo... Advertiremos a la doncella, no vaya a alarmarse si huele un poquito a chamusquina. Y me prevendré contra cualquier inoportuno.

Va a tocar un timbre, pero antes de que su mano pueda llegar a él, Delfina, la doncella, asoma en la puerta del foro con una elocuente sonrisa. Es una doncella muy lista, que se hace la tonta.

DELFINA. ¿Llamaba el señorito?

VALENTÍN. ¡Caramba! Iba a llamar, precisamente.

DELFINA. ¿Le adivino los pensamientos al señorito?

VALENTÍN. Por las señas...

DELFINA. ¿En qué puedo servirle?

VALENTÍN. La señora, ¿bajó al entresuelo?

DELFINA. Sí, señorito; y seguramente no subirá hasta las once, que es su hora.

VALENTÍN. Muy bien.

DELFINA. Estamos como quien dice solos.

VALENTÍN. Por eso te llamaba.

DELFINA. *Tomando el rábano por las hojas.*
¿Sí?

VALENTÍN. *Sin darse por aludido.* Sí. Tengo que hacer. Venga quien venga, yo no estoy para nadie.

DELFINA. Entendido. El señorito no está para nadie. ¿Es eso?

VALENTÍN. Eso es.

DELFINA. ¿Y si le llaman por teléfono?

VALENTÍN. Tampoco estoy.

DELFINA. ¿Sea quien sea?

VALENTÍN. Sea quien sea.

DELFINA. Entendido.

VALENTÍN. Si hueles a quemado, no te asustes.

DELFINA. ¿Se va a rizar el señorito?

VALENTÍN. ¡No! Voy a quemar unos papeles.

DELFINA. ¿Desea el señorito algo más?

VALENTÍN. Nada más.

DELFINA. *En la brecha siempre.* ¿Nada más?

VALENTÍN. Nada más, nada más.

DELFINA. Pues yo quería decirle al señorito que mañana recibirá mi humilde regalo.

VALENTÍN. ¡Por Dios, Delfina! ¿Para qué te has metido en eso?

DELFINA. Señorito, ¿qué menos había yo de hacer? Va el señorito a tomar estado... Un recuerdo de esta modesta servidora... Son dos aros de servilleta. Así se acordará el señorito de mí siempre que se limpie la boca.

VALENTÍN. Muchas gracias.

DELFINA. ¿Algo más?

VALENTÍN. Ya te he dicho que nada más. A ver cuándo nos das tú también un buen día.

DELFINA. ¡A ver cuándo me lo dan a mí! Pero es lo que dice la señora, su mamá de usted, refiriéndose justamente a la boda del señorito con la señorita Teodora...

VALENTÍN. ¿Qué dice? ¿Qué dice mi madre?

DELFINA. Que ahora en Madrid no se casan

más que las viudas. Como la señorita Teodora es viuda...

VALENTÍN. ¡Ah, sí! Eso dice.

DELFINA. Pero si para quedarse viuda hace falta haberse casado primero, pues... ¡es muy difícil casarse!

VALENTÍN. Es verdad.

Pausa.

DELFINA. De manera que el señorito no está para nadie absolutamente.

VALENTÍN. Absolutamente.

DELFINA. Con permiso, pues. *Hace ademán de irse.*

VALENTÍN. Cierra la puerta.

Delfina, creyendo que al fin llegó lo que esperaba, obedece y se queda dentro.

DELFINA. Ya está.

VALENTÍN. No, mujer; cierra cuando te vayas.

DELFINA. ¡Ah... vamos!... *Se retira un tanto chasqueada y cierra la puerta después.*

VALENTÍN. También me ha costado trabajo estar formalito; pero debo acabar para siempre con estas chiquilladas. Y... ¡vamos allá! A salir de esto cuanto antes. ¿Por dónde empezaré el sacrificio? *Tomando un paquete.* ¿Qué dice aquí? *Lee.* "Documentos de Juanita la Golfista." ¡Ja, ja, ja! ¡Buen principio! ¡Documentos!... ¡No estará el certificado de buena conducta! *Leyendo luego sucesivamente en otros paquetes.* ¿Y aquí? "Brisas

del Tormes.” ¡Ah! ¡La salmantina que me volvió loco! “Brisas del Betis.” ¡Canela! “¡Estafeta romántica!” ¡Bueno va! ¡El crimen pide crímenes! “Estafeta picante.” ¡Toda la lira! ¿Y estos claveles secos? “Siete de mayo de...” ¡Dios mío! ¡Cualquiera se acordaba! Pero ¡qué hombre más ordenado he sido siempre! Me está gustando la clasificación. Es una maravilla. Si yo hubiese estudiado algo alguna vez, hubiera sido archivero-bibliotecario. *Examina con callada delectación el tesoro de sus archivados recuerdos, mientras tararea una musiquilla popular.* ¡Cuánta cosa!... ¡Cuánta cosa hay aquí!...

Abrese sigilosamente la puerta del foro y aparece, seguida de Delfina, Teodora, la bella viuda con quien va a casarse Valentín.

DELFINA. Señorito.

VALENTÍN. Sobresaltado. ¿Quién? Atónito. ¡Teodora!

TEODORA. ¿Qué tendrá que hacer este hombre en su casa, que no está para nadie absolutamente?

VALENTÍN. ¡Teodora!

DELFINA. No hay regla sin excepción, ¿verdad, señorito?

VALENTÍN. No, no la hay...

TEODORA. ¿Te he dado un susto, Valentín?

VALENTÍN. Turbadísimo, a pesar suyo. No, criatura... Es que estaba tan lejos de...

TEODORA. Venía a ver a tu madre. ¿No me habías dicho tú que ibas al Real?

VALENTÍN. Sí, pero... Me emperecé, ¿comprendes?... ¿A mi madre venías a ver? Está en el entresuelo... Le mandaré recado... Pero vámonos al salón, que allí hará más frío...

TEODORA. ¿Qué dices, hombre?

VALENTÍN. Nada... Vámonos al salón... Este despacho es un chicharrero... *A Delfina.* Y tú, ¿qué aguardas? Ya te avisaré si te necesito...

DELFINA. Bien, bien. Con permiso de los señores. *Márchase sonriente.*

VALENTÍN. Es tonta.

TEODORA. ¿Es tonta?

VALENTÍN. ¡Qué sorpresa me has dado! Y ¡qué guapa vienes!... Anda, vámonos al salón...

TEODORA. ¿Al salón? ¡Quiá! De aquí no nos movemos sin que tú me expliques qué azoramiento es éste...

VALENTÍN. ¿Cuál?

TEODORA. Este: el tuyo. Si estás pálido; si estás yerto; si tartamudeas... ¡Si pareces un ajusticiado!... ¡Si no das pie con bola desde que llegué!...

VALENTÍN. ¿Yo?

TEODORA. ¡Tú! Es infantil que disimules... Has querido comerte con los ojos a la doncella porque burló tu orden... ¿Qué hacías?

VALENTÍN. ¡Qué sé yo! ¡Cualquier cosa! Enredando...

TEODORA. Enredando, ¿eh? ¡Ahora es cuando estás enredando! ¿Qué hacías? ¡Pronto! ¡pronto! ¿Qué hacías? ¡Sin vacilar! ¡Porque tú sabes bien lo que hacías! ¿Qué hacías? A mí no me engañas! ¡A mí me debes toda la verdad! ¡Entre nosotros dos ya no caben secretos! ¡Vamos a casarnos la semana que viene! ¿Qué hacías?

VALENTÍN. ¡Yo no sé lo que te figuras cuando me dices esas cosas! ¿Adonde te lleva el pensamiento, mujer? Anda, anda, déjate de bobadas y vámonos allá. Le avisaremos a mi madre...

TEODORA. ¡Quiá! ¡Te repito que no! ¡Nada! No te compongas... Basta que trates de ocultármelo para que yo me empeñe... ¡Aquí hay gato encerrado! ¡Aquí hay misterio! ¡Aquí hay crimen!

VALENTÍN. *Riendo.* ¡Crimen, dice!

TEODORA. ¡Si tú no me lo declaras, lo averiguo yo! *Va resueltamente a la mesa.*

VALENTÍN. ¡No toques ahí, Teodora! ¡No toques ahí!

TEODORA. ¿Hay peligro de muerte?

VALENTÍN. ¡No toques ahí, te lo ruego!

TEODORA. Ni tú te pongas tan solemne, porque es inútil. Pero, en fin, sin tocar. ¿Qué papeles son éstos, niño? ¡Por supuesto, que no hay más que verlos para figurárselo! ¿Estábamos de *liquidación amorosa*?

VALENTÍN. Te equivocas, niña. Estos papeles no son míos. Son cosas de mi abuelo... que iba a quemar. Respétalos.

TEODORA. De tu abuelo, ¿eh?

VALENTÍN. De mi abuelo.

TEODORA. ¿Con cintitas color de rosa, color de heliotropo, color celeste...? ¡Cuéntaselo a tu abuelo! A ver, a ver...

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. Descuida: los tocaré con mucho tino.

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. Descuida, hombre...

VALENTÍN. ¡Te prohibo que llegues ahí!

TEODORA. ¡Ah! ¿Me lo prohibes? ¡Pues ahora es cuando voy a revolverlos todos!

VALENTÍN. ¡No!

TEODORA. ¿Cómo que no?

VALENTÍN. ¡Por Dios, Teodora!

TEODORA. ¡Por la Virgen! A ver este retrato.

VALENTÍN. ¡Bueno!

TEODORA. *Leyendo la dedicatoria*: "A mi granuja, su Gorfa. ¡Vaya cardo!" *Mirándolo con mucha gracia*. ¡De tu abuelo! ¡Qué duda cabe! ¡Buen *pirandón* era tu abuelo! Académico de la Historia, pero ¡buen *pirandón*! ¿A quién saldrá el nieto tan seriecito? Y ¡qué cara de... de sirvengonzona tiene ella!

VALENTÍN. Bien, Teodora; con absoluta formalidad: deja eso... y vámonos de aquí. Efectiva-

mente, me has sorprendido en una revisión de cosas íntimas, de cosas de un pasado del que me avergüenzo... o del que no quiero acordarme... ¿Ves esa lumbre? Esperando están sus llamas todo esto para devorarlo... Por nuestro cariño te juro que iba a quemarlo todo. Por eso no estaba para nadie esta noche.

TEODORA. ¿Ni para mí?

VALENTÍN. ¡Para ti menos que para nadie!
¡Compréndelo!

TEODORA. Lo comprendería si yo fuese una solterita inocente; pero una viuda, Valentín, bien puede enterarse de ciertos secretillos... ¿No? Vamos a emprender los dos juntos la tarea de quemarlos. A ti mismo debe satisfacerte, por mí. ¡Qué plato de gusto! ¡No soñaba yo con esta noche!

VALENTÍN. ¡Ni yo tampoco!

TEODORA. ¡Dios me ha traído esta noche a tu casa!

VALENTÍN. ¡Ay, Dios!

TEODORA. ¡Hombre! ¿Qué cosa es esta tan minúscula? Un sobrecito de tarjeta... ¿Qué guardará? ¡Tan mono!

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. ¡Un ricito! ¡Si es un ricito! Debí imaginarlo. ¡Y de una morena! ¡Y de la nuca, de la nuca; es de la nuca! ¡Otro *abuelo*! ¿Es éste quizá el *abuelo* a que te referías? Anda, quémalo; toma. Quémalo, quémalo, precioso.

VALENTÍN. *Sumiso.* Ya está.

TEODORA. ¡Cómo cruje! ¡Como se te salten las lágrimas, te salto yo los ojos!

VALENTÍN. No se me saltan, no.

TEODORA. ¡Huy, qué mal huele el dichoso *abuelo*! ¿De quién era, tú?

VALENTÍN. ¡Yo qué sé!

TEODORA. Estás frenético. De buena gana me ahogaría.

VALENTÍN. ¡Es que no viene a nada esta escena!

TEODORA. *Leyendo en un paquete.* "Documentos de Juanita la Golfista." ¿Otra golfista? ¡Ya van dos golfistas, tú!

VALENTÍN. Es la misma.

TEODORA. No lo sé. El golfo sí es el mismo. Y ¿qué documentos son éstos?

VALENTÍN. ¡Calcula! Cartas de una infeliz que a mí me hacían gracia en aquel tiempo. Chiquillerías; cosas de estudiante...

TEODORA. Pues si a ti te hacían gracia, de seguro me la hacen a mí. ¿No crees?

VALENTÍN. ¿Vas a leerlas?

TEODORA. Voy a curiosear el estilo.

VALENTÍN. Mira que... En fin, ¡lo que te dé la gana!

TEODORA. Pero ¿por qué te enfadas, hombre? ¡Si me enfadara yo!... *Leyendo:* "Sangre de mis venas... Negro de mis ojos..." *Arrepentida.* Sí, esto va a ser muy fuerte. Toma, toma. Al fuego.

VALENTÍN. Al fuego.

TEODORA. Vamos a seguir con los retratos. ¿Quién es ésta? ¡Qué ridícula está la pobre con ese sombrero tan chico! No lo tomes a mal.

VALENTÍN. Te advierto que ésa sí que no es cosa mía. Fué una amiga de Antonio Sigüenza... Cuando él se casó me envió el retrato para que yo se lo guardase...

TEODORA. ¿Por si venían mal dadas en el matrimonio? Pero ¿quién es ella? A mí esta cara no me es desconocida.

VALENTÍN. No lo extraño. En el teatro la habrás visto cien veces.

TEODORA. ¿Es actriz?

VALENTÍN. No; pero va mucho a los estrenos. Es una pajarita, una *entretenida*.

TEODORA. ¿Una entretenida?

VALENTÍN. Sí.

TEODORA. ¿Tú sabes cómo yo defino a esas mujeres?

VALENTÍN. ¿Cómo?

TEODORA. Una entretenida es una mujer que se aburre con el que la entretiene... y se entretiene con un amigo del que la aburre. ¿Está bien la definición?

VALENTÍN. ¡Admirable! Pero yo no he sido ese amigo.

TEODORA. ¡Ejem!

VALENTÍN. No he sido, no; palabra.

TEODORA. Por si acaso, entonces, la librare-

mos de la quema. Ahora, que tú no has de guardar el retrato más tiempo. Mándaselo a otro amigo soltero de confianza... y que siga así el depósito de la joya.

VALENTÍN. Se hará como lo pides.

TEODORA. ¡Y si no, que me lo encuentre yo en algún mueble cuando estemos casados!

VALENTÍN. No temas.

TEODORA. ¿Y estas cartas del lazo lila?

VALENTÍN. *Gravemente.* Dame esas cartas.

TEODORA. "Estafeta romántica", dice el sobre.

VALENTÍN. ¡Dame esas cartas!

TEODORA. *Remedándolo.* ¡No quiero!

VALENTÍN. ¡Por Dios, Teodora! ¿No ves el tono en que te hablo? Dame esas cartas. Son algo distinto de todo...

TEODORA. Pues, hijo, ¡tú las tienes con las demás!

VALENTÍN. Porque su destino esta noche iba a ser idéntico; porque ya todo ello es letra muerta para mí...

TEODORA. Entonces, ¿qué te importa que yo lo vea?

VALENTÍN. Es una delicadeza del recuerdo, Teodora. Se trata de una mujer casada... No encontrarás su firma; pero, tal vez, leyendo alguna carta puedas adivinar quién es ella... ¿Para qué quieres saber su nombre?

TEODORA. ¡Para odiarla!

VALENTÍN. ¿Para odiarla si en aquella fecha yo no te conocía?

TEODORA. Y eso ¿qué más da?

VALENTÍN. Echa al fuego esas cartas sin verlas, te lo suplico.

TEODORA. *Transigiendo, después de pensarlo un instante.* Me parece que le guardas tú más consideración de la que merece... Cuando ella te ha dejado sus cartas... *Con ironía.* En fin, ¡es un caso de honra! ¡Es un secreto! *Burlonamente.* ¡Que el fuego se lo trague! *Antes de echar el paquete a la chimenea.* ¿Son de Sarita... H?

VALENTÍN. *Perplejo.* ¿Lo sabes tú?

TEODORA. ¡Lo sabe hasta el marido!

VALENTÍN. ¿El marido?

TEODORA. ¡No te vaya a dar un soponcio! El marido, el pobre... X, le llamaremos X, ¿no?—¡claro que no es el de los rayos!—yo no sé si lo sabe o deja de saberlo; pero yo, como ves, estoy al cabo de la calle... ¡De la calle de Valverde, donde eran las cititas!...

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. Porque supe de estos amoríos, precisamente de éstos, me entraron a mí ganas de conocerte y de tratarte... Y frecuenté la casa de tu madre con las de Caín... Y me caíste en gracia... ¡mire usted qué demonio!... y yo no te fuí del todo indiferente... ¡mire usted qué diablo!... y dentro de unos días vamos a ir juntos al altar... *Releyendo el sobre:* “¡Estafeta románti-

ca!" ¡Vaya un romanticismo el vuestro! ¡El romántico en todo caso era X... que estaba en la luna! *Decidiéndose.* ¡Ea, ea! ¡A arder, a arder con las demás! ¡Bien juntas estaban! ¡Todo es uno y lo mismo! *Las echa al fuego.* ¡Engaños y mentiras que parecen verdad un momento!

VALENTÍN. O verdades que pasan...

TEODORA. Si fueran verdades, durarían siempre... ¡Ay, qué nerviosa me ha puesto el tal paquetito! ¡Cruje, cruje más, condenado! ¡Maldito seas!

VALENTÍN. Vamos, tranquilízate... Y dejemos ya esta antipática revisión. Es enojoso, es absurdo, es ridículo continuarla... Ya que has descornado el visillo un poco y has satisfecho tu curiosidad de mujer, dejémoslo, Teodora... No conduce a nada... ¿Qué tiene que ver nuestro cariño con nada de esto?...

TEODORA. ¡Eso es lo malo, Valentín; que sí tiene que ver! ¡Estas son hojas de tu vida! ¡Hojas secas, si quieres, pero de tu vida! ¡Quémalas, quémalas todas sin mirar ya más! ¡Quémalas pronto! ¡Yo ya no quiero ni tocarlas! ¡Y vámonos de aquí! ¡Porque si no nos vamos, voy a concluir por querer echarte a ti también a la chimenea!

VALENTÍN. ¿A mí también?

TEODORA. ¡Sí, también! *Mirándolo amorosamente.* Bueno, a ti no... *Con rabia contenida.* ¡Pero, como ganas, ya me dan!

VALENTÍN. ¡Ja, ja, ja!

TEODORA. Y no me vayas a salir ahora con que tú *te abrasas* en mis ojos, porque te rompo una silla en la cabeza.

VALENTÍN. ¡Ja, ja, ja! Vámonos, vámonos allá dentro... Le avisaremos a mi madre...

TEODORA. *Fijándose de improviso en un retratito y cogiéndolo trémula.* Pero ¿qué es esto, Valentín? ¿Quién es este nene?

VALENTÍN. ¿Eh?

TEODORA. ¡Este nene! ¿Quién es este nene? ¡Pronto! ¡pronto! ¡Sin pensar! ¡sin dudar! ¿Quién es este nene? ¡Se parece a ti! ¡se parece a ti! ¿Quién es? ¿De quién es? ¡Por ésta no paso! ¡Esta me esperaba todavía! ¡Por ésta no paso! ¡Niños ajenos, no! ¿Quién es? ¿Vive o no vive? ¡Si es una estampa tuya! ¡Por ésta no paso, Valentín! Bien está el *romanticismo* de la calle de Valverde; pero ¡un paquetito de cartas de carne y hueso, es mucho pasar!

VALENTÍN. Mujer, por Dios, no te acalores... Fíjate bien en la fotografía...

TEODORA. ¡Ya, ya me fijo! ¡Cuanto más la miro, más parecido le encuentro a tí!

VALENTÍN. ¡Como que soy yo, tonta!

TEODORA. ¿Tú? ¿Eres tú? ¿No me engañas?

VALENTÍN. ¿Qué he de engañarte? Míralo...

TEODORA. Sí, sí... eres tú... Eres tú... ¡Qué mono estabas!... ¡Has cambiado mucho!

VALENTÍN. ¡Mucho! Ahí tenía cinco años... ¡Llevo cambiando veintisiete!...

TEODORA. ¡Pero todavía no me sale el susto del cuerpo! Y ¿cómo tienes a esta criaturita entre toda esta gente?

VALENTÍN. ¡Por causa de alguna caprichosa que querría conocerme de niño!...

TEODORA. ¡Vaya una compañía para un párvulo! *Barajándolo todo*. ¡Hay que ver! Una golfa, otra golfa más, una cursi, una fea, flores, moñajos, papelorios, un ochavo moruno... ¿Por qué no te haces con él un alfilerito de corbata, rico? ¡Imposible! ¡imposible! ¿Para qué habré yo visto estas porquerías? No ha sido Dios, ha sido el diablo quien me ha traído esta noche a tu casa. ¡No me puedes querer como yo te quiero! ¡Te han gustado muchas mujeres! ¡Te han gustado todas!

VALENTÍN. ¡Todas, no!

TEODORA. ¡Todas, sí! O a lo menos, una sí y otra no. ¡De cada tres, una! ¡Tienes el corazón hecho una criba! ¡No me puedes querer como yo te quiero!

VALENTÍN. Teodora, ¡por los clavos de Cristo!... ¿Vas a llorar? ¡Mira que son ganas de atormentarte!... Ya sabía yo que esto era una imprudencia... No seas simple; no llores... Agua pasada no mueve molino. Tú misma ¿no has querido también a otro hombre?

TEODORA. ¿Vas a comparar, mamarracho? ¡Yo

quise a mi marido! ; A un hombre solo! ; Pero tú tienes ahí cartas de un batallón! ; Son muchas contra uno!

VALENTÍN. *Galante.* Dí mejor es una... contra todas.

TEODORA. ¡Muy bonita frase!

Gimotea, entre frenética y nerviosa.

VALENTÍN. ¡Vaya por Dios! Si me hubieras hecho caso desde el principio... *Cautelosamente, coge de pronto de entre todos un retratillo predilecto, y con el mayor disimulo lo esconde bajo un libro en otro mueble.*

Teodora se da cuenta de ello.

TEODORA. *Suspirando.* ¡Ay!...

VALENTÍN. Vamos, Teodora; vamos. ¿No es todo esto una niñería? ¿No alardeabas de mujer de experiencia? ¿No te basta poder echar por tu mano ahora mismo al fuego todas estas memorias que así te han trastornado? ¿Qué más quieres?

TEODORA. *Serenándose.* Tienes razón: he sido una pazguata. ¿Qué vale nada de eso ya? Quien ama el peligro... Ahí creo que está tu madre. ¿No la oyes?

VALENTÍN. No... Voy a ver...

TEODORA. ¿Te atreves a dejarme aquí sola?...

VALENTÍN. ¿Qué mayor prueba puedo darte? *Vase por la puerta del foro, mirándola.*

Ella inmediatamente se levanta y va como una flecha a coger el retrato escondido.

TEODORA. ¡Bueno va! ¿Quién será esta mona? Sin dedicatoria y sin firma. ¡Es lo mismo! Ya sé yo que con esta chata es con quien hay que tener cuidado. Al fuego, que no se me despinta. Y ahora, en su lugar, un retratito mío. Las bromas, pesadas o no darlas. *Dice y hace con travesura y delectación indecibles.* ¡Y aquí no ha pasado nada, mi amor! *Se sienta como estaba.*

Valentín vuelve.

VALENTÍN. No, pues no era mi madre.

TEODORA. ¿No?

VALENTÍN. No. *La mira receloso.*

TEODORA. ¿Qué me miras así?

VALENTÍN. ¿Qué diablura has hecho? ¡Porque tú has hecho alguna diablura!

TEODORA. ¿En tan poco tiempo?

VALENTÍN. Te basta un segundo. El baile de tus ojos no miente. ¿Qué diablura has hecho, Teodora?

TEODORA. Pero, hombre, ¡si no me he movido de aquí!

Valentín mira a todas partes y al cabo nota la falta del retrato de ella.

VALENTÍN. ¡Ah! ya sé. Tu retrato.

TEODORA. ¿Eh?

VALENTÍN. Tu retrato, sí. No te hagas la boba. El que estaba ahí: ¿qué has hecho de él?

TEODORA. Pero ¿había ahí un retrato mío?

VALENTÍN. ¿Qué has hecho de él?

TEODORA. ¿No lo habrás guardado tú en al-

guna parte para que no viese esta escena?

VALENTÍN. *Recelando siempre.* No... yo no...

TEODORA. Mira a ver debajo de aquel libro...

VALENTÍN. ¿Eh?

TEODORA. Mira, hombre; mira. O miraré yo.

VALENTÍN. ¡No! *Levanta el libro y saca la fotografía, demudado.* ¡Teodora! Pero ¡qué cosas tienes!

TEODORA. Pues ¿y tú, Valentín?

VALENTÍN. ¡Perdóname!

TEODORA. ¡Perdóname! ¡Aquí no hay bula para ninguna chata! ¡Ahí la tienes quemadísima en la chimenea!

VALENTÍN. Perdóname otra vez. ¡Perdóname siempre!

TEODORA. ¡Sí que tendré que perdonarte!

VALENTÍN. ¡Tú sola mandarás en mí!

TEODORA. ¡Ah, no te quepa duda! *Valentín le da un beso al retrato.* ¡Qué tonto!... *Él, entonces, va a acercársele para besarla. Ella lo detiene.* Ahora te esperas, en castigo. ¡Alguno has de tener! Yo también he llevado el mío. ¡Por curiosa! ¡Por impertinente! ¡Por olvidadiza!

VALENTÍN. ¿Por olvidadiza además?

TEODORA. Sí; porque hace tiempo que en mi álbum me escribió un amigo poeta:

Quando un amor te brinde paz y gloria,
no le preguntes a ese amor su historia.

FIN

Madrid, abril, 1922.

LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DEL CENTRO
el 3 de noviembre de 1922



*A DON FRANCISCO SAMPEDRO
MARRUFO, invariable amigo, cons-
tante espectador de nuestras batallas
teatrales y editor generoso de nuestro
primer libro de versos, que se llamó
Pompas y Honores.*

SERAFÍN Y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LUCINDA.....	MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA.
HONORATA.....	IRENE ALBA.
PILAR.....	MARÍA DE LAS RIVAS.
DOÑA TECLITA.....	JUANA MANSO.
HORTENSIA.....	MONTSERRAT BLANCH.
PEPA.....	JULIA CABA.
SABINA.....	RITA LOZANO.
ROSENDA.....	IRENE CABA.
ADRIANO.....	RAFAEL RIVELLES.
DON MARTÍN.....	JUAN BONAFÉ.
SALVATIERRA.....	ALBERTO ROMEA.
JUAN FELIPE.....	PABLO HIDALGO.
RUFO.....	JOAQUÍN GARCÍA LEÓN.
COLASÍN.....	NICOLÁS RODRÍGUEZ.
ERNESTO CASALAR...	EDUARDO ZARAGOZANO.
ABDÓN.....	MANUEL VALENCIA.

LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO

ACTO PRIMERO

Lujosa sala de un hotel comprado en Madrid, con muebles y todo, por don Martín de la Gavilla. Intercolumnio al fondo, que da paso a una amplia galería. Puertas en primer término a izquierda y derecha. Es en invierno, por la tarde. Luces.

Honorata y Hortensia, madre e hija, aparecen hablando íntimamente. Honorata, ama de llaves de la casa, guapetona y fresca, tuvo veinte años hace una inolvidable aventura de amor con cierto duque, de la que nació la flor que tiene al lado. Desde entonces, toda ella emana señorío: se le quedó en las venas. La niña, que es monísima, y coqueta de nacimiento, se contempla en sus propias uñas cuando no halla un espejo a mano. Viene de velito.

HONORATA. ¡Hija mía! No me canso de verte. ¡Qué orgullosa tienes a tu madre! *La besa.* Anda con Dios.

HORTENSIA. ¿Tú le darás las gracias de mi parte a la señorita?

HONORATA. Sí. Descuida, ángel mío. No la

llamo ahora para que te vea, porque no es discreto. Aún quedan invitados al té.

HORTENSIA. Pues dile que me voy muy contenta de su regalo. ¡Poco que me gustan a mí las medias color *champagne*!

HONORATA. Lo que se hereda no se hurta. Y me ha ofrecido para ti también un vestido que no se ha puesto ni dos veces. ¡Un vestido nuevo! ¡Nuevo! No sé por qué le ha tomado manía... Es caprichosa como una reina. Y muy despilfarrada.

HORTENSIA. Mejor para mí.

HONORATA. *Desdeñosamente.* No saben ser ricos.

HORTENSIA. Es que ser rico es más difícil que ser pobre.

HONORATA. Cierto; muy cierto. En fin, luz de mis ojos, vete con Dios. Dale un beso al abuelo. Y otro al minino.

HORTENSIA. Hasta mañana, madre.

HONORATA. ¿Madre? ¿Por qué no mamá?

HORTENSIA. Bueno; ¡como quieras! Hasta mañana, mamá.

*Vase por la galería, hacia la derecha del actor.
Honorata la ve irse, embobada.*

Por la puerta de la derecha sale Juan Felipe, de librea verde y medias rojas. Es hombre de treinta y tantos años, andaluz, despejado y travieso. Observa a Honorata y luego le pregunta:

JUAN FELIPE. ¿Quié usted un pañuelo?

HONORATA. ¿Eh? ¡Ah! Juan Felipe. ¿Se me cae la baba, verdad?

JUAN FELIPE. Y se comprende. ¡Se me cae a mí!

HONORATA. ¿A usted también?

JUAN FELIPE. A mí, viendo a la madre.

HONORATA. ¡Vamos!

JUAN FELIPE. Vamos donde usted quiera. La verdá, Honorata: la niña es una rosa, pero hay que vé la maseta donde la sembraron.

HONORATA. ¡Estos sevillanitos!... La maceta ya es un tiesto viejo, para una guardilla.

JUAN FELIPE. ¡Me vorvía yo gato!

HONORATA. ¡Si la hubiera usted conocido en sus tiempos, cuando dió esa rosa!... Llamaba la atención en este Madrid. ¡Así le gustó a quien le gustó!... *Suspira con nostalgia.* ¡Ay!... No fué ningún organillero.

JUAN FELIPE. Ya, ya lo sé. Un duque con suerte... y con ojo.

HONORATA. Suerte, la mía. Muchas veces se lo he dicho a usted: mi tropiezo, mi desliz, pongamos mi desgracia, fué mi suerte. Tengo esa hija, que es mi orgullo, y hasta hoy, nunca me ha faltado la sombra generosa del padre... Él me recomendó a esta familia. ¡Es todo un caballero!

JUAN FELIPE. Pero ¡no le da su nombre a la niña!

HONORATA. No puede: está muy alto... Su estado, además...

JUAN FELIPE. Pos aquí tiene usted a otro caba-
yero, disfrasao de pájaro, que está dispuesto a
darle er suyo: un apeyido que no es retumbante,
pero que es honrao; que suena bien: Moreno.
Desendiente de un Moreno que se fué con Colón
a América y vorvió más *moreno* toavía. ¿Hase?

HONORATA. Moreno, deje usted las bromas.

JUAN FELIPE. Pero ¿cómo le vi a desí a usted
que no es broma? ¡Es que me gusta usted más que
er pan con manteca!

HONORATA. No sea usted chabacano.

JUAN FELIPE. ¿Chabacano? ¡Pos más que los
caramelos de rosa!

HONORATA. Dejemos eso, Juan Felipe.

JUAN FELIPE. ¡Consúrtelo usted con la armo-
há, Honorata!

HONORATA. Consúrtelo usted con la suya.

JUAN FELIPE. Y ¿usted sabe lo que mi armohá
me pregunta a mí toas las noches?

HONORATA. ¿Qué le pregunta a usted?

JUAN FELIPE. ¡Que por quién pierdo er sueño!

HONORATA. Es usted de lo que no hay.

JUAN FELIPE. *Confidencialmente*. ¿Qué? ¿Ha-
semos er negocio? ¿Nos queamos con la finquita
de Segovia?

HONORATA. Pero... ¿la venden? ¿Al fin la
venden?

JUAN FELIPE. La venden. La vende er padre:
don Martín. Y es un momio. Yo la conozco bien.
Está a la misma entrá de la siudá; tiene jardín

y huerta. Er jardín pa la niña y la huerta pa nosotros dos. Piden dose mir duros; pero ya vendrá er tío Paco con la rebaja. Junte usté sus ahorros con los míos, dele usté un buen peyizco ar duque—que no será er primero ni el úrtimo...—y la finquita es nuestra... pa pasá en eya la luna de mié.

HONORATA. ¿Otra te pego?

JUAN FELIPE. ¡O pa pasá er verano!

HONORATA. Si viera usted que me da un poco de remordimiento... Quedarme yo con una casa de los señores a quienes debo el pan...

JUAN FELIPE. Esas son las cosas der mundo. Miste, Honorata, a mí el invierno no me piya sin capa nunca: yo vivo siempre el año que viene. Y el año que viene esta familia, ar paso que va, ha vendió hasta los postisos de la abuela. ¡Lástima de fortuna! Si esa finca de Segovia no es pa nosotros, será pa er primero que yegue. Usté verá si debemos andarnos con remirgos de monja.

HONORATA. Si no son remilgos, Juan Felipe... si es que desde que traté con quien traté, me ha quedado en el espíritu una delicadeza... Se me pegó, se me pegó... ¡Si viese usted cómo soy yo por dentro! *Ante una maliciosa sonrisa de Juan Felipe.* ¡No sea usted vulgarote, hombre!

JUAN FELIPE. Sí; ya estoy viendo que pa que usté me quiera a mí voy a tené que vorverme un cabayero de la *Mesa Redonda*.

HONORATA. De la *Tabla*, querrá usted decir. Silencio: el señor.

Viene, en efecto, por la puerta de la derecha don Martín, caballero de edad de cincuenta años, inquieto, nervioso, irreflexivo.

DON MARTÍN. Juan Felipe. ¡Ah! que está aquí Honorata. Honorata, se va usted a encargar... No: primero es esto. Juan Felipe. Nada, Honorata, nada. Juan Felipe.

JUAN FELIPE. Usté mande.

DON MARTÍN. ¿Aún no ha venido Salvatierra?

JUAN FELIPE. No, señó.

DON MARTÍN. Pero, ¡hombre! *Mira su reloj de bolsillo y lo coteja con otro de pulsera.* Es raro. Bueno, ya vendrá. Oye: vas a decirle a Arturo que la señorita quiere esta noche el coche grande para ir al teatro; que me disponga a mí el pequeño.

JUAN FELIPE. Ese creo que está en er tayé.

HONORATA. Sí; está en el taller: se le rompió un tornillo...

DON MARTÍN. Achaques de coches y de personas. Entonces pídeme uno a la Peña. O al Casino de Madrid. O a Bellas Artes. A las diez. A las diez y media. A las diez, a las diez; que esté aquí a las diez. *Se va por la puerta de la izquierda.*

JUAN FELIPE. ¿Ve usté? Está que casa moscas. No tiene asiento. Y la finca de Segovia la quié vendé pa otro cochesito.

HONORATA. ¿Es posible?

JUAN FELIPE. Sí; pero no pa la casa: pa hasé un regalo.

HONORATA. ¿A quién? ¿A la...?

JUAN FELIPE. A esa misma: a la Chafardini o como la nombren; esa tiple der teatro Reá, que le está sacando hasta la seriya de los oídos.

HONORATA. Pero ¡si ésa estaba con Paco Lagareta! ¡Con el vizconde!

JUAN FELIPE. ¡Pos ahora está con éste, que le dará más!

HONORATA. *La donna é mobile!*

JUAN FELIPE. Este buen señó no ha podío pasá sin ese detaye: era menesté que se dijera en Madrí que ér también tenía su amiguita.

HONORATA. ¡Qué loco! El hermano sería bien otra cosa.

JUAN FELIPE. To lo contrario. Valía mucho. Sinco años fuí yo su asistente en Segovia. Luego estuvimos también en África... Pero después abandonó la carrera, tomó vuelo... y se echó a las empresas grandes. Era hombre de mucho atrevimiento y de mucha idea. ¡Qué negocios hizo! ¡Jesús! ¡Qué mano izquierda! ¡Qué gorpe de vista! En dies años reunió un capitá de miyones. Er mismo que su heredero va a tirá en cuatro días.

HONORATA. Si que lleva muy mal camino. No hay aquí orden ni concierto...

JUAN FELIPE. Farta cabeza pa manejá tanto

biyete. Si er pobresito don Rafaé hubiera sospechao que se iba a morí de repente, arregla sus papeles y reparte bien su fortuna... Pero se murió sin testá. Y don Martín nunca ha tenío seso. Y lo malo será que se le concluya la mina antes que pique er sebo arguno de los dos o tres golosos que rondan a la hija.

HONORATA. Parece que el preferido es Tito Casalar... Sueñan con un título.

JUAN FELIPE. Pos a ése que le echen un gargo.

HONORATA. El otro, Colasín, no es más que un trueno.

JUAN FELIPE. ¿Quién?

HONORATA. Colasín; Nicolasito Alares. El hermano menor del conde, de Pipo Alares.

JUAN FELIPE. ¡Ah, sí! Es simpático, pero es una bala perdía.

HONORATA. El padre de ellos sí que valía de veras: Panchito. ¡Qué figura y qué gracia tenía Panchito!

JUAN FELIPE. Pero ¡trata usté de tú a toa la aristocracia!

HONORATA. Juan Felipe, ¡si me he educado en eso!

JUAN FELIPE. Es verdá. Se me había orvidao. Voy a desirle a Arturo lo der coche. Y ya sabe usté a lo que estamos, amiga: cuando pasan peras... Desídase usté... por las dos cosas. ¡Verá usté un marío!

Se va por la galería, hacia la derecha.

HONORATA. *Sonriendo, halagada.* Es agradable este Juan Felipe. No carece de distinción... A lo popular; a su modo... ¡Claro que no es aquello... pero...! ¡Ay, los hombres!

Salen por la puerta de la derecha Lucinda y Colasín. Ella es la señorita de la casa: bella, elegante, vanidosa, engreída. Él es, por decirlo en los términos más adecuados a su persona, un señorito fresco. Vienen riéndose de una atrocidad chistosa que él le ha dicho a ella.

LUCINDA. Pero ¡qué ganso es usted, Colasín! ¡A qué cosas se atreve!

COLASÍN. También los gansos se enamoran, Lucinda.

LUCINDA. Sí; pero de las gansas... Cada oveja... Honorata.

HONORATA. Señorita.

LUCINDA. ¿Sabe ya Arturo lo del coche?

HONORATA. Ha ido Juan Felipe ahora mismo a darle la orden. Para el teatro, ¿no?

LUCINDA. Sí, para el teatro. ¿A qué hora empezará el estreno, Colasín?

COLASÍN. A las diez y media.

LUCINDA. Pues que venga a las once. Dígaselo usted, Honorata. *A Colasín.* Tenemos a cenar al ministro de Gracia y Justicia, y no vamos a andar con ahogos de tiempo.

HONORATA. ¿Algo más, señorita?

LUCINDA. No. Sí. Telefoneará seguramente la señorita Chuchú. Dígale usted que estoy con jaqueca; que mañana la veré en el *tennis*. O lo que se le ocurra a usted para excusarme. ¡Qué peste de amigas! Hay cariños que aburren. No me gusta que me quieran tanto, Colasín.

COLASÍN. ¿Las amigas?

LUCINDA. Ni los amigos.

COLASÍN. Entonces, ¿quién le gusta a usted que la quiera?

LUCINDA. ¿Qué hace usted, Honorata?

HONORATA. ¡Ah! Dispénsame la señorita. Me había enajenado el discreteo. Con permiso. *Vase por la galería, hacia la izquierda.*

COLASÍN. Esta señora ¿desciende de Isabel la Católica?

LUCINDA. ¿Por qué?

COLASÍN. Porque ¡tiene unas pretensiones!... No sé qué sangre cree que lleva en las venas. A mi padre le llama Panchito. Y a mí me dice que cuando yo usaba todavía nagüillas me ha dado muchos besos. No me acuerdo, gracias a Dios.

LUCINDA. Hombre, pues no es fea.

COLASÍN. Sí, pero no me envanece la cosa. Señal de los besos no me habrá quedado ninguna, ¿verdad?

LUCINDA. No me he fijado en tanto. Ni sé yo que los besos dejen señales,

COLASÍN. Según. Hay algunos que duran más que el hierro de una ganadería.

LUCINDA. No sea usted bárbaro. Esta Honora-
ta nos la recomendó a nosotros...

COLASÍN. Sí; el duque. Conozco la aventura. Y a la niña también la conozco. Que es preciosa, por cierto. ¡Preciosa! El duque es un *hacha*. En vez de ponerle a la señora una tiendecita de sombreros, la coloca en las casas de confianza. ¡Se alivia el hombre lo que puede!

LUCINDA. Que no sea usted bárbaro, o reñi-
mos.

COLASÍN. Eso, no. ¿De donde ha sacado su padre de usted a ese besugo que ha estado ahí diciendo tantos disparates de la mujer y del matrimonio?

LUCINDA. ¡Ah! Rufo. Es muy original.

COLASÍN. Se lo hace. No ha dicho más que vulgaridades y burradas. Juega al cínico. Me divertiría pisarle un pie en la calle.

LUCINDA. Papá creo que lo conoció en el Congreso. No sé quién se lo presentó. Un personaje, seguramente. Me parece que es abogado o cosa así. A papá le ha escrito algunos artículos para el periódico. Y traduce novelas.

COLASÍN. ¿Rufo se llama?

LUCINDA. Rufo Rufo, sí.

COLASÍN. ¿Rufo Rufo? ¡También estuvo ocur-
rente el padre al bautizarlo! ¡Y hay albardas ociosas!

Ernesto Casalar, joven marqués y diplomático, aparece en esto por la puerta de la derecha, buscando a Lucinda. Ella, al verlo, sonríe con aire de triunfo.

ERNESTO. Me distraje un instante atendiendo a doña Teclita y desapareció usted como por encanto.

LUCINDA. Oyendo las botaratadas de Colasín.

COLASÍN. Amigo mío, a todos nos gusta lo dulce. Acotó usted a Lucinda apenas llegó, y no hay derecho. Por muy diplomático y muy diputado a Cortes que sea usted, no hay derecho.

LUCINDA. No le tome usted cuenta, que hoy está de un payaso subido.

ERNESTO. Sin embargo, en su protesta no le falta razón. ¿Me da usted permiso, Nicolás, para que le haga a Lucinda una pregunta?

COLASÍN. ¿Va a ser muy larga?

ERNESTO. La pregunta, no; la respuesta, no sé.

LUCINDA. Pero una pregunta nunca viene sola. *Invitándolo a sentarse aparte.* ¿Qué quiere usted, Ernesto?

ERNESTO. ¿Irá usted esta noche a la Princesa?

LUCINDA. Sí.

Colasín no les quita ojo, pero se hace el distraído hojeando un libro.

ERNESTO. ¿Al estreno?

LUCINDA. Claro, sí. Usted no irá.

ERNESTO. No; creo que no podré.

LUCINDA. ¿Tan atado se halla?

ERNESTO. Sí... los diplomáticos somos de todos...

LUCINDA. Menos de las amigas, algunas veces.

ERNESTO. Eso es lo que más sentimos los diplomáticos.

LUCINDA. No he tenido el gusto de verlo a usted en mi palco ni una sola noche. Ni en la Princesa, ni en el Real... Se diría que alguien le ha prohibido...

ERNESTO. ¿Prohibirme?... ¿Quién?

LUCINDA. ¡Qué sé yo!... ¡Cualquiera! El ministro de Estado... ¡Porque es mucha casualidad!

ERNESTO. Pero ¿usted duda de que yo haya querido ir?

LUCINDA. Yo ahora me estoy refiriendo a lo que ocurre.

COLASÍN. ¿Estorbo ya?

LUCINDA. Sí.

COLASÍN. Hombre, ¡la respuesta no es muy diplomática!

LUCINDA. ¡Que ha sido mía!

COLASÍN. Usted dispense. Me pareció la voz de Ernesto.

ERNESTO. Pues debe usted cuidarse los oídos.

COLASÍN. O ponerme más cerca.

LUCINDA. Yo le he contestado a usted a su tono.

ERNESTO. Yo le habría contestado lo mismo, pero en broma. Porque si me fueran a estorbar todos los admiradores de Lucinda, me estorbarían cuantos la conocen.

COLASÍN. ¡Oh! ¡Bonito madrigal! ¡De La Granja!

ERNESTO. ¿Qué?

COLASÍN. ¡De La Granja, que a mí me gusta más que Versalles!

ERNESTO. ¡Ja, ja, ja!

LUCINDA. ¿No le digo a usted que hoy está imposible?

Continúan hablando en voz baja.

Por la misma puerta de la derecha salen a poco discutiendo Pilar y Rufo. Doña Teclita los acompaña. Un momento antes de salir se les oye hablar dentro.

Doña Teclita es la abuela materna de Lucinda y Pilar. Tiene la manía de sus achaques desde los veinte años, y ya pasa de los setenta. Pilar es una casadita dichosa; persona de juicio y de carácter. De Rufo Rufo ya hemos oído lo suficiente; él dirá de sí lo demás.

RUFO. Dentro. Nada, Pilar; no se moleste usted en hacerme más apologías: no me caso.

PILAR. Lo mismo. ¡Ni yo tengo empeño maldito! No parece sino que yo...

COLASÍN. Pero ¿aún sigue ese pelma dale que dale?

RUFO. *Saliendo.* Para mí es que usted ha pensado embarcarme con alguna amiguita suya...

PILAR. ¿Yo? ¡Por Dios y su Madre! A ninguna quiero tan mal. Había de ser enemiga mía, y nunca le desearía yo un castigo tan horroroso. ¡Jesús! ¡Casarse con usted! Yo no odio a nadie para tanto.

DOÑA TECLITA. Colasín, dígales usted a estos dos algún disparatón de los suyos, a ver si cambian de monserga.

RUFO. Es que Pilar me enciende la sangre, doña Teclita.

PILAR. ¡Y a mí me vuela usted, señor!

RUFO. ¡Con esa *pose* de casada feliz!...

PILAR. Y ¡si lo soy! ¡En buena hora lo diga! No hay *pose* ni tontera: ¡es que soy muy dichosa con mi marido!

COLASÍN. Pero si aquí lo que sucede es que este señor está enamorado de usted, Pilarcita...

PILAR. ¡Jesús!

COLASÍN. Y le da rabia de verla a usted casada y en la gloria. Y envidia a muerte a su marido de usted.

RUFO. No, señor; no lo envidio. Lo envidiaría si él no fuese casado.

PILAR. ¡Bah, bah, bah! Doblemos la hoja.

DOÑA TECLITA. Sí, sí; doblémosla. A este enemigo del matrimonio lo hemos de ver todavía casado con cualquier avechucho. Es decir, ustedes

lo verán; yo no. Yo me habré ya muerto cien veces.

RUFO. ¿Con que a mí casado, doña Teclita? ¡Eso no lo verá ni usted ni nadie!

Llega don Martín por donde se marchó.

DON MARTÍN. ¡Oiga! ¿Todavía estamos en lo mismo? ¡Este Rufo es intransigente! ¡Implacable! Es usted implacable. ¿Qué, Pilar? ¿No ha habido armisticio, ni bandera blanca, ni cosa así?

PILAR. No, señor: somos dos enemigos eternos. El agua y el fuego. Guerra sin cuartel a este hombre.

DOÑA TECLITA. ¡Ja, ja, ja! No puede resistirlo.

RUFO. Es que esta encantadora hija de usted, señor don Martín, como toda persona casada, lleva en el fondo de su alma un deseo latente de que entren muchos prójimos en la cofradía. Es una forma de la venganza muy original. Tal vez ellos mismo no se dan cuenta.

PILAR. ¡Está usted fresco! ¡En ninguna cofradía de que yo forme parte quiero verlo a usted para nada! ¡Ni de pendón!

DON MARTÍN. Paz, paz; haya paz... A ver, el diplomático, ¿cómo no echa aquí una manita?

COLASÍN. El diplomático parece que no abunda en las ideas del señor Rufo. Le llamo a usted el señor Rufo, aunque suena algo raro, porque creo que Rufo también es su apellido.

RUFO. *Poniéndose en guardia.* Sí, señor: también. Rufo Rufo soy, en todos los terrenos.

COLASÍN. No deja de ser original. Rufo Rufo... Está bien. Rufo Rufo...

DON MARTÍN. Veamos, veamos lo que nos dice el diplomático del pleito entre la casada y el solterón.

ERNESTO. Precisamente iba a terciar antes que usted saliese... El tema es siempre interesante. Sobre todo, para la gente joven.

RUFO. Y ¿qué nos iba usted a decir?

ERNESTO. Lo que suelo decir siempre a este propósito, amigo Rufo. Es conversación que surge dondequiera. Y yo comprendo que haya quien exalte el matrimonio y quien lo combata...

DON MARTÍN. ¡Muy bien!

ERNESTO. Lo que no concibo, lo que desapruebo es que se hable de ello de memoria, sólo por referencias o por lo observado exteriormente...

DON MARTÍN. *Soñándolo su yerno.* ¡Muy bien!

ERNESTO. Yo, por ejemplo, puedo hablar en razón de la vida de París o de Roma, porque he vivido en las dos capitales. Dios me libre de hablar de la vida de Nueva York sin haber tomado ni el pasaje siquiera.

DON MARTÍN. ¡Muy bien!

ERNESTO. Hay cosas de las cuales no se debe opinar sin conocimiento de causa. Cásese usted, y entonces hablará con autoridad del matrimonio.

DON MARTÍN. ¡Muy bien!

LUCINDA. Muy bien, Ernesto. Lo mejor que se ha dicho.

PILAR. Pues ése también es mi mayor argumento siempre.

RUFO. Calma, calma. No nos dejemos ofuscar por un *latiguillo*. ¿Por qué he de necesitar yo casarme, marqués? El argumento es candoroso. A mí en la vida me basta observar muchas cosas para juzgarlas enteramente, sin precisión de pasar por ellas.

ERNESTO. No es cabal el juicio.

RUFO. ¿No ha de serlo? Pero aunque no lo fuese, ¿con tal que no sea equivocado!... Sin padecer yo dolores de muelas, sé que molestan mucho. Para ello me basta haber visto a más de un amigo con la cara hinchada y dando botes.

DON MARTÍN. ¡Muy bien!

ERNESTO. Regular, don Martín.

DON MARTÍN. No, si yo he dicho muy bien por lo que iba usted a contestarle.

ERNESTO. ¡Ah! Gracias. Pues iba a contestarle que no es adecuado el ejemplo. ¡Un matrimonio no es un dolor de muelas!

RUFO. ¡Son muchos!

LUCINDA. Usted ¿qué sabe? ¡Cásese usted, como le ha dicho Casalar!...

RUFO. ¡Ahora voy! Porque además hay esto. Yo tengo la conciencia de haber vivido en una existencia anterior.

COLASÍN. Hombre, eso va a ser muy ingenioso.

RUFO. Espere usted a oírlo. Sí; sin broma ninguna. Tengo la conciencia de haber vivido antes de ahora; de haber pasado ya por otra existencia, en la que me casé... y me fué muy mal. ¡De ahí que en esta nueva encarnación de mi espíritu no haya quien me atrape!

Risas.

COLASÍN. Pero, bueno; vamos a cuentas. No tengamos aquí otro *latiguillo*, ¿eh, don Rufo? Usted dice que cree que ha vivido ya anteriormente.

RUFO. Estoy seguro, amigo mío.

COLASÍN. Muy bien. Pero en aquella vida ¿era usted también un hombre como ahora o era usted cosa de otra especie? ¿Qué cosa era usted? Porque, según fuese, tendrá fuerza o no la tendrá su razonamiento.

PILAR. ¡Claro está! Si no era usted un hombre, sino un bicho, un pájaro...

COLASÍN. Todavía un pájaro puede buscar una pajarita y saber luego a qué atenerse. Pero ¿qué fué usted en esa otra vida? Hay que precisar esto. ¿Fué usted ser humano? ¿Fué usted irracional? ¿Fué usted por ventura una planta, una berza, un repollo, un calabacín?... Esto hay que precisarlo, señor Rufo.

RUFO. Le diré a usted, señor Alares: no rechazo la hipótesis de que en esa otra vida haya.

podido ser yo un calabacín... Por algo en ésta me es usted tan simpático.

COLASÍN. ¡No le quepa a usted duda!

RUFO. Pero mis recuerdos son de que tenía, si no hechura humana, espíritu humano. Y me casé y me fué desastrosamente. Ya lo he dicho. ¿Cómo no he de odiar el matrimonio?

COLASÍN. Hombre, pues lo natural es que en el segundo golpe le fuese a usted bien.

RUFO. Es podenco. ¡Guarda!

DOÑA TECLITA. Pero si además odia a las mujeres; no es solamente al matrimonio. Yo le he oído decir que si se casara por mano del diablo iba a vivir separado de su mujer: ella en un piso y él en otro.

RUFO. ¡Ah! ¡Natural! La vida en común mata toda delicadeza. ¡Qué horror!

DOÑA TECLITA. ¿Lo oyen ustedes? ¿Y la ocurrencia de divorciarse si tiene más de un hijo?

RUFO. ¡Y me divorciaría! ¡Natural! ¡No he nacido para maestro de escuela!

PILAR. Hay que dejarlo por imposible. Me marchó para no oírlo más.

DON MARTÍN. ¿Te vas ya, hija mía?

PILAR. Sí. Federico se impacienta si tardo.

ERNESTO. Yo también dejo a ustedes.

LUCINDA. ¿Por no dar lugar, como mi hermana, a alguna impaciencia?

ERNESTO. Nada más lejos...

RUFO. ¿Preparativos de marcha, Casalar? ¿Capítulo de despedidas?

LUCINDA. *Con extrañeza.* ¿Qué?

RUFO. Se nos va el diplomático.

DON MARTÍN. ¿Cómo que se nos va?

COLASÍN. ¿Adónde?

ERNESTO. *Turbado.* No sé todavía...

RUFO. Pero ¿lo voy a saber yo y usted no? A mí me lo aseguraron ayer en el Salón de Conferencias: usted va a Londres y Eduardo Blancas a Berlín.

La noticia causa impresión en la familia. Casalar lo advierte.

ERNESTO. Ya digo que no sé todavía... De eso se trata. Eso al menos quiere el ministro. Yo, sin embargo, no hablo de ciertas cosas relativas a mí, hasta no estar seguro... Pero, sí, es probable. Mi carrera tiene estas sorpresas a lo mejor... No lo dejan a uno parar en ningún sitio... tomar afectos. En fin, ello dirá. *Despidiéndose.* Señora... Pilar... Lucinda... Haré por ir luego a la Princesa.

LUCINDA. No se violenta usted...

ERNESTO. ¡Oh! Don Martín...

DON MARTÍN. Lo acompaño a usted, lo acompaño...

ERNESTO. Señores...

COLASÍN. Yo también me retiro.

RUFO. Y yo. Vámonos todos.

Mientras se despiden estos últimos, Lucinda y Ernesto hablan aparte, bajo.

LUCINDA. ¡Qué callada tenía usted esta novedad! Más que marcha parece fuga.

ERNESTO. No había habido ocasión de hablar de ello.

LUCINDA. De callarlo, querrá usted decir.

ERNESTO. Yo le explicaré a usted... Si acaso, a la noche... Adiós... Adiós...

Se une a don Martín y a los otros, y los cuatro se van por la galería, hacia la derecha. Don Martín, del brazo de Ernesto; Colasín y Rufo, comentando el efecto de la noticia en la casa.

DON MARTÍN. ¡Vaya, vaya con el diplomático éste! ¡Y qué pronto levanta el vuelo!

COLASÍN. *A Rufo.* Le doy a usted las gracias por la bomba que ha puesto aquí.

RUFO. ¿Le ha gustado a usted?

COLASÍN. ¡Como que Casalar es el perro del hortelano!

Silencio. Lucinda, ensimismada, medita tristemente. Doña Teclita y Pilar la observan. Pausa.

LUCINDA. ¿No ibas tú a marcharte, Pilar?

PILAR. Ahora...

DOÑA TECLITA. Oye, niña: ¿a ti el marqués no te había dicho una palabra...?

LUCINDA. No.

Vuelve don Martín, pálido, desasosegado.

DON MARTÍN. Lucinda, ¿tú no sabías nada de lo de Ernesto?

LUCINDA. Nada.

DON MARTÍN. ¿Nada, nada, muchacha?

LUCINDA. ¡Nada, papá! ¿Cómo voy a decirlo?

DON MARTÍN. ¡Es increíble!

PILAR. Lo que es increíble es que haya quien se tape voluntariamente los ojos para no ver lo que pueda desagradarle.

DON MARTÍN. ¿Por quién dices eso?

PILAR. Por ti, papá; por mi hermana; por todos...

DOÑA TECLITA. Menos por mí, que duermo con los ojos abiertos, como las liebres. Tú llevas razón.

LUCINDA. ¿En qué la lleva?

DOÑA TECLITA. En lo que ha dicho.

PILAR. ¿No hace falta estar ciego o querer estarlo? ¿A quién se le ocurre fundar esperanzas en la afición a ti del marqués? ¿Es que no sabéis que tiene unos amoríos por los cuales ha roto ya dos bodas casi en vísperas? Casalar corteja, enamora, consiente, tal vez de buena fe, pero llega un momento en que le obligan a desandar lo andado o a fugarse. ¿No lo sabes tú?

LUCINDA. ¿Será quizás el primer hombre que deje un rastro de éstos antes del matrimonio?

PILAR. Y ¿tú ibas a poder más que todas?

LUCINDA. ¿Por qué no?

PILAR. ¿Casalar iba a estar esperando a que te cruzases tú en su camino?

LUCINDA. ¿Por qué no? Ni en esto ni en nada sabe nadie lo que le espera.

PILAR. Ciertó. Pero hay una lógica en la vida. Y porque de la noche a la mañana nos lluevan del cielo unos cuantos millones, no debemos pensar que somos otros.

LUCINDA. ¡Pues sí que lo somos, Pilar!

PILAR. ¡Al parecer, Lucinda! Apariencia engañosa; espejismo. Se cambia de veras únicamente cuando se le debe la fortuna al propio esfuerzo.

DON MARTÍN. ¡Insensata teoría, hija del alma! Si mi hermano, un individuo de mi propia sangre, trabajó y se enriqueció y yo heredé sus bienes, ¿no he de considerarlos como logrados por mí mismo?

PILAR. Si los hubieras logrado por ti mismo, no los derrocharías tan inútilmente.

DON MARTÍN. ¡Niña!

DOÑA TECLITA. No te irrites, Martín. Ni tú te pases de la raya, Pilar, aunque digas sentencias.

PILAR. En todo caso, papaíto, con el dinero que se gana haga cada cual lo que se le antoje; con el que se hereda se debe pensar para emplearlo en otra voluntad que en la propia. Y ¿era ésta por acaso la voluntad del tío Rafael?

DON MARTÍN. ¡El tío Rafael no tuvo nunca otra que la de vernos contentos y felices!

LUCINDA. Pero para mi hermana la felicidad consistiría en que no nos hubiéramos movido de Segovia; en que siguiéramos en la misma esfera social; en que yo me hubiera casado, como ella, con cualquiera de los amigos de la familia... ¡Hermoso porvenir para mi juventud!

PILAR. Pues yo soy tu hermana, y estoy muy satisfecha de mi destino.

LUCINDA. Eres demasiado modesta. Yo soy más ambiciosa.

PILAR. ¿Desde que heredaste?

LUCINDA. Desde que nací. Tengo ambición; la tengo. Y Dios me la conserve. Pero si la ambición es un pecado, iré al infierno de cabeza.

DON MARTÍN. ¡Y yo contigo!

hay que ambicionar mucho.

LUCINDA. Para conseguir algo en esta vida,

PILAR. Pero si lo que a ti te mueve no es la ambición, Lucinda, sino la vanidad.

LUCINDA. ¿La vanidad?

PILAR. ¡Ni más ni menos! ¿Qué ambicionas? ¿Un hombre que te quiera mucho, más que a nadie? ¡No! En eso no te fijas. Tú persigues una boda de estruendo; que llame la atención; que se envidie por la brillantez aparente; una boda de la que se hable mucho... ¡mucho!...

DON MARTÍN. Y ¿qué mal hay en ello, Pilar? Ese es un deleite, es un gozo... que la gente se

ocupe de uno y de sus cosas... Es un gozo, es un gozo... No vivimos en un desierto, sino en sociedad... ¡Yo te aseguro que la mitad de lo que hago no lo haría si supiera que no iba a saberse!

PILAR. Pues eso se llama vanidad, papá.

DON MARTÍN. ¡Llámallo como quieras! Cada uno es feliz a su modo.

LUCINDA. ¡Naturalmente!

PILAR. ¿Sí, eh? Pues ved la forma de obtener algún fruto más positivo de este modo de ser feliz, antes que se concluya la miel de la colmena.

DON MARTÍN. ¿Qué dices?

PILAR. Sí, papá. A ver si el acta de diputado, que tanto dinero te costó, te sirve de algo más que de adorno; a ver si el periódico que fundaste, para que se sepa de ti, contribuye a cosa más práctica para tu vida que la de desmoronar tu fortuna; a ver si haces alguna jugada de Bolsa en que no salgas engañado; y a ver tú, Lucinda, si con tantas fiestas como organizas en tu casa y fuera de ella, y con tantos té, y tantos teatros, y tantos trajes de París, y tantos coches, encuentras algún día una felicidad que se parezca a la de tu hermana.

LUCINDA. Si ha de parecerse a la tuya, no la quiero.

PILAR. No sabes lo que dices.

DON MARTÍN. Es que Pilarcita ha creído siempre que tiene más talento que ninguno en la casa, y está en un error. Aquí nadie tiene más talento

que yo, que soy el cabeza de familia. ¿En dónde reside el talento, sino en la cabeza?

DOÑA TECLITA. Pues oye tú, cabeza: yo creo también que la has perdido hace una temporada.

DON MARTÍN. Usted no es de esta generación, señora. Ahora la vida va por nuevos rumbos. No es posible estancarse... Hay que seguir el movimiento... Telégrafos, teléfonos, submarinos... nevegación aérea... El dinero es actividad, posición... Dios me lo ha enviado... ¡No lo voy a esconder en un calcetín debajo de la cama, como haría de seguro su abuelo de usted!... Quiero lucir, quiero bullir, quiero triunfar... Quiero servir a mi país... Quiero ser una rueda... una rueda útil... ¡Una rueda útil!... ¡Aire, aire!... ¡Movimiento!... Que se sepa que tengo ideas, que tengo planes, que no soy un cerebro dormido... que conozco el problema fabril... y el problema de la vivienda... y el problema hidráulico... y el problema agrícola... y varios problemas... ¡Aire, aire!... ¡Posición, posición; ruido, escaparate... brillo, brillo!... A Pilar la casé con un pobretón, porque éramos casi unos pobretones entonces... en aquella centuria... *Rectificándose.* ¿Centuria? Bueno, en aquella fecha he querido decir. Para esta reina de la casa, un príncipe chino me parece poco... Y a los dos pequeñines he de triplicarles el capital en un par de años. O poco puedo. ¡Triplicarles el capital, sencillamente! Y nada más.

Nada más. Cada uno con sus ideas, Pilarcita. Nada más.

PILAR. Está bien, papá. Nada más... por hoy. Tengo el deber de hablaros de estas cosas, y no he de renunciar a cumplirlo. Hasta mañana si Dios quiere.

DOÑA TECLITA. Hasta mañana.

DON MARTÍN. Adiós.

LUCINDA. A ver si te oreas por ahí.

PILAR. No lo necesito. *Se va por la galería, hacia la derecha.*

DON MARTÍN. ¿Qué mosca le habrá picado a esta criatura? Mira que hoy ha dicho unas cosas...

LUCINDA. La mosca de siempre, papá: ¿es cosa nueva? Don Teodoro, tu administrador; el quijotesco don Teodoro; el insoportable don Teodoro, que la visita un día sí y otro no y le llena la cabeza de paparruchas.

DON MARTÍN. ¿Ah, sí?

LUCINDA. ¡Claro que sí! Con la careta de la lealtad, que es el escudo de esa familia, vuelca el saco en aquella casa y ni a tí ni a mí nos deja hueso sano. Sobre todo a tí. Que te despeñas por minutos; que no sabes por dónde andas; que no te caben en la cabeza cuatro cuartos; que eres la befa de Madrid; que te explota todo el que te rodea...

DON MARTÍN. ¿Sí, verdad? ¡Más valía que mirara cómo entró en esta casa: por lástima que

tuve de él y de los suyos!... Por lástima; nada más que por lástima... Porque yo, primero que un cerebro, soy un corazón... Soy un corazón primero que un cerebro... ¡Y me paga así! ¡Murmurando de mis actos y desacreditándome!...

DOÑA TECLITA. Esa familia nunca nos ha tragado. Siempre se los ha comido la envidia de nosotros.

LUCINDA. ¡Siempre! Nuestra herencia fué para ellos el mayor castigo.

DOÑA TECLITA. Y luego, ¡qué humos!

LUCINDA. ¡Oh! ¡Qué altivez! ¡Qué arrogancia! ¡Crean que su saludo es un favor! ¡Hacen un blasón de su pobreza! ¡Sólo ellos tienen dignidad y son nobles! ¡Oh! A don Teodoro no puedo aguantarlo; pero el hijo, el Adriano, el escritorzuelo, me produce una antipatía rabiosa. Me gustaría ser hombre para darle de bofetadas alguna vez.

DON MARTÍN. Cálmate, cálmate... Yo pondré a raya a estos *Comuncros* de nuevo cuño. Hay que tomar una medida... Que mis caricaturas salgan de mi propia casa, y yo lo tolere, sería el colmo. A mi administrador le prohíbo que opine; ¡se lo prohíbo!... Su obligación es obedecer ciegamente. Y si le desagrada, por la puerta se va a la calle. Punto concluído. *Con resolución.* Y lo que se puede hacer hoy no debe dejarse para mañana.

DOÑA TECLITA. Por Dios, Martín; no te de-

jes llevar ahora de tu acaloramiento... Piensa lo que vayas a hacer: no seas fuguillas.

DON MARTÍN. Ya está bien pensado. Ciertas cosas no merecen pensarse más tiempo. ¡Pues hombre! *Vase por la puerta de la izquierda, decidido a ejecutar su determinación inmediatamente.*

DOÑA TECLITA. ¡Ay, Lucinda! Estas grescas acaban conmigo... No tengo genio para vivir así... Ni años, ya... Pero ¿qué haces? ¿No me oyes?

LUCINDA. *Entre rugiditos y lágrimas.* ¡Abuela, es que me da mucha rabia echarme a llorar, y voy a llorar a pesar mío!

DOÑA TECLITA. ¿Por qué?

LUCINDA. ¿Cree usted que me falta razón? ¿Cree usted que la conducta de ese hombre es tolerable?

DOÑA TECLITA. ¿La de don Teodoro?

LUCINDA. ¡La de Casalar!

DOÑA TECLITA. ¡Ah! ¡Vamos!...

LUCINDA. ¿No es esto un juego? ¿No es un juego de mala ley? ¿Quién se ha figurado que soy yo? ¿Me ha tomado quizás por una provinciana engréida y ha querido burlarse de mí? ¡Pues se engaña! ¡se engaña! ¡Yo le juro que el viaje no lo va a hacer tranquilo!

DOÑA TECLITA. ¡Criatura!

LUCINDA. ¡No lo va a hacer tranquilo!

DOÑA TECLITA. No pienses tonterías... Cuen-

ta siempre con que él se irá más tranquilo que te quedes tú.

LUCINDA. No sé, no sé... ¡Me da mucho coraje, abuela!... ¡Vaya, que no quiero llorar! *Márchase por la puerta de la derecha, conteniendo las lágrimas.*

DOÑA TECLITA. ¡Ay! ¡ay! Cuando digo yo... ¿Cómo voy a resistir esta vida?

Viene Abdón, vestido como Juan Felipe, por la derecha de la galería.

ABDÓN. Señora.

DOÑA TECLITA. ¿Qué hay?

ABDÓN. Ahí está el señor Salvatierra, que dice que lo aguarda el señor.

DOÑA TECLITA. Sí. Hazlo pasar aquí, y avísale al señor, que debe de estar en la secretaría.

ABDÓN. Bien. *Vase.*

DOÑA TECLITA. Vamos a ver si me doy yo maña para enterarme de lo que trae aquí a este pajarraco. No me huele muy bien.

Vuelve Abdón acompañando a Salvatierra, y sigue luego hacia la izquierda por la galería. Salvatierra, cuya traza demuestra que no ata los perros con longaniza, es hombre afectuoso, comunicativo, simpático.

SALVATIERRA. Servidor, señora.

DOÑA TECLITA. ¿Señor Salvatierra?

SALVATIERRA. Servidor.

DOÑA TECLITA. Siéntese usted: ahora vendrá mi yerno.

SALVATIERRA. Mil gracias. ¿Tengo el honor de hablar con la señora madre política del hombre de moda?

DOÑA TECLITA. ¿De moda? Siento que le llame usted así.

SALVATIERRA. ¿Por qué, señora?

DOÑA TECLITA. Porque las modas pasan.

SALVATIERRA. Las de vestir. El talento siempre está de moda.

DOÑA TECLITA. Pues, sí, señor, yo soy la suegra.

SALVATIERRA. Por muchos años.

DOÑA TECLITA. Gracias; pero ya... lo seré por muy pocos. Me muero a pedazos, señor Salvatierra.

SALVATIERRA. ¡Oh! pues nadie lo diría... Su aspecto de usted...

DOÑA TECLITA. Pues me muero a pedazos.— ¿De modo que usted tiene ahora asuntos con Martín?

SALVATIERRA. Sí, señora; varios asuntos. Voy a ver si le proporciono nuevo material de máquinas para su gran diario... Hay unas lino-tipias y una rotativa de ocasión, que son una ganga. Procedentes de ese otro periódico titulado *El Clamor*, que no ha durado ni tres meses.

DOÑA TECLITA. Bien poco ha durado *El Clamor*.

SALVATIERRA. Pues salió para tragarse al mundo. Era órgano de un flamante político de la derecha; pero el director ha dado media vuelta a la izquierda y se ha ido a París a ver qué pasa por los *bulevares*. ¡La vida!

DOÑA TECLITA. Ya, ya. Y ¿sólo ese asunto es el que hoy lo trae a usted en busca de Martín?

SALVATIERRA. Ese es uno de ellos. Me ha pedido también nota de terrenos en los Cuatro Caminos. Le hierve en el magín la edificación de una barriada obrera...

DOÑA TECLITA. Le hierve, le hierve...

SALVATIERRA. ¡Este hotel sí que fué un hallazgo!

DOÑA TECLITA. ¿Usted cree?

SALVATIERRA. ¡Uh! Sólo el solar vale lo que han pagado ustedes. Está muy bien hecho. Yo conozco toda su historia. Lo edificó aquel yanqui famoso que dió una noche en casa de Camorra quince mil pesetas de propina.

DOÑA TECLITA. ¡Jesús, qué loco!

SALVATIERRA. Se lo regaló apenas hecho a una amiguita suya guapísima, que lo malbarató más tarde, después de jugarle al americano, por supuesto, una faena de playa.

DOÑA TECLITA. ¡Anda con Dios!

SALVATIERRA. Luego, en pocos meses, tuvo dos o tres propietarios distintos: negociantes, logreros... aves de presa todos.

DOÑA TECLITA. ¡Vaya una noticia!

SALVATIERRA. Después lo tomó no sé qué Embajada, y por último, antes que su yerno de usted, lo compró y lo amuebló de nuevo, tal como está, el pobre Pérez Carolina.

DOÑA TECLITA. ¿El pobre?

SALVATIERRA. Sí, señora. Lo compadezco porque se pegó un tiro y se mató.

DOÑA TECLITA. ¡Carambo!

SALVATIERRA. Sí, sí; aquí en el mismo hotel. ¿No hay una habitación allá dentro decorada en estilo español, vamos al decir, Renacimiento, un poco negra...?

DOÑA TECLITA. Sí; justamente. Allí duerme mi yerno.

SALVATIERRA. Pues allí se pegó el tiro Pérez Carolina.

DOÑA TECLITA. ¡No se lo diga usted, por Dios! Ya con el decorado y los muebles hay bastante para no hacer un sueño tranquilo...

SALVATIERRA. Es verdad, es verdad... Aquellos cirios chorreados de la lamparita son un tanto macabros.

DOÑA TECLITA. ¡Vaya con el dichoso hotel! ¡Sí que tiene historia! ¿Sabe usted si lo han fumigado?

SALVATIERRA. ¡Ah, sí! No abrigue usted temor ninguno. Estas paredes ya son otras. Esta casa ha adquirido una alegría, una luz... ¡La de la inteligencia activa; la del dinero sabiamente empleado!

DOÑA TECLITA. ¡Ay, sabiamente!

SALVATIERRA. Sabiamente, señora. Yo sé un poco de eso.

DOÑA TECLITA. Pues a Martín lo critican mucho... Es tan impresionable, tan vehemente... No piensa una cosa y ya la ha hecho.

SALVATIERRA. Así son los hombres que valen. La negligencia la enterramos a principio de siglo.

DOÑA TECLITA. Lo motejan también de farolón, de vanidoso... ¿verdad?

SALVATIERRA. ¡Hasta de Dios dijeron, señora mía! No es don Martín un hombre vanidoso; no lo es; pero ¡ojalá lo fuera! ¿Usted conoce fuerza mayor que la de la vanidad en el mundo? Muchos hospitales, muchos asilos habrá levantado la caridad; pero la vanidad la aventaja. Si no es que casi siempre lleva a la caridad de la mano. Muchas escuelas habrá labrado la cultura; pero la vanidad no le ha ido a la zaga tampoco. ¡Benedita sea la vanidad! Es como esos pobres que murmuran constantemente del lujo... sin reparar en que viven de él. Yo amo el lujo, señora.

DOÑA TECLITA. *Mirándolo maliciosamente.* ¿Sí?

SALVATIERRA. ¡Lo idolatro! También vivo de él.

DOÑA TECLITA. No lo niego... Hasta cierto punto es defendible... Da de comer a mucha gente... Pero, por otro lado, no trae más que tras-

tornos, cuando no temores... ¿Qué necesidad teníamos nosotros, por ejemplo, de habernos metido en este hotel... con esa historia que usted me ha contado?... Si la llego yo a saber antes... ¿Conoce usted la casa nuestra de Segovia?

SALVATIERRA. ¿La de campo?

DOÑA TECLITA. No, la otra; la que vivíamos.

SALVATIERRA. No, no, señora; no la conozco.

DOÑA TECLITA. ¡Diferencia va! Cuatro paredes lisas, sin adornos; puertas grandes, techos altos, chimeneas de leña... ¡Diferencia va! ¡Ay! Todo se transforma y se pierde. Se va la casa, se va el hogar, se va la familia...

SALVATIERRA. Lo parece, señora; pero no se va. La de mi mujer, por lo menos, no se va. ¡La llevo sobre mis costillas hace veinte años... y no se va!

DOÑA TECLITA. ¡Qué buen humor! Por lo visto, es usted casado.

SALVATIERRA. Sí, señora. Dos veces.

DOÑA TECLITA. ¿Le fué bien la primera?

SALVATIERRA. No; si no me he casado más que una.

DOÑA TECLITA. ¡Como me ha dicho usted que dos!

SALVATIERRA. Es la equivalencia: porque mi mujer estorba por dos, riñe por dos, come por dos... ¡vale por dos!

DOÑA TECLITA. ¡Ja, ja, ja! Y ¿tiene usted hijos?

SALVATIERRA. Uno: pero también vale por dos. Sale a su madre. Es cómico. Me ha resultado cómico. No le hable usted de otra carrera. Y además es malo.

DOÑA TECLITA. ¿Mal hijo?

SALVATIERRA. Mal cómico. Hace un drama y se ríen de él: hace una comedia graciosa, y se le echa el público a llorar. Pero no goza más que en eso ni se cambia por nadie. Cuando se encasqueta una corona de cartón dorado y se cubre con un manto de percalina, que él cree que es de púrpura, grita: “¡Mis vasallos aquí!”, y salen tres monos por el foro vestidos de mamarrachos, es el más feliz de los hombres. Luego me escribe que el negocio les ha ido mal, como no podía menos, y tengo que enviarle dinero para que lo dejen sacar el baul de la posada.

DOÑA TECLITA. Ahí viene ya mi yerno. Que-
de usted con él.

SALVATIERRA. Pues mándeme usted a su gusto, señora. Me ocupo en todo. Algo habrá en que pueda servirla. Usando un término de jardinería, le diré a usted que mi actividad crece y se desarrolla a todos los vientos.

DOÑA TECLITA. Tantas gracias. Con permiso de usted. *Vase por la puerta de la derecha.*

SALVATIERRA. A sus pies, señora.—Se me figura que esta vieja está algo escamada.

Sale don Martín por donde antes se fué, agitado, pálido, con destellos de cólera.

DON MARTÍN. ¡Vivir para ver! ¡Vivir para ver!... No me canso de repetirlo. Querido Salvatierra, perdone usted si lo he hecho esperar algún tiempo...

SALVATIERRA. ¿Quiere usted callar, don Martín? Pero ¿qué le sucede a usted? Lo veo alterado...

DON MARTÍN. Todavía me dura... ¡Un disgustazo!... He tenido que insultar a un hombre con canas... ¡Un disgustazo! Hace ya más de un cuarto de hora... y aún no me he repuesto. ¡Qué lucha! ¡Qué... qué... qué lucha!

SALVATIERRA. ¿Algún redactor del periódico?

DON MARTÍN. No; don Teodoro. Mi administrador, que me ha salido rana. ¡Un redomado hipócrita!

SALVATIERRA. Administrador que administra o enfermo que se enjuaga, algo traga.

DON MARTÍN. No, no... Digo, sí, sí... Digo, no sé. En fin, lo he puesto verde, sin reparar en que estaba en mi casa. Lo he puesto verde. Se me fué la sin hueso. Mis vehemencias; mis ímpetus. Lo he puesto verde. Pero, bueno, vamos a lo nuestro, que ya basta del administrador. A rey muerto, rey puesto, ¡qué caray!

SALVATIERRA. Si quiere usted que yo me ocupe en buscarle...

DON MARTÍN. Aguarde usted a ver. *Bajando*

la voz y acercándosele. ¿Qué hay de la finca de Segovia?

SALVATIERRA. *Lo mismo.* Que tengo comprador dispuesto.

DON MARTÍN. Pues al avío. ¿Quién es?

SALVATIERRA. Me pide reserva... por ahora. No sé que pleitos de familia...

DON MARTÍN. Bien, bien, bien. Lo mismo me da que sea Laín Calvo que el moro Muza. Con tal que resolvamos pronto...

SALVATIERRA. ¡En seguida! Si usted rebaja lo que se pretende...

DON MARTÍN. ¿Mucho?

SALVATIERRA. Poco. Pleiteamos por poco.

DON MARTÍN. Pues usted lo arregla. Quiero vender; necesito vender... Aquella finca para mí ya no es más que un estorbo. Quiero vender. Véame usted mañana a mediodía en la redacción, y ultimaremos. Ahora tengo que hacer otra cosa. Discúlpeme usted.

SALVATIERRA. ¡Por Dios santo!

DON MARTÍN. Me voy a vestir. Cena esta noche en casa el ministro de Gracia y Justicia... ¡Ah, caray! Hay que recordarle a Ramírez que le avise al fotógrafo. Es no parar esto; es no vivir. *A Honorata, que aparece por la izquierda de la galería.* Honorata, despida usted a este señor, que yo voy escapado... Hasta mañana, ¿eh?

SALVATIERRA. Hasta mañana, don Martín.

DON MARTÍN. En la redacción, sobre las doce.

Vase precipitadamente por la puerta de la derecha. Honorata y Salvatierra se miran y aguardan un momento callados a que se aleje don Martín. Cuando van a hablar, llega por la derecha de la galería Juan Felipe, y cautelosamente pregunta:

JUAN FELIPE. ¿En qué queamos?

HONORATA. Prudencia, Juan Felipe.

JUAN FELIPE. Prudencia: ¿en qué queamos?

SALVATIERRA. En que pasará por la rebaja. Cincuenta mil pesetas... y a firmar. Corre de mi cuenta.

JUAN FELIPE. Honorata... hay que aventurarse. Esto es la lotería pa nosotros. Vale doble la finca. En último caso, la revendemos luego y eso vamos ganando.

HONORATA. Es tentador... es tentador...

JUAN FELIPE. Esta noche desidiremos. Y usted y yo, Sarvatierra, mañana por la mañana, a las ocho, en nuestro café.

SALVATIERRA. Conforme, Juan Felipe.

JUAN FELIPE. Y ahora ca mochuelo a su olivo, que las paredes oyen y está que arde la cosa. He escuchao to el agarre de don Martín con don Teodoro. Yorando se iba er pobre viejo. ¡La de atrosidades que don Martín le ha dicho! Es un santo ese hombre, cuando no le ha roto la cara. Hasta la vista. *Vase.*

SALVATIERRA. ¿Usted me manda algo, amiga Honorata?

HONORATA. *Poniendo el alma en la palabra.*
¡Sí!

SALVATIERRA. ¡Qué sí más expresivo! ¿Qué me manda usted?

HONORATA. Sea usted franco conmigo, Salvatierra; dígame la verdad: ¿merece mi confianza Juan Felipe? ¿Qué hombre es Juan Felipe? ¿Qué hago con Juan Felipe?

SALVATIERRA. ¿En qué sentido?

HONORATA. No sea usted guasón, que hablo en serio.

SALVATIERRA. Pues haga usted lo que él le diga. Juan Felipe es un hombre que sabe bien a todas partes. Difícilmente dará un resbalón.

HONORATA. ¿Y de moralidad, Salvatierra?

SALVATIERRA. ¿Qué concepto le merezco yo a usted?

HONORATA. Cuando le pido que me aconseje...

SALVATIERRA. Pues entonces duerma usted tranquila: Juan Felipe tiene más vergüenza que yo. ¡Hasta ahora!

HONORATA. ¡Siempre la cuchufleta!

SALVATIERRA. No, no; esto se lo digo a usted más serio que un fraile. Yo, a veces... tengo muy malos pensamientos.

HONORATA. Porque el caso es... hágase usted cargo, Salvatierra... el caso es que no lo pregunto sólo por el negocio...

SALVATIERRA. ¡Ah!

HONORATA. *Marchándose con él por la derecha de la galería.* ¿Usted comprende?... Juan Felipe apunta también a otras cosas...

SALVATIERRA. ¡Ah!... ¿La chica?

HONORATA. ¡No! ¡Yo!

SALVATIERRA. ¡Ah!...

Por la puerta de la derecha vuelve a poco Lucinda.

LUCINDA. ¡Sucedió lo que tenía que suceder! Estamos desquiciados y hemos de pagarla con alguien. ¿Eh? ¿Quién grita?

Honorata y Adriano discuten dentro.

HONORATA. ¡No está, señor!

ADRIANO. ¡Sí está!

HONORATA. ¡No está, le digo!

ADRIANO. ¡Pues si no está, me sentaré a aguardarlo!

Aparece por la derecha de la galería, seguido de Honorata, que en vano ha tratado de que no pase. Es un mozalbete impetuoso y altivo, de innata rebeldía, acrecentada y excitada por la desventura.

LUCINDA. ¿Quién?

ADRIANO. Yo. *Sorprendido.* ¡Ah! Lucinda.

LUCINDA. ¡Adriano! ¿Usted?

HONORATA. ¡Empeñado en ver al señor ahora mismo! ¡Le he dicho que no está!

ADRIANO. Usted perdone: necesito ver a su

padre de usted con urgencia. ¿Sabe usted dónde podría encontrarlo?

LUCINDA. No, señor. Pero dígame usted a mí qué le quiere.

ADRIANO. No, señorita: ha de ser precisamente a él.

LUCINDA. Pues en ese caso, fuerza es que tenga usted paciencia. Vuelva usted en otra ocasión.

ADRIANO. Le repito a usted que es asunto urgente.

LUCINDA. Entonces no sé cómo arreglarlo. Búsquelo usted, si es que tanta prisa le corre.

ADRIANO. Le advierto a usted, Lucinda, que será inútil que trate de evitar este encuentro. Antes de la noche he de haber hablado con su padre de usted.

LUCINDA. ¡Qué arretrato! ¡Ni que se tratara de un lance de honor!

ADRIANO. De honor, sí; de honor es el lance.

LUCINDA. ¿Eh? Retírese, Honorata. *Esta obedece*. Me está usted alarmando, Adriano. *Irónicamente*. Pero no llegará la sangre al río, ¿verdad?

ADRIANO. No lo sé. Ni le acepto a usted, en esta ocasión, ese tono de burla.

LUCINDA. Si vamos a no aceptar cosas que parezcan inconvenientes, ¿cree usted que debo yo pasar por la manera como ha entrado usted en mi casa?

ADRIANO. Cuando sepa usted, si no lo sabe, a lo que a ella he venido, seguramente me disculpará, aunque no lo confiese.

LUCINDA. ¿Aunque no lo confiese? ¡Qué cosa más ridícula! Ya veo que ni la adversidad ni los tropiezos en la vida le abaten a usted su arrogancia.

ADRIANO. Así es.

LUCINDA. Bien, pues acabemos. ¿Qué viento le trae tan alterado por aquí?

ADRIANO. Insisto, Lucinda, en que no es con usted con quien vengo a hablar. Vengo a hablar con la persona a quien se me niega... y que acaso se esconde.

LUCINDA. ¡Alto ahí! Que no me cuesta ningún trabajo llamar a uno de mis criados y arrojarlo a usted a la calle.

ADRIANO. Menos trabajo le costaría a usted, sin duda, dar la orden, que a los criados ejecutarla.

LUCINDA. *Sonriendo.* ¡Je! Por si acaso, reprímase usted. Y ante todo guárdele más respeto a mi padre, que de nadie tiene que esconderse... y de usted mucho menos.

ADRIANO. Si él hubiera sabido respetar al mío, seguramente no estaría yo ahora en presencia de usted.

LUCINDA. ¡Ah! ¡Vamos!... Se trata de... de eso. ¿Quién iba a sospecharlo, por Dios? ¡Con qué calor toma usted las cosas!... Reflexione un poqui-

tín, Adriano... ¿No es su nombre Adriano?... Al oírlo a usted tan fuera de quicio, sin acordarme ya de sus genialidades, ¿cómo había de acertar de lo que se trataba?... ¡Jesús! Hay criaturas incorregibles... Total: una discusión un poco viva entre un jefe y un servidor... No es para ponerse por las nubes ni empuñar la tizona... Me han dicho que ahora escribe usted comedias... ¡Claro! ¡Los versos no dan dos reales!... Las comedias, por supuesto, serán heroicas... ¿No?

ADRIANO. Este silencio con que he escuchado todas sus ironías es una compesación que le brindo a usted por mi modo de presentarme hoy en esta casa. La acepte usted o no, a lo menos le demostrará quién soy y cómo soy.

LUCINDA. Eso lo sé yo hace algún tiempo.

ADRIANO. ¿Cree usted que lo sabe?

LUCINDA. ¿Usted lo duda? Lo sé muy bien desde aquel día... ¡ja, ja, ja!... ¡qué escena más cómica!... en que usted, todo tembloroso, se acercó a decirme... ¿No lo recuerda usted?

ADRIANO. No querría recordarlo. Fué un amor de niño, que pasó, por fortuna.

LUCINDA. Gracias.

ADRIANO. Hoy me veo ante usted, un poco menos tímido, para hablar de cosa bien distinta. Y ya no me detengo; ya no vacilo en que me oiga usted. Mi padre acaba de llegar a mi casa enfermo de pena, angustiado, lloroso, sin aliento para decirnos qué le ocurría. Su padre de usted,

delante de todos los empleados de esta casa, lo ha ofendido; lo ha calumniado.

LUCINDA. ¿Qué dice usted?

ADRIANO. Digo que mi padre no tiene más tesoro que su honradez ni más orgullo que su nombre. A defenderlos vengo.

LUCINDA. ¿Enviado por él?

ADRIANO. Esa es otra ofensa. Él no sabe que yo estoy aquí.

LUCINDA. Y ¿qué hizo, si es cierto lo que usted refiere, que no se defendió a tiempo ante mi padre?

ADRIANO. Ni pudo, ni quiso. Si usted no lo entiende, lo deploro.

LUCINDA. ¡Vamos! Taparon su boca la gratitud... la consideración a la casa ajena, el respeto al jefe...

ADRIANO. Sí; todo eso que dice usted en son de burla... y algo también más noble y más íntimo: la propia estimación. Pedir trabajo no es pedir limosna: honra a quien lo pide. Y el que lo da, sea quien sea, del rey abajo, no adquiere derecho a humillar ni a insultar al que lo recibe.

LUCINDA. Lo dicho: altas comedias... Vive usted siempre en alta comedia. Por nada de este mundo baja usted el tono.

ADRIANO. Y menos, cuando debo subirlo.

LUCINDA. Mire usted, Adriano—hablemos más llanamente y con franqueza—: si su padre de usted no se hubiera metido en camisa de once varas,

yendo a asustar y a levantar de cascos cada lunes y cada martes a mi hermana Pilar, amenazándola con nuestra ruína inmediata, habría seguido aquí cobrando tranquilamente su sueldecito... y mi padre no habría tenido que ponerle la ceniza en la frente. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

ADRIANO. ¡Qué horror! ¡No parece sino que haya sido usted la inspiradora! ¡Ofensa tras ofensa! No debo seguir hablando con usted, Lucinda; no debo. Eso que usted ha dicho necesita contestarse de manera tan violenta y tan dura, que fuese en mí una indelicadeza y una cobardía hacerlo ante quien no me pueda abofetear. A pesar de ello, no me callo del todo. Tengo que decirle que si mi padre, por leal y por bueno...

LUCINDA. ¡Oh! ¡oh!... ¡Ya salimos con la lealtad!

ADRIANO. ¡Por leal y por bueno, acudió a su hermana de usted a advertirla del riesgo que veía, fué después de haber intentado vanamente que entrara esa idea de la catástrofe en el menguado entendimiento...!

LUCINDA. ¡Basta!

ADRIANO. Perdone usted: no he sido dueño de mi lengua.

LUCINDA. ¡Basta! ¡No perdono! ¡Ni escucho más! *A Abdón, que cruza de izquierda a derecha por la galería.* Abdón.

ABDÓN. Señorita.

LUCINDA. Acompaña a la puerta a este hombre. *Yéndose, ofendida, por la de la izquierda, murmura entre sí.* ¡Es de una necedad que subleva!

ADRIANO. *Al criado, que aguarda.* ¡Si se atreve usted a seguirme a la puerta, le hago rodar la escalinata del hotel y lo revuelco y lo pisoteo luego en el arroyo!

Vase resueltamente por donde llegó. El criado, perplejo, lo mira ir sin moverse.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de Honorata y Juan Felipe, en Madrid. Sendas puertas al foro, a la derecha y a la izquierda. Confusión de muebles: hay restos de casas distintas. Un retrato al óleo de un caballero desconocido. Es por la tarde, a primera hora.

Honorata y Juan Felipe celebran, almorzando con Salvatierra, el tercer aniversario de su boda. Están de sobremesa y son dichosos. Se ha empinado el codo más que de ordinario. Hay carmín en todas las mejillas. Los hombres fuman.

Peña, la criada, espera órdenes, deseando verse en la cocina. Es una flor silvestre de Bollullos del Condado, a quien ha "caracterizado" de doncella fina la dueña de la casa. En cuanto se vea libre de la cofia y los guantes será tan feliz como sus amos.

SALVATIERRA. Nada, Honorata, las bodas de Camacho son un tente en pie comparadas con este almuerzo.

JUAN FELIPE. ¡Pa cuatro días que vamos a viví, Sarvatierra!...

HONORATA. Y que la fecha requería echar la casa por la ventana.

JUAN FELIPE. Y er convidao también.

SALVATIERRA. Gracias. Un buen amigo. Un amigo que goza con las prosperidades de todos los suyos. Ya que uno no prospere... Pero ¡cómo se pasa el tiempo! ¡Mentira parece que haga ya tres años de esta boda!

HONORATA. ¡Y cinco que nos conocimos Juanito y yo!

JUAN FELIPE. Justamente: sinco.

HONORATA. El duque me llevó a casa de aquellos señores... y allí tropecé con esta alhaja.

JUAN FELIPE. Estaba escrito, como dise Mahoma.

SALVATIERRA. Y ¡qué batacazo dió esa familia!...

JUAN FELIPE. También estaba escrito. A ésta se lo pronostiqué yo cincuenta veces.

SALVATIERRA. Sí; el don Martín era un pobre diablo.

JUAN FELIPE. Sobre que en este mundo somos tos cangilones de noria: unas veces nos toca í pa abajo y otras pa arriba.

SALVATIERRA. Por cierto que ayer me dijeron que a última hora se ha visto don Martín complicado en un negocio un poquito turbio... y que anda perseguido... fuera de España...

JUAN FELIPE. No sé.

HONORATA. Hace un siglo que perdimos la pista de esa gente.

SALVATIERRA. Con el famoso hotel se quedó por cuatro reales Montanero, el barón.

HONORATA. ¡Ah, sí! Polinito.

SALVATIERRA. ¿Lo conoce usted?

HONORATA. ¿Cómo no? ¡Si es... primo hermano de mi hija!

JUAN FELIPE. *Por cambiar de conversación.*
¿Otra copita de coñá, Sarvatierra?

SALVATIERRA. ¡Venga, hombre! Las dos que he tomado casi me han hecho olvidarme de mi mujer; ¡a ver si la tercera me la borra del todo!

HONORATA. Pepa.

PEPA. Mande usté.

HONORATA. Sirve otra copita a los señores.

PEPA. ¿De cuál boteya?

HONORATA. De coñac.

PEPA. ¿De lo más colorao?

HONORATA. Sí, mujer.

PEPA. *Cogiendo la botella.* Mientras que no me haga, ze me resbala er cristá con los guantes.

HONORATA. Dame, serviré yo. Llévate tú ya lo demás del servicio.

PEPA. Zí, zeñora. *Obedece y se va por la puerta del foro hacia la izquierda.*

JUAN FELIPE. ¿Qué le paese a usté la criá?

SALVATIERRA. Pintoresca.

HONORATA. Empeño de Juanito.

JUAN FELIPE. Es huérfana de unos compadres míos de Boyuyos. Se ha quedao sola la po-

bresiya y he quería ampararla. No será fina, pero es fié. Como un perro. Ahora, que ésta se ha empeñado en vestirla de máscara y está pasando er purgatorio. Cuando se quita los guantes le entra una alegría y se pone a cantá como si hubiea salío de unas calenturas.

SALVATIERRA. ¡Ja, ja, ja!

HONORATA. ¡Qué cosas se le ocurren! Pero ¿no hago bien, Salvatierra? Si es un higo chumbo, como éste dice, hay que quitarle las espinas. A mí no me sirven a la mesa sin guantes.

SALVATIERRA. ¡Claro! ¡claro! ¿Le molesta a usted, Honorata, que yo moje la punta del puro en el coñac?

HONORATA. ¡Por Dios, Salvatierra!

SALVATIERRA. No estoy muy seguro de que el detalle sea de buen tono, y ¡como hila usted tan delgado!...

JUAN FELIPE. Anda, ¡pa que te metas conmigo!

Risas.

SALVATIERRA. ¡Qué me encanta verlos a ustedes tan felices!

JUAN FELIPE. Sí que lo somos, sí.

HONORATA. Hemos congeniado: ésta es la verdad. Nos llevamos muy bien: formamos pareja. Usted quizá recordará que yo tenía mis dudas...

SALVATIERRA. Sí, sí.

HONORATA. Pues nuestra fusión ha sido completa: del alma y del cuerpo. Hemos unido lo es-

piritual y lo material... Somos dos en uno... Los negocios nos han ido muy bien... Ya ve usted: aquella finca de Segovia la vendimos en más del doble que nos costó.

JUAN FELIPE. ¡Vista que hay en casa!

HONORATA. Y la tiendecita de compra-venta, que fué otra ganga, nos produce... nos produce muy por cima de lo que soñábamos.

SALVATIERRA. Dios lo aumente, Honorata.

HONORATA. ¿Qué más, Salvatierra? Ya nos hemos ocupado hasta de adquirir en una Sacramental nuestro pedacito de terreno para el último sueño.

JUAN FELIPE. Tú, tú, déjate ahora de pompas fúnebres. No cabe duda en que hemos asertao con casarnos. Las únicas discusiones que hay entre nosotros son tocante a la niña: cuár de los dos la quiere más.

HONORATA. ¡Y gano yo siempre! ¡Y él me deja que gane, al fin!

SALVATIERRA. ¿Adónde se ha ido ella?

HONORATA. ¡Al tocador! ¡No se cansa de verse la cara! Que presuma, que presuma mucho: ésa es buena señal. Sale a mi madre, por supuesto.

SALVATIERRA. ¿Sí, eh?

HONORATA. Mi madre era presumidísima. Con razón. ¡Yo no he visto nunca mujer más guapa! ¡Qué cutis de alabastro! Ni mejor conservada tampoco. Murió a los ochenta y siete años y tenía toda su dentadura.

JUAN FELIPE. Pero mi abuelo le ganó.

HONORATA. ¿Qué?

JUAN FELIPE. Porque se murió de noventa... ¡y dejó tres dentaduras cabales en la mesiya e noche!

SALVATIERRA. ¡Ja, ja, ja!

HONORATA. ¡No seas ramplón!

JUAN FELIPE. ¿Eh, Sarvatierra? ¡Tengo yo que sacá la cara por mis anteapasaos!

SALVATIERRA. Oiga usted, Juan Felipe; a propósito: este retrato ¿es de algún individuo de la familia?

JUAN FELIPE. ¡No! ¡Quíá!

SALVATIERRA. Me ha estado mirando durante el almuerzo con una sonrisita de burla...

JUAN FELIPE. Pos no sé quién es. Lo compré de ocasión porque me gustó la pintura. Estaba en Soria, muerto e frío, en la guardarropía der teatro.

SALVATIERRA. ¡Ah! ¡Entonces me ha mirado por eso! Es que habrá visto representar a mi hijo.

HONORATA. ¡Pobre señor! ¿Quién había de decirle que iba a venir a parar a nuestra casa?

JUAN FELIPE. No se deja retratá, si yegan a desírselo.

HONORATA. ¿Por qué? ¿Es alguna deshonra?

JUAN FELIPE. No, mujé; no te piques. Pero ¿qué nesosidá tenía de conosernos?

SALVATIERRA. En estos vaivenes de las casas y de la vida ¡ve uno cada cambio!... Pocas co-

sas me han impresionado a mí más que encontrarme en el Rastro, puesto a la venta, un loro.

HONORATA. ¿Un loro? ¡Animalito!

SALVATIERRA. Ya ve usted: un pájaro tan familiar, que se trasmite en las casas por generaciones... ¿Cuál sería su historia? ¿Qué habría tenido que ocurrir en su casa para llegar él a aquella situación de trasto viejo? ¡Qué garbanzos más negros los últimos!

JUAN FELIPE. No hablaría tar vez... y lo li-sensiaron.

SALVATIERRA. ¡Sí hablaba! ¡Y muy clarito! Cuándo pasé yo por allí estaba diciendo: “¡Han bajado los francos!”

HONORATA. Eso ya es un cuento de usted.

SALVATIERRA. No, no; con entera formalidad, Honorata. ¡Pobre loro! No se me olvida.

Vuelve Pepa por donde se marchó.

PEPA. Zeñora.

HONORATA. ¿Qué quieres?

PEPA. Ha zonao un timbre, y en los piacitos blancos der cuadro negro der corredó que usté me ha enzeñao, ha zalío un número.

HONORATA. ¡El de la habitación de donde llaman, torpe!

PEPA. Zí; pero como yo no entiendo de números, venga usté a decirme cuál es, pa í yo corriendo ar zitio que zea.

SALVATIERRA. ¡Ja, ja, ja!

HONORATA. Será la señorita: no vayas tú; iré yo. Vete tú a almorzar ya.

JUAN FELIPE. Y pa armorsá te quitas los guantes.

PEPA. ¡Ya lo zé!... *Vase como loca.*

HONORATA. Es de sainete. Con su permiso, Salvatierra.

Vase por la puerta de la derecha.

SALVATIERRA. *Admirando a Honorata.* ¿Qué le dá usted de comer a su media naranja, Juan Felipe?

JUAN FELIPE. ¿Por qué lo dise usted?

SALVATIERRA. ¡Porque está más guapa cada día!

JUAN FELIPE. Sí está vistosa, sí. Lo que le engorda y le da colores es mi trato; cuatro salamerías y cuatro mimos der barrio e San Visente. La trato con finura. Y a la hija también. Que habrá usted visto que ha salío una prenda.

SALVATIERRA. ¡Calle usted, cristiano! Marea de bonita la muchacha. Comprendo que tenga rondadores...

JUAN FELIPE. Aquí está la paloma.

Sale, efectivamente, Hortensia por la puerta de la derecha, ufana de su suerte.

HORTENSIA. Don Regino.

SALVATIERRA. ¿Qué quieres, encanto?

HORTENSIA. Mamá, que vaya usted a ver la Concepción de Murillo de su alcoba.

SALVATIERRA. Es verdad, que hemos hablado

de eso. Voy, voy... *Comtemplando a Hortensia.*
¡Por más que ahora no va a gustarme la Concepción!

HORTENSIA. ¡Digo! ¿eh? ¡Qué piropo! En pago le voy a anudar a usted la corbata, que se le ha deshecho.

SALVATIERRA. Dios te lo pague, hijita.

HORTENSIA. Pero ¡no me mire usted con esos ojos, por Dios, que me muero de risa viéndole! ¡Papaíto, mira qué ojos!

SALVATIERRA. ¡Ay, qué hermosas son las mujeres... con una excepción nada más!

JUAN FELIPE. ¡Ja, ja, ja!

HORTENSIA. ¡Le sopla la musa!...

SALVATIERRA. Me sopla la musa... y soplo yo también.

HORTENSIA. Además, voy a ponerle a usted una florecita en el ojal de la solapa; que no he tenido con usted ninguna atención en el almuerzo.

SALVATIERRA. ¡Esta noche no me quito la americana para acostarme! Gracias, pimpllo. Vamos ahora a ver la Concepción. *Se va por la puerta de la derecha.*

JUAN FELIPE. ¡Qué buen hombre es éste! Y ¡qué raro! Porque mientras más lo hasen rabiá en su casa, mejores entrañas tiene pa to er mudo. Y eso no es lo corriente. Ni lo naturá.

HORTENSIA. ¿Te pongo a ti otra flor, papaíto?

JUAN FELIPE. Ya tú sabes la que a mí me gusta.

HORTENSIA. *Besándolo.* Esta, ¿no?

JUAN FELIPE. Esa. Qué, ¿te fuiste un ratiyo ar barcón pa que te diera el aire?

HORTENSIA. Por si teníais que hablar en reserva con don Regino.

JUAN FELIPE. Ya. Y ¿estaba quisás en er barcón de arriba, en er del estudio der pintó, ese señorito que me está buscando las purgas?

HORTENSIA. No miré para arriba: miré para abajo.

JUAN FELIPE. ¿Estaba en la caye?

HORTENSIA. ¡Qué ganas de pensar infundios, papá! ¡Cuando yo te digo que no hay caso!

JUAN FELIPE. Sería la primera vez que un recovero se dejase engañá por una paloma.

HORTENSIA. Lo que tú quieras ha de ser.

JUAN FELIPE. Ni más ni menos. Y ahora dame otra fló.

HORTENSIA. *Besándolo en la frente.* Toma. Para borrarle el mal pensamiento. ¡Lo que quiero yo a mi papaíto!...

Inopinadamente, por la puerta de la izquierda, sale don Martín, cuyo aspecto da claro testimonio de su ruina.

DON MARTÍN. Juan Felipe...

JUAN FELIPE. *Incomodado.* ¡Don Martín! ¡Por María Santísima, don Martín; que no estamos sólo!

DON MARTÍN. Pensé que se había ido ya Salvatierra...

JUAN FELIPE. ¡Pos no se ha ido!

DON MARTÍN. Bueno, hombre; me vuelvo a mi agujero otra vez... No te enfades.

JUAN FELIPE. ¿No me vi a enfadá? ¡To los días ha de cometé usté alguna imprudencia! ¡Se compromete usté y nos compromete a nosotros, que lo hemos ocurtao!

Vuelve Salvatierra de improviso por la puerta de la derecha, seguido de Honorata, que trae chal y bolso. Salvatierra, al ver a don Martín, se queda perplejo. Honorata no reprime un movimiento de contrariedad.

SALVATIERRA. ¡Precioso Murillo!... ¿Eh? ¡Don Martín!

JUAN FELIPE. ¿Usté ve, don Martín?

HONORATA. ¡Válganos el Señor!

DON MARTÍN. Perdón, perdón por mi imprudencia... Salvatierra es un buen amigo de todos... no me descubrirá.

JUAN FELIPE. ¡Pero si en lugá de Sarvatierra yega a sé otra persona!...

DON MARTÍN. Perdón, hombre, perdón... *Enternecido; humildemente.* No volveré a hacerlo... Y usted, Salvatierra, salga de su estupor... recóbrese ya de su asombro... Nada sabía usted de este mi escondite, claro es... Nadie lo sabe... Por usted espero que tampoco se sepa...

SALVATIERRA. Descuide, don Martín.

DON MARTÍN. Creo que durará poco... pero mientras dura... He sido víctima de una torpeza mía... de una ligereza... de la confianza en mis propios medios... Y a estas horas paso por un estafador. ¡Qué vergüenza! ¡No lo soy! ¡No lo soy! ¡Bien sabe Dios que no lo soy! Se me persigue como a un criminal... ¡No lo soy! ¡Soy el caballero de siempre! Habrán cambiado mis circunstancias, pero no yo... ¡Vea usted qué vueltas da este mundo! Hace cinco años me creía yo el amo de él, quería lucirme a los cuatro vientos, y hoy vivo en una madriguera, escondido como un conejo ruin...

*¡y no tengo ni una almena
que pueda decir que es mía!*

Adiós, Salvatierra... la emoción no me deja seguir hablando... Ya le contará Juan Felipe... *Éntrase por la puerta de la izquierda, gimoteando.*

JUAN FELIPE. ¡Vaya un finá de armuerso, Regino!

SALVATIERRA. Para mí, el más inesperado de todos. ¡Pobre hombre! Me ha conmovido... me ha hecho un trapo...

JUAN FELIPE. Niña, vé tú a vé qué quería.

HORTENSIA. *Obedeciendo.* Sí, papá.

HONORATA. Yo no sé si hemos hecho bien o mal en acogerlo y ampararlo; pero ¿quién lo

dejaba en la calle la noche que se nos presentó pidiéndonos refugio?

SALVATIERRA. ¿Tan grave es la cosa?

JUAN FELIPE. Se la voy a referir a usted en dos palabras. Y, por Dios bendito...

SALVATIERRA. ¡No me recomiende usted nada, Juan Felipe! Le consta a usted que sé guardar secretos.

JUAN FELIPE. *A Hortensia, que cruza de la puerta de la izquierda a la de la derecha, por donde se retira.* ¿Quería argo?

HORTENSIA. No; nada. Allí está el buen señor haciendo pucheros como un chico.

JUAN FELIPE. Pos usted verá, Sarvatierra. Verá usted. Ese infeliz, en las pataletas der naufragio de su casa y de su fortuna—¡cuantísimos desaparates ha hecho!—pidió dinero—una suma gorda—como se pide en esos instantes: disparao; sin mirá condisiones.

SALVATIERRA. Sí: lo mismo que se grita “¡so-corro!” cuando hay fuego en la casa.

JUAN FELIPE. No: lo mismo que se tira uno por un barcón a la caye huyendo de las yamas.

HONORATA. Exactamente.

JUAN FELIPE. Paco er *Seriyero* dió la guita.

SALVATIERRA. ¡Buen pez! ¡Un angelito para un plato de dulce! Tiene más dinero que el Banco. Y yo lo he conocido vendiendo libros verdes en la Puerta del Sol.

JUAN FELIPE. Pos a esos piyos se les van

las mejores. Le pidió como garantía a don Martín, pa entregarle la luz, la casa solariega de Segovia, única prenda que ya le quedaba a la familia, y don Martín la comprometió por cogé los cuartos, declarándola libre de impedimentos y de cargas. Vensió er primer plaso der préstamo, y lo pudo pagá a costa de empeños y desembargos; vensió er segundo... y se encontró agarrao por er gañote. No lo pudo pagá.

SALVATIERRA. Sí; es un caso que se parece a muchos.

JUAN FELIPE. Y aquí der *Seriyero*: bañándose en agua de rosas se resiste a ninguna espera; reclama la casa puesta en garantía... y se tropieza en la escritura de propiedad con una cláusula en la que se dise que la finca no podrá hipotecarse ni venderse sin la voluntá de los hijos de don Martín, cuando sean mayores de edá. Y er más chico tiene dose años. Además, si cuando yegue er caso los niños se yaman Andana, se quea er *Seriyero* papando moscas.

SALVATIERRA. ¡Atiza! ¡Pues habrá que oír al *Cerillero*!

JUAN FELIPE. Er *Seriyero* dise que eso es una estafa en toas partes, y que si no le entregan la casa o su dinero de un día pa otro, mete en la carse a don Martín. Y en eso estamos. Este hombre se ha quitao de en medio hase cuatro días, y su familia anda de puerta en puerta dan-

do ardabonasos en las casas de los amigos a vé si puen evitá la deshonra.

SALVATIERRA. Y los amigos no oirán los golpes.

JUAN FELIPE. ¡Es que nadie tiene su dinero pa una cosa así, Sarvatierra! Las locuras de un hombre, ¿por qué han de pagarlas los demás?

HONORATA. Sí; pero hay ocasiones... hay afectos...

JUAN FELIPE. ¡Déjate de pamplinas! Cuesta mucho trabajo amasá una rosca pa darle un pico a nadie que no sea un hijo tuyo. ¡Y menos a un derrochadó!

SALVATIERRA. ¡Pobre hombre!

JUAN FELIPE. Parientes tiene que podrían sarvarlo si quisieran...

SALVATIERRA. ¡Pobre hombre! ¿Ve usted? En estos trances es cuando siento yo no ser millonario.

JUAN FELIPE. Si lo fuese usted, quisá pensaría de otro modo.

SALVATIERRA. ¡Qué sé yo! ¡Pobre hombre!

JUAN FELIPE. Bueno; véngase usted conmigo pa orvidá este cuento.

SALVATIERRA. Sí; que además tengo que hacer cien cosas.

JUAN FELIPE. Y yo siento una. *A Honorata.* ¿Tú irás a la tienda?

HONORATA. Sí. Dentro de un rato.

JUAN FELIPE. Pos luego a última hora me pasaré yo por ayí. Hasta luego.

SALVATIERRA. *Despidiéndose.* Adiós, Honorata. Agradecidísimo. Y envidioso de tanta ventura.

HONORATA. No lo dirá usted por el huésped.

SALVATIERRA. ¡Honorata! En el mejor sueño zumba una mosca.

JUAN FELIPE. Hasta luego.

HONORATA. Pero, Juanito. ¿te vas así hoy?

JUAN FELIPE. ¡Mujé!

SALVATIERRA. *Dándose cuenta.* ¡Ah, vamos! ¿Es costumbre?... Pues por mí no la dejen. Yo mientras me despido de este caballero.

Se vuelve hacia el retrato al óleo para dar tiempo a la ternura matrimonial.

JUAN FELIPE. Pero ¡qué tonta eres!

HONORATA. Tu cariño tiene la culpa.

JUAN FELIPE. ¿Vamos, Sarvatierra?

SALVATIERRA. Vamos. *Al retrato.* Adiós, amigo. Si andando el tiempo vuelve usted a ver a mi hijo representar el *Hamlet*, fíjese en la capa: ha sido mía.

HONORATA. ¡Qué Regino éste!

JUAN FELIPE. ¡Ja, ja, ja!

Se van Salvatierra y Juan Felipe por la puerta del foro, hacia la derecha.

HONORATA. ¡Ay! ¡Quiera el Señor conservarnos esta felicidad... aunque a la vecina le resulte un poco empalagosa! Al que le pique, que se rasque... ¿Qué iba yo a hacer? *Pepa ha vuelto momentos antes, por la izquierda del foro, con una bandeja llena de copas y tazas limpias que pone en el aparador, y ha acabado de recoger el servicio de mesa. Ya es completamente dichosa también; es decir, ya se ha quitado la cofia y los guantes.* ¡Ah! Pepa.

PEPA. Mándeme usted, señora.

HONORATA. Vé y dile al señor don Martín que aquí lo aguardo.

PEPA. ¿Ar loco?

HONORATA. *Sonriendo benévola.* Al loco, sí; al desgraciado loco.

PEPA. Veremos si me abre la puerta; porque algunas veces... *Se marcha por la de la izquierda.*

HONORATA. A tiempo he recordado... ¿Qué querrá conmigo? Este empeño de hablarme a solas...

Pausa. Vuelve Pepa.

PEPA. Ya viene. Cada día está más loco, señora. Me lo encontré quemando unos papeles y diciendo: "Humo, humo, humo, humo... na más que humo, na más que humo..." Y había humo en la arcoba; pero no tanto.

HONORATA. Bien; déjame.

PEPA. ¿Cómo?

HONORATA. Que te vayas.

PEPA. *Rompiendo a cantar al tiempo de irse.*

*Madre, yéveme usté ar Puente,
a vé los picapedreros...*

HONORATA. ¡Chist!

Pepa calla inmediatamente.

Honorata aguarda unos momentos y sale don Martín.

DON MARTÍN. Aquí estoy, mi dulce Honorata, lamentando todavía el lance pasado.

HONORATA. No se acuerde usted ya de él. Por fortuna, Salvatierra lo estima a usted y es muy discreto.

DON MARTÍN. ¿Le contaron ustedes...?

HONORATA. Sí. Y le hizo bastante impresión.

DON MARTÍN. *Conmovido de pronto.* ¡Como a toda persona bien nacida!

HONORATA. Bueno, bueno; serénese usted... y dígame, ahora que estamos solos, eso que me ha anunciado que quiere decirme.

DON MARTÍN. ¿Yo?

HONORATA. Sí. Anoche...

DON MARTÍN. ¡Ah! ¡Es verdad! Discúlpeme usted... Esta cabeza mía baraja tantas cosas... Honorata, para las ocasiones son los amigos... yo soy el mejor testimonio. Si no es por ustedes... ¡Toda mi gratitud será poca para pagarles!...

HONORATA. No se aflija usted, don Martín; no llore...

DON MARTÍN. Dice usted muy bien, Honorata... dice usted muy bien... Hay que serenarse... hay que hacerse fuerte en la desventura. Hay que hacerse fuerte. ¡Fuerte, fuerte, fuerte, Martín! ¡El llorar es de hembras! Y que más pasó Jesús por nosotros. ¡Fuerte, fuerte! Pues bien, Honorata: he vacilado mucho antes de decidirme a dar este paso... Lo que le voy a decir a usted es muy enojoso... delicadísimo... pero repito que para las ocasiones... La gratitud me obliga.

HONORATA. *Melodramáticamente.* ¡Ay! ¿Me engaña Juan?

DON MARTÍN. No, no, no... no es eso, no es eso... Nada de eso.

HONORATA. ¿No me engaña?

DON MARTÍN. Que yo sepa, no. Pero ya digo que no se trata de eso. Se trata de la niña: de Hortensia.

HONORATA. ¿De mi hija de mi alma?

DON MARTÍN. Sí. ¿No nos oirá ella, verdad?

HONORATA. No. Está en su cuarto. Pero ¿qué sucede, don Martín?

DON MARTÍN. No imagine usted nada grave, Honorata. No, no... Esto es una advertencia prudente... una prevención... un consejo... Esto es un consejo... una prevención... una advertencia... Usted y Juan Felipe faltan de su casa muchas horas... Como tienen la tienda a que mirar y

otros intereses... Yo llevo aquí encerrado unos días... y... ¡naturalmente!... cuando voy de un lado para otro... sin querer, sin pretenderlo...

HONORATA. ¿Qué, don Martín?

DON MARTÍN. Observo... ato cabos... me entero de cosas... veo... oigo...

HONORATA. Y ¿qué?

DON MARTÍN. *Bajando la voz.* Honorata... vigile usted a Hortensia.

HONORATA. ¿A mi tesoro?

DON MARTÍN. Vigílela usted.

HONORATA. *Grave.* ¡Esa acusación embozada!...

DON MARTÍN. Es hija del mejor deseo. Arriba vive un pintorcete, ¿no?

HONORATA. Vive un pintor arriba.

DON MARTÍN. Recibe amigotes en su estudio.

HONORATA. Amigos, compañeros...

DON MARTÍN. Bien; pues entre ellos hay uno que es un redomado pillastre.

HONORATA. No sé.

DON MARTÍN. Yo sí, porque anduvo alrededor de mi hija Lucinda, codicioso de su fortuna, en los días de mi auge y de mi esplendor.

HONORATA. ¿Se refiere usted a Colasín Alares?

DON MARTÍN. ¡Cabalito!

HONORATA. *Muy picada.* Pero ¿usted sabe lo

que dice, don Martín? ¿No hablará la turbaciión de su caída? ¿No hablará tal vez el despecho?

DON MARTÍN. *Irguiéndose con dignidad.* ¿Eh? ¿Y mi ama de llaves, sabe lo que dice y a quién se lo dice?

HONORATA. ¿Su ama de llaves?

DON MARTÍN. ¿Mi ama de llaves!

HONORATA. Ese tiempo pasó. Colasín Alares, don Martín—apréndalo usted si lo ignoraba—, es hijo de una familia dignísima.

DON MARTÍN. Su familia merece todos mis respetos; pero él es un bergante, un cínico, un fresco, como ahora se les llama. En ausencia de ustedes baja aquí y trata de burlar a Hortensia. Yo he oído algún diálogo nada edificante.

HONORATA. *Desbordándose.* Pero ¿hasta dónde va usted a llegar en su despeñadero? ¿Usted, señor don Martín, no está en su juicio! ¿Es lo menos que se me ocurre! Dejando a un lado a Colasín, ¿olvida usted quién es mi hija? ¿Olvida usted quién es el padre de mi hija? ¿Olvida usted quién es la madre?

DON MARTÍN. ¿La madre? ¿No es usted?

HONORATA. Sí, señor: yo misma; a mucha honra. El ama de llaves de usted, como me ha refregado hace poco.

DON MARTÍN. ¿Yo? ¿Refregar yo?

HONORATA. Pues sepa usted que por muchas llaves que haya tenido o pueda tener en mis ma-

nos, no he menester ninguna para custodiar a quien por heredada virtud se guarda sola.

DON MARTÍN. Bueno, bueno, bueno... ¡Vivi: para ver!... Lo podia esperar todo menos este arranque melodramático... La intención me salva... Yo he cumplido con un deber de mi conciencia... usted me pone como chupa de dómine... ¡Me lo merezco todo, todo! Del árbol caído... ¡Al Rastro, al Rastro, don Martín, como el loro de que habló Salvatierra!...

HONORATA. ¡Hoia! ¿Escucha usted por los pasillos?

DON MARTÍN. ¡Sí, señora; por eso me he enterado de los amoríos de su hija con el señoritín! ¡Chúpate ésa y vuelve por otra!

HONORATA. ¿Cómo *chúpate ésa*? ¿Es ese lenguaje de un caballero para una señora? Yo no puedo continuar... Ahora mismo se lo contare todo a Juan Felipe.

DON MARTÍN. ¡Me alegro mucho: él puede que me haga más justicia que usted!

HONORATA. ¡Más justicia que yo!... Señor don Martín de la Gavilla y Peralbán de las Heras Gómez...

DON MARTÍN. ¡Todo eso huelga ya! ¡Todo eso es humo, humo, humo... nada más que humo!... ¡Soy el loro del Rastro!... ¡El pobre loro puesto en venta!... *Lloriqueando*. ¡Han bajado los francos! ¡Han bajado los francos!

HONORATA. Sea usted quien sea, mal corres-

ponde a la hospitalidad que aquí le han ofrecido su *ama de llaves* y su *mozo de comedor*. Ya estará usted contento. *Vase altivamente por la puerta del foro, hacia la derecha.*

DON MARTÍN. *Haciéndose cruces.* ¡En el nombre santo del Padre!... Martín, Martín, Martín... pero ¿has perdido la razón de veras? ¿Quién es quien te ha hablado? ¿No es Honora-ta, aquella modistuela cursi a quien le puso un piso el duque de Tal? ¡Caray! ¡caray! ¿No es aquélla? ¡Virtud heredada! ¡Ja, ja, ja! Primera vez que me río hace tiempo... ¡Virtud heredada!... ¡Pérdida de la memoria!... ¡Ja, ja, ja!

Un poco antes ha salido de nuevo Pepa con más cacharros para el aparador, y amedrentada del monólogo y de la risa de don Martín, se pega a la pared, mirándolo sin pestañear, hasta que él se aleja por la puerta de la izquierda.

PEPA. ¡Jozú! ¡Qué zusto he pazao! Este zeñó ez un chivo zuerto.

Por la puerta de la derecha sale Hortensia.

HORTENSIA. ¿Con quién hablabas?

PEPA. Con er mieu que tengo, zeñorita.

HORTENSIA. ¿Miedo? ¿A qué?

PEPA. Ar loco, que estaba aquí grita que grita zolo y riyéndoze.

HORTENSIA. ¿No has almorzado todavía?

PEPA. He limpiao los cacharros primero. Pero voy ya mismito.

HORTENSIA. Pues anda, mujer, anda; no lo dejes más, que es muy tarde.

PEPA. Ya, ya mismito. *Vase por la puerta de foro, hacia la izquierda, volviendo hacia Hortensia la cara.*

HORTENSIA. *Preocupada.* ¡Estamos descubiertos!... Hoy no le dejo entrar aquí... Hablaremos dos segundos en la escalera... Va a haber que decidirse... Porque, eso sí, que no sueñe otra cosa mi padrastro... ¡Menos perderlo, todo! *Márchase por la puerta del foro, hacia la derecha, con el mayor sigilo y precaución.*

En seguida vuelve don Martín, paseándose abstraído.

DON MARTÍN.

*Ayer era rey de España;
hoy no lo soy de una villa...*

¡Se me han metido en la cabeza todos los versos que sé del rey don Rodrigo!... ¿Quién? *A Lucinda, que llega por la puerta del foro.* ¡Hija mía! *Corre a ella y la abraza.*

LUCINDA. ¡Lo que acabo de ver, papá!

DON MARTÍN. ¿Qué has visto, hija, que aún pueda sorprenderte?

LUCINDA. ¡A Colasín Alares en coloquio amoroso con la hija de Honorata! ¡Con la que se

vestía de mis sobras!... Aun siendo quien es, se ha puesto blanco al reconocermme.

DON MARTÍN. ¡Ah! Pues no hace dos minutos le he dado yo el soplo a *doña Estropajos*, a la mamá, cumpliendo un deber de caballero, y se me ha subido a la parra y se ha desbordado insultándome. ¡*Doña Estropajos!* ¡A mí! ¡*La duquesa del Alfilerero!* ¡A mí!

LUCINDA. Este mundo es un asco. Y eso que acabo yo de ver... cosa bien de este mundo. ¡Nicolásín Alares!... Se conoce que le conserva mucha inclinación al dinero de nuestras arcas.

DON MARTÍN. ¡Oh! ¡Tú no sabes cuánto hay aquí guardado! No doy un paso por la casa en que no me tropiece con alguna prenda de la nuestra... Hay una consola que cruje, que se queja cada vez que me siente pasar... La de las garras de león.

LUCINDA. Bien, bien; no hablemos de esto... Acaban de hacerte un favor muy grande... Se llevaron mucho; pero si impiden tu deshonra porque te ocultan...

DON MARTÍN. ¿Qué esperanzas me traes?

LUCINDA. Ninguna, por desgracia.

DON MARTÍN. ¡Entonces!

Pasa Hortensia, mirándolos descaradamente, de la puerta del foro a la de la derecha, por la cual se va sin decirles palabra.

LUCINDA. ¡Lo que hay que tolerar en la vida!

DON MARTÍN. Lecciones, lecciones, lecciones;

estas son lecciones... Llegan tarde, sí; llegan tarde... pero son lecciones... son lecciones... Tarde... tarde... tarde... ¡Llegan tarde!...

LUCINDA. *Sentándose con abatimiento.* ¡Ay, sí! ¡Llegan tarde!

DON MARTÍN. ¿Estás rendida?

LUCINDA. *Rechaciéndose.* ¡No! Aunque lo parezca, no lo estoy. No me rindo sin salvarte primero. Soy tu hija y tu cómplice. Tengo mucha culpa en esta ruina. He sido tan insensata como tú... *Con profundo desprecio.* Y ¡por qué gentes! ¡Por qué mundo!... ¡Por conquistar qué mundo!... ¡Cuánto me acuerdo de Pilar!

DON MARTÍN. Yo también, yo también... De Pilar, de Pilar, de Pilar... También yo me acuerdo de Pilar.

LUCINDA. Hay horas en que no es desolación, en que no es tristeza, en que no es miedo a la pobreza que nos aguarda lo que siento; sino una rabia sorda, un remordimiento infinito, impotente ya.

DON MARTÍN. ¡Pobre princesa mía!

LUCINDA. No, no; luego levanto la cabeza y vuelvo a ser yo, y me siento capaz de todo. Y eso que tú no sabes qué calvario llevo. No hay una puerta donde me respondan, ni unos brazos que se abran ante mí, ni una voz que me llame... Las caras que me sonreían siempre al verme, se tuercen a mi paso. Quizás hemos hallado este rincón donde esconderte porque es de criados nuestros,

de servidores nuestros, que porque nos humillan son generosos... Se elevan protegiéndonos, y acallan también su conciencia. Pero los demás, los demás... los nuestros, los iguales... ¿quién pudiera creerlo! Algunos hasta ríen al oírme, sin poder reprimir su risa... Es la alegría más o menos disimulada lo que me encuentro en todas partes. ¿La merecemos por vanidosos y por frívolos, papá, o es que la humanidad es mala?

DON MARTÍN. No sé, hija; no sé, no sé, no sé... De todo habrá, de todo habrá algo, de todo habrá... Tú, ¿estuviste ayer en Segovia?

LUCINDA. Y siento haber ido.

DON MARTÍN. Los amigos, ¿qué dicen?

LUCINDA. En resumen... que este caso está fuera de la amistad.

DON MARTÍN. ¡Bien! ¡bien! ¡Fuera de la amistad! ¿Cuál estará dentro? ¿Ni siquiera Pepe Ramón?... ¿Ni siquiera ése?

LUCINDA. Ninguno.

DON MARTÍN. ¡Bien! ¡bien! ¡No sé cómo no lloro! Una amistad nacida en la escuela... cambiando las meriendas a diario... mantenida luego a través de todas las cosas... ¡bien! ¡bien!

LUCINDA. Pues no concluyas de asombrarte.

DON MARTÍN. ¿Los parientes?...

LUCINDA. Te condenan sin remisión: tú eres el autor de tu desdicha; tú te la has buscado... Como si ésa fuese una razón para alejar toda piedad y todo deber suyo hacia nosotros.

DON MARTÍN. Eugenio... ¿también?

LUCINDA. Todos, papá, todos.

DON MARTÍN. ¡Pues a Eugenio le maté yo algunos días el hambre!...

LUCINDA. Pues dice que no es la cárcel lo que te mereces, sino el manicomio.

DON MARTÍN. ¡Vaya por Dios! ¡El manicomio... el manicomio!... ¿Y el primo Gaspar?

LUCINDA. Ese se encierra en que para él te has muerto. Te ha enterrado definitivamente, y así ya nunca le darás qué hacer.

DON MARTÍN. *Requiescat in pace.* ¿Y su hermano?

LUCINDA. Me salió con que si él tuviera... ¡Si él tuviera!... Tiene, pero lo esconde.

Pasa Pepa de izquierda a derecha por el pasillo del foro, curioseando.

DON MARTÍN. ¡Ay! Dios se lo pague a todos, ¿no te parece, niña? Estos son aquéllos... ¡aquéllos! ¡aquéllos!... ¿Eh? ¡Estos... son aquéllos! ¡Qué asco de mundo! Bien decías al entrar: ¡qué asco! ¡qué asco! ¡qué asco!

*...¡que quien mandaba tanto mundo vivo,
muerto no tuvo siete pies de tierra
donde dejar el cuerpo fugitivo!...*

LUCINDA. ¿Qué es eso?

DON MARTÍN. ¡Reflexiones sobre las mudan-

zas del mundo! ¡El último godo, que no me deja en paz! Dime, ¿le has dicho algo a tu novio?

LUCINDA. No; aún no. Disimulo ante él. ¡Ojalá no tenga que decírselo! Dios me ayude. Es quizá la solución de mi vida ese hombre. Y sé que es inflexible juzgando asuntos de intereses...

DON MARTÍN. Pues entonces haces bien en callar. ¡Que no lo sepa! ¡Que no lo sepa nunca! *Afligido.* ¡Y esto lo digo yo, a quien llamaban en Madrid *don Martín Quesesepa!* ¡Dios mío! ¡Dios mío! *Pausa.* Oye, ¿has vuelto a ver al usurero?

LUCINDA. No, porque es inútil. Ya ha presentado la denuncia. Tiene su idea fija: en el miedo a la cárcel, ve las tenazas con que hemos de forzar nosotros a parientes y amigos. No cede: no quiere más que su dinero. El pavor de perderlo lo hace aún más malo de lo que es.

DON MARTÍN. ¡Ah, verdugo miserable, mal-sín! ¡Pues no sabe una cosa ese gran villano! ¡No sabe una cosa! ¡No la sabe! Yo firmé el papelucho que me presentó sin mirar lo que hacía; pero seguro en mi conciencia de poder pagarle todo aquello, y dispuesto a pagárselo, como lo estoy ahora. ¡Juro por mi honor que he de pagarle hasta el último céntimo! Pero como me meta en la cárcel, como me deshonne... ¡que se despida de sus cuartos! ¡que se despida! ¡Deshonrado ya, adelante con los faroles! Les diré a tus her-

manos: “¡No le deis un real a ese timador, que no tenéis por qué! La casa es vuestra y sólo vuestra. ¡Yo no le debo un céntimo! ¡Bastante sangre chupa él ya, hasta de cuerpos muertos! ¡No le deis nada, no le deis nada!...” ¡Un hombre inicuaamente metido en la cárcel no se ha de andar con chupaderitos... no se ha de andar con chupaderitos... con chupaderitos!...

LUCINDA. ¡Ay! ¿Qué será de nosotros, papá? Yo sé que aún me queda que hacer algo... pero no veo claro qué cosa ha de ser. Mi corazón me alienta, sin embargo; me alienta siempre... Tengo fe todavía. ¿Llega alguien?

DON MARTÍN. Sí. Me voy a mi agujero. Ven conmigo.

LUCINDA. Espero a ver si es Honorata, que he de hablar con ella.

DON MARTÍN. No tardes. *Vase por la puerta de la izquierda rápidamente.*

Y no es Honorata quien llega, sino Salvatierra, un tanto agitado, y al que Pepa sigue.

SALVATIERRA. *Sorprendido al ver allí a Lucinda.* ¡Oh! ¡Señorita!...

LUCINDA. Señor mío...

SALVATIERRA. ¿Me reconoce usted?

LUCINDA. El señor Salvatierra, ¿no?

SALVATIERRA. Para servirla. Márchate, Pepa.

Pepa obedece y se va otra vez a cuidar de la puerta de entrada.

LUCINDA. No está Honorata; ni Juan Felipe...

SALVATIERRA. Ya lo sé. *Noblemente.* Vengo en busca de su padre de usted, señorita.

LUCINDA. ¿De mi padre?

SALVATIERRA. No le contraría que yo sepa... Me he enterado por casualidad, hace media hora, de la situación en que se ve, y celebro haberme enterado. Y usted también debe alegrarse de ello.

LUCINDA. ¿Por qué?

SALVATIERRA. Porque un azar, unas palabras oídas al paso me han dado a entender que ya no soy yo sólo quien ha descubierto el escondite.

LUCINDA. ¡Jesús!

SALVATIERRA. Alguien más lo sabe o lo sospecha—gentecilla capaz de todo—y conviene poner a salvo a don Martín.

LUCINDA. ¡Jesús! Pero ¿usted?...

SALVATIERRA. Yo le brindo mi casa como el mejor refugio... A nadie le pasará por las mientes que pueda estar en ella. Mi mujer y mi cuñada se ausentan esta misma tarde a Alcázar de San Juan, a ver a un pariente que, gracias a Dios, se está muriendo. Hay que decirlo así. Quedo sólo en mi casa. Allí podrá esperar su papá de usted unos días mientras despeja su horizon-

te. Estará peor que aquí, pero más oculto; enteramente oculto.

LUCINDA. *Conmovida.* Y usted, señor Salvatierra, ¿por qué hace esto? ¿Qué amistad o qué lazo le une a mi padre para obrar así?

SALVATIERRA. Lazo, en rigor, ninguno. Amistad, tampoco. Tuve el gusto de conocerlo hace años y de proponerle algunos negocios, que unos cuajaron y otros no. Nada; cosa corriente, que a ninguno de los dos nos obliga. Toma y daca. Pero soy así, Lucinda; soy así. Y así he de morirme. Carne de todos, sangre de todos; un pedazo del alma de cada prójimo que tropieza conmigo. El primer desconocido que me encuentro en la calle me pide que le haga un favor, y yo echo el bofe hasta conseguirlo. A él luego se le olvida o no se le olvida: eso para mí es secundario. Yo presté el servicio, y me basta. Ahora le toca a su papá de usted. Ante mí ha llorado un caballero como él, y yo no consiento que le clave las garras un bandido como el *Cerillero*. Esto es todo. ¿Le parece a usted raro, quizás?

LUCINDA. Y lo es. Nosotros no vivíamos solos en el mundo, ¿verdad? Pues hasta ahora nadie se nos acerca, nadie nos da la mano. Los amos de esta casa. Y usted, casi un desconocido, viene a ofrecer espontáneamente cosa que tanto vale... Es raro, es raro... ¿No ha de serlo?

SALVATIERRA. Bien, bien; no se aflija. Cuén-

tele usted esto a su papá, y dígale que arregle su hatillo, que así que anochezca volveré yo por él con un coche. Y luego, Dios dirá.

LUCINDA. *Estrechándole las manos.* Gracias... gracias...

SALVATIERRA. ¡Yo se las doy a mi destino! *Vase Lucinda por la puerta de la izquierda.* ¡Pobre criatura! ¡Qué efecto le ha hecho una cosa tan natural!... Y ¿quién iba a decirle...? Vamos ahora, ante todo, a ver partir el tren que ha de llevarse a *doña Perpetua*, porque hasta que no pase de agujas no hay momento seguro.

Va a marcharse, cuando por la puerta del foro llega Adriano con Pepa.

PEPA. Paze usté.

SALVATIERRA. ¿Quién? *Descubriendo un mundo en el recién llegado.* ¡Oh!...

ADRIANO. Buenas tardes.

SALVATIERRA. Buenas tardes.

PEPA. Zienteze usté y espere un momentito. Me encargó la zeñora que zi usté venía me yegara a avizarle a la tienda. La tienda está ahí a un pazo.

ADRIANO. Bueno.

PEPA. *A Salvatierra.* No le digo na a la zeñorita, porque me dijo antes que ze iba a encerrá en zu habitación. Le dolía la cabeza.

SALVATIERRA. Sí, sí; no le digas nada. Vé a la tienda en un soplo. Yo me quedo mientras acompañando a este señor. *Adriano agradece con un gesto. Pepa se va.* Siéntese usted.

ADRIANO. Estoy bien; gracias.

SALVATIERRA. Siéntese usted. *Se sientan ambos. Pausa.* ¿Un cigarrillo?

ADRIANO. Mil gracias; no fumo.

SALVATIERRA. Usted no me recuerda.

ADRIANO. No, señor; la verdad.

SALVATIERRA. No, si no es extraño, porque no me ha visto usted en su vida. Yo, en cambio, a usted... ¿Quién no conoce a usted? Sobre todo, de algún tiempo a esta parte. *Adriano sonríe, halagado.* Sus triunfos escénicos le han hecho en tres años popular; querido de todos... Ha traído usted al teatro oro viejo, de ley. Yo amo el teatro romántico. Me parece cosa tan nacional, tan de la raza... Fondo y forma; porque mire usted que el verso castellano!... Y usted tiene en su pluma toda la magia del idioma.

ADRIANO. No me avergüence usted...

SALVATIERRA. Yo lo he seguido a usted, desde su aparición, como a un ídolo. Y hasta hemos hecho un viaje juntos.

ADRIANO. ¿Sí?

SALVATIERRA. Usted en primera y yo en tercera; pero en el mismo tren. Luego yo pasé a su departamento, porque se llenó todo. Iba usted

para Barcelona a estrenar *La Torre de Juan Segundo*. ¡Qué drama más hermoso! ¡Oh!

ADRIANO. Le ruego a usted que...

SALVATIERRA. *Evocando.*

“Duerme Segovia: la luna
vigila el sueño del rey...”

ADRIANO. Pero ¿sabe usted versos de mis obras?

SALVATIERRA. Algunos papeles podría decírselos a usted completos.

ADRIANO. ¿Pues?

SALVATIERRA. Tengo un hijo actor, y suelo tomárselos de memoria. Y como mi memoria es mejor que la suya, me quedo con ellos antes que él.

ADRIANO. ¿Un hijo actor? ¿Cómo es su apellido?

SALVATIERRA. Por naturaleza, Salvatierra. Pero en el teatro se llama Somoza. Leonardo Somoza.

ADRIANO. ¡Ah! ¡Somoza! No lo he visto nunca, pero me han hablado mucho de él. Va ganando crédito.

SALVATIERRA. Eso es lo único que gana hasta ahora. Mire usted un retrato suyo. *Lo saca de su cartera y se lo muestra.*

ADRIANO. Está bien: es simpático.

SALVATIERRA. Él es algo mejor; porque hasta en los retratos pierde. ¡Je!

ADRIANO. ¿Por dónde anda?

SALVATIERRA. Por donde siempre: por los pueblos. De *capcas* teatrales. Todavía apenas si ha pisado más que alguna capital de tercera. Pero se ha empeñado en ser cómico. Y le dá por los dramas. Se muere en escena todas las noches: de apoplejía, por envenenamiento, de estocada o de pistoletazo; la cuestión es morir. ¡Ya ve usted qué vida! Eso sí: como a todo el que se muere lo aplauden siempre, él se va a diario a la posada a dormir su ovación.

ADRIANO. Y satisface su afición el hombre.

SALVATIERRA. Una afición loca, ciega. Veremos en qué para. Si le hubiera dado por escribir, por ser autor, aunque fuese malo, ganaría algún dinero... viviría más tranquilo. Y yo también. Sin contar con la colaboración indirecta que podría prestarle.

ADRIANO. *Interesándose por el tipo.* ¿Usted?

SALVATIERRA. Sí, señor; yo. No porque escriba, sino por el mundo que conozco, por los hechos que he visto, por las cosas que sé... Él día que se le ocurra a usted escribir una obra de Pascuas, por humorada, por capricho—ya sé que usted no cultiva ese género—, búsqueme usted a mí, que le voy a dar un asunto para que la gente se desternille de risa.

ADRIANO. Lo agradezco.

SALVATIERRA. Sin interés ninguno: ¡el arte por el arte! Óigalo usted en dos palabras: un marido infeliz, que todos los días lleva a su casa conocidos y amigos, a ver si alguno le roba a su mujer.

ADRIANO. ¡Ja, ja, ja!

SALVATIERRA. ¡Y no se la roba ninguno en los tres actos! ¿Qué me dice usted de la situación de ese hombre?

ADRIANO. Que es muy graciosa. Un poco inverosímil quizás... pero eso en las obras de Pascuas...

SALVATIERRA. ¿Inverosímil?

ADRIANO. Un poco...

SALVATIERRA. ¿Ve usted? ¡Pues ése es mi caso! ¡Arrancado de la realidad! ¡Puede usted atestiguarlo si escribe la obra! ¡Mi caso! ¡mi caso! ¡Yo soy ese marido!

ADRIANO. ¡Ja, ja, ja! Una vez más quedo convencido de que por mucho que invente un poeta... la vida inventa más.

SALVATIERRA. ¡Uh! ¡La vida! ¡La vida sí que escribe comedias! Y ¡yo sé tanto de la vida! Pregúntele usted a su futuro suegro por los *argumentos* de Salvatierra.

ADRIANO. ¿Conoce usted a don Mariano?

SALVATIERRA. ¡Mucho! Háblele usted de mí. Y a su hija también la conozco.

ADRIANO. ¿A mi novia?

SALVATIERRA. A Julita; sí. El piano que tiene Julita se lo vendí yo.

ADRIANO. ¡Qué casualidad!

SALVATIERRA. ¡La vida! Va usted bien a ese matrimonio; va usted bien. Ella es encantadora.

ADRIANO. Gracias en su nombre.

Pausa. Salvatierra lo mira, y se decide a afrontar el asunto en que piensa desde que apareció Adriano.

SALVATIERRA. ¿Tarda Honorata?

ADRIANO. No me importa. Estoy muy distraído oyéndolo a usted.

SALVATIERRA. He procurado no hacerme antipático. También me honro con el conocimiento de su padre de usted.

ADRIANO. ¿También?

SALVATIERRA. Cuando más lo ví y lo traté fué hace unos años, cuatro o cinco años, en casa de aquel buen don Martín de la Gavilla...

ADRIANO. *Mortificado por el recuerdo.* ¡Ah, ya!

SALVATIERRA. ¿Qué ha sido de aquella familia; usted sabe?

ADRIANO. Nada. Es más: no me importa.

SALVATIERRA. ¿No le importa a usted?

ADRIANO. Nada. Es gente a la que separé de mi vida.

SALVATIERRA. Pero eso ¿puede hacerse?

ADRIANO. Yo, sí. La prueba es que lo he hecho. Después de unas escenas muy dolorosas y muy desagradables que tuve con el padre y la hija soltera...

SALVATIERRA. ¿Lucinda?

ADRIANO. Lucinda, sí. Después de aquello salí de la casa para no volver nunca. Luego, en la calle, vi que esquivaban mi saludo. Como el mío valía más, me alegré. Y los eché a un lado, ya digo. No es odio esto: es desafecto, desencanto, frialdad... El odio es sentimiento activo; enciende, persigue... Esto, no: esto sepulta, aleja...

SALVATIERRA. Siento haber tocado...

ADRIANO. No, no. De todo se ha de hablar.
Vuelve Pepa.

PEPA. Ya viene la zeñora. Dice que lo dispenze usté un poquito, pero que no ze vaya.

ADRIANO. No me voy, no; la espero.

PEPA. Ezo me ha dicho eya. Con permizo.
Retírase.

SALVATIERRA. Pues a mí ha de dispensarme usted también, pero ya no puedo detenerme más tiempo. Si en el asunto que aquí lo trae me necesita para algo...

ADRIANO. No, señor; gracias. Es una cosilla particular entre esta gente y yo. El rescate de una alhaja que fué de mi madre y que por casualidad conservan ellos.

SALVATIERRA. ¡Ah! ¡Un relojito de esmalte morado! Lo he visto, sí. Honorata lo tiene. *Ofreciéndoselo*. A su disposición, señor mío: Regino Salvatierra, Reyes, 19; mándeme usted como amigo y como admirador.

ADRIANO. Igualmente me ofrezco a usted como admirador y como amigo.

SALVATIERRA. *Sonriendo*. ¡Poco tengo yo que admirar!

ADRIANO. Pues yo lo admiro a usted desde hoy.

SALVATIERRA. Gracias. A su disposición, repito. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha, expresando con un mohín que le ha fallado la intención que tenía.*

ADRIANO. ¡Qué hombre éste más extraordinario! ¡Qué tipo! ¡Llevar amigos a la casa para que le roben a su mujer! ¿Cómo será ella? ¡Ja, ja, ja! *Pausa. Curiosease la habitación en silencio y se asoma luego al pasillo del foro.*

En tal instante sale Lucinda.

LUCINDA. ¿Se ha ido este señor?

Encaminase a la puerta del foro a tiempo que vuelve hacia el comedor Adriano. Ambos experimentan al verse de improviso sentimientos iguales de sorpresa, desconcierto y contrariedad.

ADRIANO. ¡Lucinda!

LUCINDA. ¿Usted?

ADRIANO. No sabía...

LUCINDA. Yo tampoco...

ADRIANO. Espero a Honorata...

LUCINDA. Yo también... Buscaba, además, a otra persona.

ADRIANO. ¿Al señor Salvatierra?

LUCINDA. Sí.

ADRIANO. Se ha marchado ahora mismo... Aún será tiempo... ¿Quiere usted?...

LUCINDA. No. Gracias.

ADRIANO. Justamente con él he hablado de usted... de ustedes... y nada me advirtió...

Silencio enojoso.

LUCINDA. Me vuelvo allá dentro...

ADRIANO. ¿Es que le mortifica a usted mi presencia?... Porque en ese caso... *Hace ademán de irse.*

LUCINDA. ¿Le mortifica a usted la mía?

ADRIANO. No, por cierto.

LUCINDA. ¿Quién soy yo para tanto! ¿Verdad?

ADRIANO. No. Sea usted quien sea, no me mortifica. Su sola presencia no me ha mortificado nunca. Sus palabras... algunas veces.

LUCINDA. Por eso me iba ahora.

ADRIANO. Pues no se vaya usted si no es más que por eso. Ya que aguardamos los dos a la misma persona, en su propia casa, aguardémosla juntos. ¿Por qué no? ¡Al cabo del tiempo que no

nos vemos!... ¡Cuando en todo pensábamos los dos menos en encontrarnos!... Al menos yo...

LUCINDA. Yo a mil leguas más.

ADRIANO. A mí me gusta aprovechar todas las enseñanzas de la vida, y esta súbita aparición de usted, ocurrida en este momento, no se me olvidará de seguro.

Pausa.

LUCINDA. ¡Cuántas mudanzas en tan pocos años!... ¡Cuántos vendavales!... Digo, para usted, aires de triunfo. Para nosotros, ráfagas de desdichas. Claro que ya mudará el viento. No hay vida que no sufra estos cambios. Pero, al presente, ya ve usted: de la legión de nuestros amigos, sólo estos criados y ese buen hombre que se acaba de ir, son los que nos quedan. ¿Es esto lo que mi repentina presencia le ha enseñado a usted?

ADRIANO. No. Ha sido algo más íntimo. Esto otro no necesitaba aprenderlo, porque hace tiempo que lo sé. Nadie debe confiar en que tiene amigos, y en legión, mucho menos...

LUCINDA. ¡Oh! Pues usted ahora tendrá miles...

ADRIANO. Sí; como los de ustedes... Gente que me rodea, que me sigue, que me halaga, que me adula, aunque yo no me deje... que me explota o me quiere explotar, que se aprovecha de mi sombra o se calienta en los troncos de leña que enciendo yo... Pero ¿amigos? ¿Quién tendrá más

de uno! Y a veces, a ese uno, ¿no somos tan ciegos o tan vanos que no lo queremos oír si su voz es advertencia o recriminación y no halago o caricia? Pues a ese leal amigo es al que, con el tiempo, vengan sin querer los falsos, los traidores, volviendo las espaldas.

LUCINDA. ¿Qué pronto me ha recordado usted que fuimos injustos con su padre!

ADRIANO. No dé usted esa interpretación a mis palabras.

LUCINDA. ¿Cree usted que tienen otra? Pero pienso que la catástrofe de mi casa es bastante castigo a nuestros errores.

ADRIANO. ¿Y su padre de usted?

LUCINDA. Anda estos días por el extranjero. ¿Y el de usted?

ADRIANO. Trabajando siempre, aunque yo quiera que descanse. Ya es viejo el pobre; ya es natural que se siente a mirar el camino andado. Usted sabe que ha sido largo y espinoso.

LUCINDA. Ahora puede usted sembrarle de flores el que aún le quede que recorrer.

ADRIANO. ¿Si pudiera!... Pero esta primavera que yo disfruto suele durar poco.

LUCINDA. No tan poco... Cultívela usted bien.

ADRIANO. No depende de mi cultivo... Es que la gloria es tornadiza; la opinión, voluble... ¿Cuándo se cansará de mí, como se ha cansado de tantos, haciéndoles probar el acíbar de los más terribles desdenes?

LUCINDA. Tanto más amargos ¿verdad? cuanto más dejo de la miel se conserve en la boca.

ADRIANO. El padre de mi novia es ejemplo bien elocuente.

LUCINDA. ¿Quién?

ADRIANO. Esquivel.

LUCINDA. ¡Ah!

ADRIANO. Sí; tengo relaciones con Julita. Pues don Mariano, ya ve usted, maestro de dos generaciones, ídolo del público hace diez años, vive entristecido y lleno de amargura... El último descalabro teatral, en que parecía que la gente quería cobrarle con usura todos los aplausos de su larga carrera, fué cruel, despiadado, inícuo. Se olvidó su historia, su labor, su nombre, sus años... Y el maestro se encerró en su casa con dolor incurable... Los desaires de una mujer duelen mucho... pero ¡los de la gloria, por lo visto...! No rompió la pluma, eso no: Julia me ha dicho que aún escribe... sino que esconde lo que escribe. "Esta es Castilla, que hace a los hombres y los gasta."

LUCINDA. Lo oigo a usted, y no me parece que está hablándome el mismo hombre a quien yo conocía; aquel muchachillo irritable, rebelde...

ADRIANO. Pues el mismo soy, pero un poco domado...

LUCINDA. ¿Por la victoria?

ADRIANO. No; por la lucha, primero. La lucha me ha limado muchas aristas; especialmente aquella altivez de héroe calderoniano de que us-

ted tanto se burlaba. ¡Qué contrasentido! En los días de oscuridad y de privaciones era soberbio y arrogante; hoy, en las horas del engreimiento y del aplauso, me sublevo contra mí mismo cuando me sorprendo en un arranque de exasperación o de gallardía presuntuosa. ¡De ayer a hoy!...

LUCINDA. ¡Sí que es inesperado! Porque suele ocurrir cosa muy distinta. La altura embriaga... Y quien por alcanzarla ha batallado mucho, al verse arriba parece como si quisiera vengarse de todo y de todos.

ADRIANO. Según... Yo, desde luego, no. *Silencio.* ¿Conoce usted alguna de mis obras?

LUCINDA. Sí. Estuve en el estreno de la primera de ellas.

ADRIANO. *¿El paje de la Reina?*

LUCINDA. Sí. Pero fui al teatro sin saber que era de usted la obra, ni siquiera que se estrenaba. Vivía yo entonces tan fuera de mí misma...

ADRIANO. Pues yo, en cambio, supe desde el primer instante que estaba usted allí, y le pedí a Dios una noche gloriosa.

LUCINDA. Lo entiendo. Ahora se ha parecido usted más a aquél.

ADRIANO. Y usted menos a aquélla.

LUCINDA. Pero sabiendo que asistí a aquel estreno, ¿cómo me ha preguntado usted si conozco...?

ADRIANO. *Sonriendo.* Por... por venir a hablar de ello de alguna manera.

LUCINDA. Ya. También conozco, porque me la llevó Pilar para que la leyese, *La Torre de Juan Segundo*. ¡Qué éxito, Adriano! ¿Habrá muchacha de Segovia que no haya aprendido de memoria los célebres versos de la noche de luna?

ADRIANO. Sí; alguna habrá... *La Torre de Juan Segundo* es la obra de mis amores... por las horas en que la compuse, por las circunstancias en que nació. ¿Quién lo diría, no siendo poeta?... ¡Aquella evocación de los reinados del padre y del hijo, de tanta brillantez y riqueza, de tanta gala, de tal fausto y derroche!... ¡Los torneos, las justas, los pasos de armas, la concurrencia de infantes y de embajadores de todo el mundo; lanzas y tizonas, rodela y broqueles, brocados y plumas, paredes de damasco y techos de oro... vanidades y grandezas humanas!... ¡Oh! Todo esto lo manejaba yo a mis anchas en un entresuelo sin luz y sin aire, ignorando lo que iba a comer cuando dejase las cuartillas, y oyendo los gritos de mis compañeros de hospedaje, tan pobres y visionarios como yo... Así escribí *La Torre de Juan Segundo*. Ningunas horas como aquéllas. *Lucinda se ha conmovido a su pesar y se enjuga los ojos. Al verla él, maquinalmente exclama acercándosele: ¡Julia!*

LUCINDA. *Agraviada.* ¡Lucinda!

ADRIANO. ¡Perdón!

Un largo silencio. De la calle llega presurosa Honorata, quien, al ver a Adriano, sin hacer caso

ninguno de Lucinda, se deshace en frases de al-
mibar y en cumplidos.

HONORATA. ¡Discúlpeme usted un millón de
veces! ¡Una parroquiana pesadísima: la marquesa
de la *Fiesta del Arbol*!

ADRIANO. No hay de qué, Honorata.

HONORATA. ¿No ha de haber? ¿Es que todos
los días viene a mi casa un personaje tan persona-
je? ¿Y Hortensia? ¿Qué ha hecho que no ha sali-
do? ¡Y la criada, tan zafia, que lo mete a usted
en este comedor, que es un almacén de trastos
viejos! ¿Para cuándo se deja la sala? Venga us-
ted, venga usted por aquí... ¡Dios mío! ¡Lo que
va a sentir Juan Felipe!... Venga usted, venga
usted... ¡Qué orgullo! ¡Una gloria nacional en mi
casa!

ADRIANO. Honorata, ¡por Dios!

HONORATA. ¡Nada, nada; las cosas por su
nombre! ¡Gloria nacional y de las más grandes!
Por aquí, por aquí... Pase usted, Adriano, pase
usted... *Éntrase por la puerta de la derecha gri-
tando.* ¡Hortensia! ¡Hija mía! ¡Hortensia!

ADRIANO. *Saludando respetuosamente a la mu-
chacha.* Lucinda...

LUCINDA. Adiós, Adriano. *Vase él tras Hono-
rata. Ella, sola ya, rompe en un sollozo, diciendo:*
¡De ayer a hoy!...

ACTO TERCERO

Gabinete de confianza en casa de Rufo Rufo, en Madrid. Dos puertas al foro y una a la izquierda del actor. Balcón a la derecha. Muebles sencillos, modernos y de buen gusto. Es por la tarde. A través de los cristales del balcón entra el sol de mayo.

Sabina, doncella de dilatada historia, lee un periódico, como si fuera el ama de la casa.

SABINA. “Choque de trenes en Inglaterra. Quince muertos y cuarenta heridos.” ¡Jesús! “Aeroplano destrozado en Getafe.” ¡Vaya por Dios! “Mata a su novia y se suicida.” ¡Qué bruto! “La huelga de los carpinteros.” “La huelga de los albañiles.” La huelga de los metalúrgicos.” ¡Nada! ¡Que nadie quiere trabajar! “Sindicato de puntilleros.” ¡Virgen! ¡Qué tiempos corren! ¿Hasta para dar la puntilla va a haber cosas de éstas? “La vuelta al mundo en doce horas.” ¡Qué barbaridad! Vamos a leerlo. “Telegrafían de Nueva York...” ¿Quién viene? *Se levanta.*

Por la puerta de la derecha del foro aparece nuestra amiga Honorata, convertida en la imagen de la melancolía. Trae hábito del Carmen y velo.

HONORATA. Buenas tardes.

SABINA. Muy buenas.

HONORATA. ¿El señor letrado?

SABINA. No está; pero vendrá en seguida. Pase usted al *buffet*.

HONORATA. ¿Al *buffet*?

SABINA. Al bufete. Yo lo digo en francés.

HONORATA. ¡Ah, vamos! Me espera, ¿verdad?

SABINA. Sí, señora, sí. Por esta puerta. *Le señala la de la izquierda.*

HONORATA. Ya, ya sé el camino.

SABINA. ¿Hace mucho tiempo que no ve usted a doña Teresita Ramos?

HONORATA. ¿Conoce usted a Teresita?

SABINA. Sí, señora. Estuve en su casa tres meses de doncella. Y de allí la recuerdo a usted.

HONORATA. Pues no he vuelto hace un siglo. No voy a parte alguna. ¡Mis penas!

SABINA. También solía usted ir a la perfumería de *La borla azul*.

HONORATA. Sí; también. ¡Ay!...

SABINA. Yo serví en la casa de cocinera tres semanas. Me fuí porque me mareaban tantos perfumes. ¿Sabe usted lo de doña Hipólita? ¡Le ha salido rana el marido! ¡Estaba visto eso!

HONORATA. *Ahogando un sollozo.* ¡Se dan ranas!

SABINA. ¿Y el de usted, señora?

HONORATA. *A punto de llorar.* ¡En el charco... y ya digo bastante! *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

SABINA. ¡Pobre mujer! ¡Sí que le debe de pasar también algo gordo; porque ella era muy estrepitosa vistiendo y ahora viene como una beata!... ¡Qué mundo éste!—Aquí está el señorito.

Y como si nada glosara mejor el pensamiento de Sabina, llega de la calle por la puerta de la derecha del foro Rufo Rufo. Trae de cada mano a una niña, ninguna de las cuales pasa de cinco años.

RUFO. ¡Ea! Ya dimos la vuelta. Id ahora a contarle a mamá el paseo. Andad, ricas, andad. *Las besa y las lleva hacia la puerta de la izquierda del foro, por donde se marchan.* Hace calor. No parece que estamos en mayo. ¿Ha habido algún correo esta tarde?

SABINA. Sí, señor: estas tres cartas y este periódico.

RUFO. *Tomándolos.* ¿Quién me mandará a mí “El Eco de Algodonales”? ¿Qué tengo yo que ver con Algodonales? ¡Me ahogan los papelotes ya! ¿Vino esa señora?

SABINA. No hace dos minutos. En el despacho aguarda a usted.

RUFO. ¡Y que iba a faltar ella! ¡Valiente sinapismo! Llévale un periódico para que se entretenga, y dile que ahora voy. ¡Tengo derecho a sentarme un rato!

SABINA. Es verdad; que no para el señorito materialmente. *Se va con el periódico donde ha*

leído tanto desastre, para aliviar el ánimo de la desolada Honorata.

RUFO. No lo sabes tú bien. Por las noches, en la alcoba, no me ves arrullando a las crías. A ver si el correo me trae alguna buena nueva. *Abre un sobre.* Sí, sí; ¡ya escampa! *Lee la carta para sí y la comenta luego.* ¡Claro! ¡Te quedaste con lo que no es tuyo, y ahora, que te lo arregle yo! ¡Para pagarme al postre con una gallinita en Pascuas! ¡Los hay desahogados! *Abre otro sobre.* ¡Caramba! ¡Creí que te habías muerto! ¡Vaya! No me pide más que doscientas pesetas. ¡Como si yo robara lo que gano! Bueno, ésta se ha perdido. *La rompe.* ¡Cómo andan los Correos ahora! *Va a abrir la última y bosteza.* ¡Natural! ¡Si no pego un ojo! *Se la guarda.* Luego dirá lo mismo. *Se levanta nervioso, porque hace ya un ratito que está oyendo probar una flauta descompuesta en el interior.* Pero ¡caramba! ¿Qué música es esa? ¿Quién demonios toca? ¡Ah! ¡Pues si es mi suegro! *A don Martín, que sale por la puerta de la izquierda del foro probando una flauta.* ¿Qué hace usted, hombre, qué hace usted?

DON MARTÍN. ¡Hola, Rufillo! ¡Psche! Matar el tiempo como puedo. Mira tú lo que son las cosas: tanto cambio como ha habido en mi casa y en mi vida, y todavía se conserva esta flauta, que data de mi abuelo Agustín. Puede que de entoces no quede ya más que la flauta. Pero ¿quién la ha guardado siempre? Y ¿dónde? Y ¿cómo? ¡Qué

cosas! Ahora voy yo a ver si la arreglo... Se le va el aire por no sé que sitio. Esta llave, esta llave... *Sopla a ver si suena, aunque sea por casualidad.*

RUFO. ¡Pues sí que estamos en la Arcadia! Y ¿no tiene usted otra cosa que hacer?

DON MARTÍN. ¡Ojalá tuviera! ¡Pero si, además, no me dejáis! Yo comprendo que tengo mala mano; que no la pongo en cosa alguna que no me estrelle...

RUFO Y ¿quiere usted arreglar la flauta?

DON MARTÍN. Sí; como no sirve para nada, puede que lo haga bien. Estoy convencido de que tiene razón Salvatierra: yo soy un *teórico*. ¿Comprendes? Un *teórico*. Concibo, imagino, planeo... y cuando voy a ejecutar, ¡plancha! ¡Un *teórico*!

RUFO. ¡No crea usted que no he dejado yo de ser también un *teórico*!

DON MARTÍN. ¡Hombre! ¡Ahora que me acuerdo! Antes que se me vaya de la cabeza. Perdóname la vanidad: le llamo cabeza a esta piña vacía. He visto dos o tres días en tu despacho a Adriano Solís...

RUFO. Sí, señor; me ha encargado un asunto.

DON MARTÍN. ¿De bufete?

RUFO. Sí.

DON MARTÍN. ¿Algún lío de teatros?

RUFO. No; es un pleito con una casa de películas. Un contrato incumplido...

DON MARTÍN. Y ¿cómo se ha acordado de tí?

RUFO. ¡Qué sé yo! ¡En buen hora! ¿Es que no merezco...?

DON MARTÍN. Sí, hombre, sí; no te ofendas.

RUFO. Le he agradecido mucho la confianza... y el favor. Me dará cartel y dinero, si gano el asunto. Que sí lo gano. ¡Y todo es poco en esta casa!

DON MARTÍN. Todo es poco, sí; todo es poco. Poco, poco, poco, poco... ¡Te ha caído la helada con esta familia! ¡Te ha caído la helada! *Enterneciéndose de súbito.* ¡Don Martín de la Gavilla viviendo a costa de su yerno! ¡He perdido hasta la dignidad!

RUFO. Papá, no diga usted majaderías. Hágalas usted, pero no las diga. Váyase, váyase a componer la flauta.

DON MARTÍN. ¿Lo ves? ¡Un *teórico!* Cuando me ocurren ciertas cosas, me acuerdo siempre... me acuerdo siempre... ¿De qué me acuerdo siempre?... ¡Pues no me acuerdo ahora! Esto ya no es cabeza; es una fosforera... sin fósforos. ¿Eh? ¡Sin fósforos! Ahí viene tu media naranja... con las dos mandarinas gemelas que te acaba de regalar. Dices bien: todo es poco, poco, poco... ¡Todo es poco!

Por la puerta de la izquierda sale Rosenda, niñera asturiana, empujando el cochecito en que van a paseo las dos nenas a que se ha referido don Martín. Detrás sale, en traje de calle, Pilar,

su fecunda hija, hoy esposa de aquel hombre que tanto la irritaba en tiempos.

PILAR. Rufo.

RUFO. ¿Qué quieres?

PILAR. Fíjate ahora en las nenas. Con estos gorrillos, cuesta trabajo distinguirlas. ¿Cuál es Rufita y cual es Pilarín?

RUFO. *Embelesado contemplándolas.* Sí que es difícil, sí. Vas a tener que marcarlas, como los pañuelos.

DON MARTÍN. ¡Ja, ja, ja!

ROSENDA. ¡Llaman la atención por las calles estas criatures! ¡Son tan mones!

RUFO. Bueno, bueno; pero no consienta usted que nadie me las besuquee.

ROSENDA. Descuide el señorito.

PILAR. Ya se lo tengo yo bien recomendado.

RUFO. ¿Y las otras?

PILAR. Tan contentas de su paseo. ¡No les gusta salir ahora más que contigo!...

RUFO. Y yo me alegro mucho. Así no me dirás que las quiero menos que a éstas, porque no son mías.

Don Martín se acerca a las niñas y les toca la flauta.

DON MARTÍN. ¡Mira, mira cómo se ríen! ¡Les ha hecho gracia la musiquilla!

PILAR. ¡Mira, Rufo, mira! ¡Mira qué encanto!

RUFO. ¡Je!

ROSENDA. Son muy *riques*, muy *riques*.

PILAR. *A doña Teclita, que viene por la puerta de la izquierda del foro, también dispuesta para la calle. Abuela, mire usted. Toca papá la flauta y se ríen estas monas.*

DOÑA TECLITA. A ver, a ver... ¡Tesoro de su bisabuela!

Don Martín vuelve a hacer lo mismo, y ahora se ríen todos.

ROSENDA. ¡Qué salades son!

PILAR. ¡Ea! pues a tomar el sol un ratito. *Las besa.* Sin salir de delante de casa; que el señorito la ve a usted desde su despacho.

ROSENDA. Nunca me alejo; no quiero luego riñes. *Se va con las niñas por la puerta de la derecha del foro.*

DOÑA TECLITA. ¡Ay, qué dos perlas de biznietas me ha dado Dios!

RUFO. ¿Dos, abuela? ¡A ver si se enfada Pilar!

DOÑA TECLITA. Dos más, hombre. Ahora se habla de éstas. ¡Quién las verá hechas mujercitas! Yo, por supuesto, no. El asma va a acabar conmigo. Caeré con la hoja este otoño. Pero ¡quién las verá!

DON MARTÍN. ¡Usted, abuela, que lleva trazas de enterrarnos a todos!

DOÑA TECLITA. ¡Ca, hijo, ca! Tú no sabes cómo anda ya esta máquina.

DON MARTÍN. ¡Eso le estoy oyendo decir a usted hace cuarenta años!

RUFO. ¡Y yo desde que la conozco!

DOÑA TECLITA. Calla tú, que puedes hablar menos que nadie. Como me desvelo tantísimo, ¡si vieras lo que yo gozo por las noches cuando te oigo calentar la leche para el biberón!

RUFO. ¡Je!

DOÑA TECLITA. ¡El enemigo de la mujer, y del matrimonio, y de los chicos! ¡Toma, toma! ¡Se casa con una viuda que tiene ya dos hijas, y en el primer parto le trae otras dos! ¡Y lo que queda!

PILAR. Abuela, no nos asuste usted.

DOÑA TECLITA. Por hablador, por hablador te pasa esto. Y no vais a tener más que niñas.

RUFO. ¡Abuela!

DOÑA TECLITA. Yo no lo veré; pero irás al Retiro con diez o doce por delante...

PILAR. ¡Ánimas benditas!

DOÑA TECLITA. A ver si sacan novio. ¡Toma, toma! Por hablador. ¡Y deseando casarlas! ¡Tú! Ya digo que yo no lo veré... Pero, en fin... con lo que llevo visto, no necesito ver nada más. Me marchó a mi novena. *A Rufo.* ¡Cuánto te agradezco que te hayas mudado a este piso bajo! Las escaleras me horripilan, y con los ascensores no puedo. Quedaos con Dios.

RUFO. Vaya usted con Él y rece por nosotros.

DOÑA TECLITA. *A don Martín, a tiempo de*

irse. Tú, deja ya la flauta dichosa y pásate al violón, que es lo que te cuadra. *Se va por la puerta de la derecha del foro.*

DON MARTÍN. *Distraído.* ¿Qué me ha dicho?

PILAR. Nada, papá. Sus cuchufletas.

DON MARTÍN. ¡Ah, sí! Sus cuchufletas... Nos entierra a todos. *Tocando la flauta.* Ya, ya voy dando en lo que tiene. Esta llave, esta llave... ¿Dónde he puesto mi cortaplumas? ¡Ya voy dando en ello! ¡Ya voy dando! *Vase por la puerta de la izquierda del foro toca que toca.*

RUFO. ¡Cristo!

PILAR. ¿Qué?

RUFO. ¡Que hay ahí una pobre señora esperándome y se me había olvidado! ¡Con estos cuadros de familia!...

PILAR. ¿Reniegas de ellos?

RUFO. ¡No, mujer! ¡Es que estoy de pie desde las siete de la mañana, barajando cosas distintas, y cuando llegan estas horas ya no rijo a derechas! ¿Quieres algo?

PILAR. Ahora no. *Con mimo.* Luego tengo que decirte una cosa.

RUFO. ¿Luego?

PILAR. Sí; luego. Una cosa.

RUFO. ¿Eh?

PILAR. No te alarmes; no es eso que se te ha ocurrido.

RUFO. ¡Pues si no es eso, venga lo que venga!

Éntrase por la puerta de la izquierda.

PILAR. ¡Es más bueno que el pan!

Sale Lucinda por la puerta de la izquierda del foro.

LUCINDA. ¿Qué me querías tú?

PILAR. Animarte para que te vinieras a la calle conmigo.

LUCINDA. Pues no me animo; gracias.

PILAR. Y ¿para quedarte en casa te has compuesto tanto?...

LUCINDA. A cualquier cosa le llamas compuesta.

PILAR. ¡Ah! ¿no lo es?

LUCINDA. Restos del pasado esplendor... 'Trajes viejos... que ahora parecen nuevos. Habilidades de mujer casera.

PILAR. ¡Jesús! ¿Es ésta Lucinda?

LUCINDA. Esta, ésta es Lucinda.

PILAR. Pues yo me voy de compras.

LUCINDA. Pues menos te acompañe, entonces.

PILAR. ¿Y eso?

LUCINDA. Me estoy curando de muchas vanidades; de muchas tentaciones... pero ir de tiendas con poco dinero es un esfuerzo todavía superior a mi voluntad. Además, Madrid en este mes de mayo y a estas horas en que se echa a la calle el lujo, es muy peligroso... Seguramente se animaría dentro de mí, creyéndose que volvía

a alimentarlo, un diablejo a quien quiero matar para siempre.

PILAR. ¿No digo? ¿Vas a acabar en mística?

LUCINDA. Me detendré en discreta... si llego. Cada día quiero parecerme más a tí.

PILAR. Muchas gracias. ¡Oídos que tal oyen!...

LUCINDA. Ahí verás. ¡Cosas de la vida! A mí tu felicidad me parecía prosaica, poco menos que despreciable, y ahora la envidio. Fuiste muy dichosa con tu primer marido; pasaste luego noblemente por la pena de la viudez, y cuando vino el cataclismo de nuestra casa, te salvaste en brazos de este otro hombre. Y nos salvaste a todos.

PILAR. Es cierto: este hombre es un santo.

LUCINDA. San Rufo, sí; hay que reconocerlo.

PILAR. Te confieso que a mí me conmueve su bondad. Gracias a ella, y gracias a su talento, a su orden y a su trabajo, vamos saliendo del atolladero. Ha recogido la herencia de nuestra ruina y nos saca a todos adelante. No hay así muchos hombres.

LUCINDA. O puede que los haya y que no se sospeche... Porque Rufo mismo...

PILAR. Dices bien. Y ¿es en esto en lo que deseas parecerte a mí?

LUCINDA. En esto más que en nada.

PILAR. ¡Camino llevas!

LUCINDA. ¿Por qué?

PILAR. Mujer, eras novia de un íntimo amigo de Rufo; de un hombre bueno, trabajador y muy

enamorado de ti; de un hombre que de seguro te haría dichosa... y de la noche a la mañana, sin que nos lo expliquemos, lo despides y acabas con él. ¿Qué lógica hay en tu conducta?

LUCINDA. Pues hay lógica.

PILAR. Chica, no la entiendo. *Pausa.* ¿No te gusta del todo, quizá?

LUCINDA. Me gustaba más que me gusta.

PILAR. ¿Hay algún otro hombre por medio? Porque no siendo así...

LUCINDA. Hay otro.

PILAR. ¿Me dejas con la boca abierta! Nada he traslucido.

LUCINDA. Nada he dejado yo que trasluzca nadie... a no ser él.

PILAR. ¿Él? ¿Quién es él?

LUCINDA. ¡Ay, qué difícil es callar!

PILAR. ¿Quién es él?

LUCINDA. Quien menos puedes figurarte: Adriano Solís.

PILAR. ¡Muchacha! ¿El escritor?

LUCINDA. Ese.

PILAR. Pero ¡si va a casarse! ¡Tú misma me lo has dicho!

LUCINDA. También iba a casarme yo.

PILAR. ¡Lucinda! ¿Qué es esto?

LUCINDA. Esto... esto no sé cómo se llame... Esto es algo particular, muy íntimo, tal vez raro... raro sin duda; algo que yo misma no me explico del todo, y, sin embargo, en ello estoy.

PILAR. Me hablas en enigma.

LUCINDA. No puede ser por menos. ¡Si todo nace de un enigma! Ven acá: voy a confesarme contigo.

PILAR. Dí, dí, que me has interesado como una novela.

LUCINDA. Hace poco más de año y medio que nos vimos todos los de casa a las puertas de la deshonra, por aquella locura de papá. ¿Cómo nos libramos de ella?

PILAR. Porque el dinero que se necesitaba nos lo facilitó don Máximo Rojo, por mediación de Salvatierra.

LUCINDA. Y ¿tú crees que el pobre Salvatierra tiene crédito para conseguir aquella suma? ¿Crees tú que sin una garantía valiosa se la hubiera dado don Máximo ni nadie? ¿La encontramos nosotros mismos, llamando a cien puertas?

PILAR. No... Pero ¿qué piensas tú?

LUCINDA. Pienso que fué Adriano Solís quien dió su nombre para salvarnos.

PILAR. ¿Adriano? ¿Con todos los antecedentes...?

LUCINDA. ¡Con todos los antecedentes... y no sé si por ellos o a pesar de ellos!

PILAR. Pero ¿por qué presumes...?

LUCINDA. En realidad, por un solo dato. Sabina, la doncella que ahora tenemos, ha servido en Madrid cada año en veinte casas. Es mudable; no para en ninguna. Por aquella fecha ser-

vía en la de don Máximo, y me ha dicho que más de una vez entraron allí juntos Adriano y Salvatierra. No sé más... pero me hago la ilusión de saber bastante.

PILAR. ¿Será posible?...

LUCINDA. Si lo hizo sólo por todos nosotros, Dios se lo pague; pero ha de decirme a mí algún día por qué lo hizo, por quién lo hizo... y por qué lo ocultó.

PILAR. Conformes. Lo que no veo es la relación entre todo ello y tu ruptura con Augusto.

LUCINDA. Deja eso todavía para mí sola... Sí te diré que, después de un casual encuentro de Adriano conmigo, quedó entre nosotros un no sé qué del alma que nos atrae, que nos acerca... Él, ya lo ves, ha buscado un pretexto para venir aquí; porque no cabe dudar que es un pretexto lo que aquí lo trae; yo te declaro que también he ideado alguno para encontrarlo y hablar con él en diferentes sitios... Creo adivinar que su estado de ánimo y el mío son análogos... Y espero, espero...

PILAR. Ahora entiendo ya lo de Augusto, y que te compongas tanto para andar por casa, y que vayas todos los días a misa a la Almudena, cerca de donde él vive... y otra porción de cosas más. Pero hay una que aún no se me alcanza.

LUCINDA. ¿Cuál?

PILAR. ¿No te ha sido Adriano siempre tan odioso?

LUCINDA. ¿Y me lo dices tú, que querías colgar a Rufo de un farol?

PILAR. *Riéndose.* ¡Mira, tienes razón de sobra! Pero ¡qué tonta soy!

Se besan. Salvatierra asoma por la puerta de la derecha del foro, y exclama al verlas:

SALVATIERRA. ¡Pan con pan!

PILAR. ¡Salvatierra!

LUCINDA. ¡Querido Salvatierra!

SALVATIERRA. *Saludándolas.* ¿Qué idilio fraternal es éste?

LUCINDA. ¡La vida! como dice usted. Papá lo aguarda ya hace rato.

SALVATIERRA. Sí; no he podido venir hoy a la hora de costumbre. Miren lo que le traigo. *Les muestra un rollo de papeles.*

PILAR. ¿Qué?

SALVATIERRA. “El último suspiro de Ofelia”. Un solo de flauta.

LUCINDA. ¡Qué bueno es usted!

PILAR. La única persona—fuera de la familia—a quien papá ve con agrado.

SALVATIERRA. Hacemos buenas migas. Él está muy desengañado de la gente... y yo, por lo visto, nací sin tener ya que desengañarme de nada. Paseamos por Madrid, que yo conozco palmo a palmo. y tal vez se consuela de ciertas cosas cuando le señalo mudanzas y trastornos de la heroica Villa... Aquí había un palacio de duques y hoy hay una tienda de comestibles; La Cibeles, antes

de haber dado a luz esos dos niños, miraba hacia Neptuno; esta casa modernista de cemento armado, antes era una porquería y ahora también; aquí hubo un salón de baile clásico y hoy se alza una capilla gótica; donde ahora existe una comisaría hubo en tiempos una taberna y algo peor; aquí estuvo el Corral del Príncipe, aquí el de la Pacheca; aquí vivió Cervantes, aquí Lope...

*este llano fué plaza, aquí fué templo...
¡De todo apenas quedan las señales!*

Nos distraemos así.

LUCINDA. Y usted no sabe el bien que le hace a papá.

PILAR. Hasta luego.

SALVATIERRA. Vayan con Dios las hermanitas.

LUCINDA. Yo me quedo en casa

Se marcha con Pilar por la puerta de la derecha del foro. Salvatierra las contempla mientras se retiran. Luego dice:

SALVATIERRA. Me gustan las tres. Digo las tres porque la solterita vale por dos. Bien es verdad que la casada vale por tres. ¡Bueno! ¡Me gustan las cinco! ¡No sé qué trae este año la primavera!

Va a irse por la puerta de la izquierda del foro, cuando algo llama su atención y lo detiene. Lucinda vuelve por donde se fué y pasa hacia la puerta

de la izquierda, por la que sale oportunamente Honorata.

HONORATA. *Compungida y humilde. Adiós, señorita.*

LUCINDA. *Adiós, Honorata. Vase.*

SALVATIERRA. ¡Honorata!

HONORATA. *Volviéndose hacia él. ¿Quién? Al reconocerlo se conmueve profundamente y le entra una "llantina" muy cómica. ¡Salvatierra! ¡Ay! ¡ay! ¡ay!*

SALVATIERRA. ¿Qué es eso, Honorata?

HONORATA. ¡La emoción del choque, amigo mío! ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

SALVATIERRA. *Vamos, cálmese usted.*

HONORATA. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡Han variado tanto mis circunstancias!... ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

SALVATIERRA. *Cálmese, cálmese...*

HONORATA. *Con un gran suspiro. ¡Ay! ¡Ya pasó!*

SALVATIERRA. *Dolido está ese pecho.*

HONORATA. ¡Destrozado, amigo Salvatierra!

*Yo ya no vivo en la calle
donde usted me conoció,
que vivo en la Plazoleta
del Desengaño Mayor.*

Disculpe usted que haya salido con esta coplucha. Todo se pega, menos lo bonito. ¡Usted no sabe!... ¡Como hace un año que no va por casa!...

SALVATIERRA. La verdad, Honorata, dejé de ir...—a usted no se le oculta—porque vi que Juan Felipe me recibía con la cara larga...

HONORATA. Sí, señor: eran celos.

SALVATIERRA. Lo presumí. Acaso me gustaba usted más de lo que le convenía a Juan Felipe.

HONORATA. ¡Salvatierra!

SALVATIERRA. Tengo debilidad por usted; no puedo remediarlo. Hoy mismo la encuentro como embellecida por el dolor.

HONORATA. ¡Regino!...

SALVATIERRA. Sí, sí: embellecida.

HONORATA. No toquemos eso. Si Juan Felipe pudo dudar de usted, nunca debió dudar de mí.
Pausa. ¿Se enteró usted de lo de mi hija?

SALVATIERRA. ¿De la escapatoria con Alares?

HONORATA. Sí. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

SALVATIERRA. Vamos, Honorata... ¿A qué vuelve ese llanto? Juan Felipe, ¿no lo obligó a casarse con ella?

HONORATA. Fué su último rasgo de caballero. ¡Porque Juan Felipe... ya no es Juan Felipe! Aquel hombre previsor, metódico, fijo siempre en el día de mañana, ha dado un traspies... ¿qué digo un traspies? ha dado un batacazo mayúsculo. Lo ha embrujado no sé qué flamenquilla; miento, sí lo sé: Petra la *Alcaparra*.

SALVATIERRA. ¡Ah! ¿Petra la *Alcaparra*? ¡La conozco mucho! Es peligrosa cantando granadinas.

HONORATA. ¡Por ahí habrá venido la muerte! Porque por otro lado... Es negra como un grajo y delgaducha como una lombriz... ¡Qué asco de mujer!

SALVATIERRA. ¿Y Juan Felipe...?

HONORATA. Juan Felipe ahora ve solamente por sus ojos. Lo trae sin seso. Le da todo lo que ella le pide, malgasta, juega, se emborracha... ¡Está perdido en absoluto! ¡Está hecho un sinvergüenza! ¡Es muy duro; pero me he casado con un sinvergüenza! La primera papilla, Regino; la primera papilla, que no se digiere.

SALVATIERRA. Aunque se digiera, algunas veces se repite.

HONORATA. Tanto monta. ¡Qué calvario el mío! Todas las noches llega a casa hecho una uva, y en vez de llamar a la puerta, maya como un gato que se hubiera quedado en la calle. Y luego se pone a gritar: "¡Honorata Pelayo Dominguez, marquesa del Pan Pringado, ábrale usted a su marido, Juan Felipe Moreno y Pérez, que viene bueno!" Los vecinos que lo oyen se mueren de risa, y yo mientras estoy en ridículo. Eso es lo que le queda a Juan Felipe de aquel ingenio andaluz que me cautivó. ¿Se ríe usted también?

SALVATIERRA. No, no, señora...

HONORATA. *Dolida.* ¡Puede que tenga gracia!
¡Ay! ¡ay! ¡ay!

SALVATIERRA. Vaya, vaya; no se martirice usted más, que me duele ver llorar esos ojos. Descanse usted sobre un pecho amigo. *La abraza.*

HONORATA. Gracias, Salvatierra. Son un bálsamo sus palabras de usted. *Serenándose.* Me he puesto en inteligencia con este letrado, con don Rufo...

SALVATIERRA. Sí...

HONORATA. El esposo *vigente* de Pilar, para que me arregle las cosas en forma de que no me deje ese pirata desagradecido hasta sin camisa.

SALVATIERRA. Bien hecho; muy bien hecho.

HONORATA. Pero ¿ve usted que vueltas da este mundo?

SALVATIERRA. ¿Cómo si lo veo? ¡De eso sé yo más que nadie, Honorata! ¡Es no parar! ¡De un año para otro no hay nada en su sitio! ¡Lo bueno y lo malo! Sin ir más lejos, considere usted los tumbos de esta gente, de esta familia... Don Martín, el cuitado, se pasa el día componiendo una flauta, o recitando el romance del Condestable, del de Luna,

*el rico ayer y hoy tan pobre,
que si no le dan mortaja
no la tiene, ni hay de dónde.*

Mire usted. *Sacando papeles de un bolsillo.* ¿Qué cree usted que es esto?

HONORATA. No sé, Salvatierra.

SALVATIERRA. ¡Papeletas de rifa! ¡De doña Manuela Saturnino, la viuda de Golán!... ¡Aquel hombre que parecía que iba a quedarse con todos los negocios de España! Pues ella rifa el *auto*, la colección de sellos, un camafeo y una piel de oso. Ayer me encontré de manos a boca a Puig y Sarriá, un fabricante de paños a quien traté en Tarrasa. Bueno: pues llevaba los codos fuera. Ya no le queda paño ni para remendarse la americana. ¡Y ande el movimiento! ¡Media vuelta a la derecha! ¡Se acuerda usted de Girón Tablillas, el demagogo? Lo desterraron de España porque dijo que había que colgar a quince políticos. El otro día me llevó a su casa. Está hecho un burgués: gordo, finchado, reluciente... En la despena, por mofarse de sus antiguas ideas, ha colgado quince jamones. A cada jamón le ha puesto el nombre de un político... ¡y los va a devorar a todos! ¡La vida! Y así va el mundo y así van los tiempos, dando y quitando cosas. ¡Sólo yo no me muevo nunca!

HONORATA. ¿Cómo?

SALVATIERRA. ¡Nunca, Honorata! Sólo yo, testigo de tantas mudanzas, sigo siempre igual. ¡Ni subo ni bajo! ¡Si me parece que nací con estos zapatos y esta chalina!

HONORATA. *Sonriendo tristemente.* ¡Oiga! ¡Pues es verdad! Yo siempre le he visto a usted la misma corbata...

SALVATIERRA. ¡Nací con ella! ¿No le digo?
¡Ay! ¡A veces le pido al Señor que me saque de mi monotonía; de este horizonte gris que me agobia y me cerca! ¡Un cambio, aunque sea leve! ¡Un vaivén! ¡Una volteretilla! ¡Que llegue un día a mi casa y tenga otra cara mi mujer; que mi hijo me lleve dinero en vez de pedírmelo; que mi cuñado diga alguna cosa con sentido común! ¡Aunque todo ello dure poco! Pero ¡que yo lo vea! ¡que yo lo vea! ¡Que pueda atestiguar por mí mismo que da vueltas el mundo!

HONORATA. ¡Ay! Si han de ser ellas como las que a mí me han traído a esta situación, no las pida usted, Salvatierra.

SALVATIERRA. *En un arranque súbito.* ¡Honorata!

HONORATA. ¿Qué?

SALVATIERRA. ¡Honorata de mi corazón!

HONORATA. *Sorprendida.* ¡Regino!

SALVATIERRA. ¡Esto no es una idea: es un petardo, un barreno! Yo he sentido siempre hacia usted una inclinación amorosa; hora es ya de decírselo.

HONORATA. ¿Eh?

SALVATIERRA. Sí. ¡Los celos de Juan Felipe estaban muy fundados! Pues bien: ¿vamos a hacer una barrabasada usted y yo? ¿Vamos a que se mueran de rabia ese granuja, que no aprecia lo que usted vale, y las fieras que yo tengo en casa? ¿Vamos?

HONORATA. Pero ¿qué me propone usted?

SALVATIERRA. ¡Un terremoto, un vendaval que nos arrastre en amor y compañía a otro destino! ¡Quiérame usted un poco y déjese llevar! ¡Vámonos a París, a Roma, a Venecia! ¡Si llego yo a verme en una góndola con usted, creeré de veras en las vueltas del mundo!

HONORATA. *Muy por lo serio.* Usted se ha equivocado.

SALVATIERRA. ¿Qué?

HONORATA. Usted, Regino, me ha confundido seguramente. La desgracia, por grande que sea, no me transforma. Nací digna, caí digna, y moriré digna. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Este último golpe me faltaba! Beso a usted la mano. *Se va por la puerta de la derecha del foro, dejando atónito a Salvatierra.*

SALVATIERRA. *Después de un momento.* Nació tonta, cayó tonta y morirá tonta. ¡Ay! ¡Pero a mí, tonta y todo, me ha hecho siempre tilín! ¡Qué diablo! ¡Estará de Dios que yo no cambie! ¡Acabaré mis días no siendo más que el desdichado Salvatierra! ¡No da vueltas el mundo! ¡No las da! ¡Galileo se emborrachaba como Juan Felipe! *Se marcha por la puerta de la izquierda del foro.*

Queda la escena sola un instante. Por la de la derecha llegan entonces Adriano y Sabina.

SABINA. Pase usted; avisaré al señor.

ADRIANO. ¿Sabe usted quién soy?

SABINA. ¡Don Adriano, ni que una no leyera papeles! ¡Si hasta guardo un retrato de usted recortado del *Nuevo Mundo*!

ADRIANO. ¡Entonces!...

SABINA. Los hombres públicos no pueden ustedes ir de secretillo a ninguna parte. Desde que es usted célebre, yo no sé la de casas en que lo he visto a usted. Y usted, naturalmente, no habrá reparado...

ADRIANO. No...

SABINA. *Un poco en voz baja.* ¿Sigue usted visitando a doña Trinidad?

ADRIANO. ¿A doña Trinidad?

SABINA. Bueno; es un atrevimiento preguntarlo. Usted disimule. Yo duré poco allí. La señora tiene más ínfulas que puede. Y ¡a mí con ínfulas, ni mi madre! También le he abierto a usted la puerta alguna vez en casa de don Máximo Rojo.

ADRIANO. ¡Es casualidad!

SABINA. Y que lo diga usted; porque estuve también pocos días. Me sofocaba mucho la calefacción de vapor. Luego, ya me voy acostumbrando. De esto que le digo a usted hará... cuestión de año y medio. Por ahí por ahí... Usted fué con este señor que frecuenta mucho esta casa: el señor Salvatierra.

ADRIANO. ¿Eh?

SABINA. Hablando yo con la señorita Lucinda la otra noche, se lo dije.

ADRIANO. ¿Qué le dijo usted?

SABINA. Eso.

ADRIANO. Y ¿qué es eso?

SABINA. Pues que había usted estado con el señor Salvatierra en casa de don Máximo. ¿He cometido alguna indiscreción?

ADRIANO. No; ninguna... ¿Por qué?

Sale Lucinda por la puerta de la izquierda.

LUCINDA. ¡Oh! ¡Adriano!

ADRIANO. *Saludándola.* ¡Lucinda!

LUCINDA. Qué, ¿viene usted por su pleito?
¿A ver a Rufo?

ADRIANO. Sí.

LUCINDA. ¿Con urgencia?

ADRIANO. No.

LUCINDA. Me alegro.

ADRIANO. ¿Pues?

LUCINDA. Porque estábamos en su despacho de conversación, se le empezaron a nublar los ojos de pronto... y se me ha dormido tranquilamente.

ADRIANO. *Riendo.* ¿Sí?

LUCINDA. ¡Como un leño está! Le aburría mi charla.

ADRIANO. O habrá pasado mala noche, más bien.

LUCINDA. Eso, de seguro. Las chiquillas le han salido lloronas...

ADRIANO. Pues que descanse el hombre. No seré yo quien turbe ese sueño. Esperaré cuanto haga falta.

LUCINDA. ¿Quiere usted que yo le haga compañía a ver si se duerme también?

ADRIANO. Vamos a probar.

LUCINDA. Siéntese. *Le hace a Sabina un gesto para que se marche.*

SABINA. *Obedeciéndola, pero contrariada.* (¡Qué gesto más despótico! ¡No me lo hará dos veces!)

LUCINDA. ¿Qué dice usted, Sabina?

SABINA. Era para mí. *Vase por la puerta de la izquierda.*

LUCINDA. ¿Le interesa a usted mucho el asunto con mi cuñado?

ADRIANO. No; poco.

LUCINDA. Había creído que sí: como viene usted con frecuencia...

ADRIANO. Es verdad; vengo con frecuencia. Pero, a pesar de ello, no me interesa grandemente.

Hace ella un gesto que quiere decir: "¡No lo entiendo!" y él otro luego que significa: "¡Ahí verá usted!" Pausa.

LUCINDA. ¿Otra batalla uno de estos días, Adriano?

ADRIANO. Otra. ¡Qué remedio!

Mis arreos son las armas...

LUCINDA. A ver si me lleva Pilar. ¿*Los versos de Mayo* se titula la obra?

ADRIANO. Sí; *Los versos de Mayo*. Es una interpretación dramática de la famosa *Sonatina* de Rubén Darío, "La princesa está triste"... La he hecho con mucha veneración. A ver qué tal salgo del empeño.

LUCINDA. Bien; seguramente. ¿Hay nervios, Adriano?

ADRIANO. Siempre; gracias a Dios. Estos nervios ¡son un signo de tantas cosas!...

LUCINDA. ¿Es verdad que los autores cada vez que estrenan tienen más miedo?

ADRIANO. De los demás, no sé. Pero creo que no. Yo, desde luego, no. Después de conseguir algunos triunfos, cada nueva obra no pasa de ser objeto de una batalla literaria... Cosa efímera, de actualidad; pasión de unos días que halaga o duele... pero que pasa pronto. En cambio, en las primeras obras se juega el porvenir, el nombre, la vida casi, la confianza en la vocación y la seguridad en el propio ingenio. ¡Oh! Le aseguro a usted que no es este de ahora como aquel miedo de años atrás... ¡Qué noches la de *El paje de la Reina*... la de *La Torre de Juan Segundo*!...

LUCINDA. Cuando yo era enemiga de usted.

ADRIANO. Justo. Cuando usted era enemiga mía. ¿No lo es usted ya?

LUCINDA. ¡Qué disparate! ¡Si viera usted qué lejos he dejado ya todo aquello, con estar cerca

todavía!... A veces se me antojan lances pertenecientes a una vida anterior, como la primera boda de Rufo. A veces, recordando cosas que hice o que dije, le confieso a usted que me arañaría. ¡Qué arrogancia! ¡Qué vanidad! Me consideraba superior a todo el mundo; no escuchaba a nadie. Hoy soy otra. Crea usted que la voz más humilde me hace meditar.

ADRIANO. Según eso, ¿es indudable que ya podemos ser amigos?

LUCINDA. Indudable. Yo quisiera ser amiga de usted.

ADRIANO. ¿De veras?

LUCINDA. Para borrar de su memoria un sin fin de agravios... y de yerros míos.

ADRIANO. ¿Sólo para eso, Lucinda?

LUCINDA. Y para disfrutar de su confianza, de su trato... ¡Un hombre célebre!... Un poquillo de vanidad, por mi parte. De buena vanidad. Así como hay envidia mala y buena, hay también buena y mala vanidad. ¿Es usted rencoroso?

ADRIANO. ¿Cree usted que lo soy?

LUCINDA. Lo pregunto.

ADRIANO. Quien ha batallado y padecido lo que yo, si fuese rencoroso no podría vivir... no podría caminar... Le estorbarían el paso muchas sombras. Pero a usted, aunque yo lo fuera, ¿por qué había de guardarle rencor? ¿Por algún desaire de chiquilla presuntuosa? ¿Por alguna des-templanza de que usted misma ya se ha arrep-

tido? ¡No vale la pena! ¿Qué dejaría para los enemigos verdaderos? ¡Y tengo algunos a los que muy pronto les he de dar las gracias, porque su pasión me ha hecho más fuerte!... Nada, nada, Lucinda: somos amigos.

LUCINDA. Me felicito de ello, Adriano. Sinceramente amigos.

ADRIANO. Sinceramente.

LUCINDA. En prueba de lo cual y de que este sentimiento nuestro no se ha de alimentar de ficciones, usted va a revelarme un secreto suyo.

ADRIANO. ¿Un secreto mío?

LUCINDA. Entendámonos: un secreto suyo que se refiere a mí.

ADRIANO. *Turbado.* ¿A usted?

LUCINDA. A mí; a mi familia...

ADRIANO. No caigo...

LUCINDA. Hemos quedado en ser sinceros.

ADRIANO. Francamente, no sé a qué puede usted referirse.

LUCINDA. Haga bien memoria. Mire usted que un secreto es carga pesada... y debe llevarse al menos entre dos.

ADRIANO. ¡Y si son dos buenos amigos!... Oriénteme usted un poquitín, a ver si doy...

LUCINDA. Sí; con mucho gusto. ¿Usted sabe cuándo debió nacer ese secreto?

ADRIANO. ¿Cuándo?

LUCINDA. Presumo yo... Horas... o días después del primer encuentro casual que usted y

yo tuvimos al cabo de dos o tres años de no vernos. Fué en casa de Honorata.

ADRIANO. Sí, sí. Aquel encuentro ¿cómo podría olvidárseme? Ya se lo dije a usted entonces.

LUCINDA. Sí... No sé qué de una enseñanza recibida, me dijo usted. Se aprende a diario. Y ¿nada reserva usted para sí de algo que allí pudo tener origen, según imagino?...

ADRIANO. La verdad, Lucinda... ¡En fin, sea! Sí reservo, sí... Pero no es un secreto solo. Llevo varios en mi conciencia, turbada desde entonces.

LUCINDA. ¿Desde nuestra entrevista?

ADRIANO. Cabal.

LUCINDA. Luego yo no voy descaminada...

ADRIANO. No sé. Quizá sí; quizá no...

LUCINDA. Pues decídase usted a compartir conmigo el secreto que más de cerca pueda tocarme, y saldremos tal vez de dudas.

ADRIANO. ¿Usted lo quiere?

LUCINDA. Lo deseo. Desde que dí en pensar en él... no sé pensar en otra cosa. Si nuestra naciente amistad fuese más antigua, lo exigiría. Ahora lo suplico tan sólo. Creo que, si existe, esta amistad será inquebrantable. Considere usted cómo esperaré sus palabras.

ADRIANO. Lucinda, al oír esas de usted, si no hubiese entre nosotros dos ningún secreto, yo lo inventaría. Va usted a conocer el más íntimo de los que guardo, el más hondo, el que a sí mismo me violentaba revelarme; las raíces del desconcierto

que la presencia de usted aquel día causó en mi alma, en mis sentimientos. Yo creía estar seguro de ellos, y bien pronto me convencí de que no lo estaba. Por vez primera caminé aquella tarde hacia la casa de mi amor con esfuerzo, sin alegría... Dentro de mi ser, una voz nunca oída me iba diciendo claramente: "No es esa en cuya busca vas; es la otra; la que dejas..."

LUCINDA. *Estremecida.* ¡Adriano!

ADRIANO. ¿Se sorprende usted?

LUCINDA. Me sorprendo, sí; y quiero que piense que, al suplicarle yo, no era eso lo que le preguntaba.

ADRIANO. Pues yo a su pregunta no podía responderle sino eso, porque día por día ha ido labrándose esta contestación en mi alma, como si esperase la pregunta de usted... Día por día, aquella voz ha ido alzándose firme dentro de mí, de tal suerte, que lo que empezó por advertencia se ha trocado en mandato imperioso. Yo arrastro fríamente unos amores que tienen que morir, que ahora mismo han muerto, y es usted quien los mata, Lucinda.

LUCINDA. ¡Adriano! Amigo mío...

ADRIANO. Amigo, no: más, mucho más. Momentos antes de encontrarla a usted la tarde aquélla, había yo dicho: "La he separado de mi vida". ¡Qué error! ¡Qué presunción más vana! ¡Separar de mi vida a quien le dije siendo niño que sería mi vida y mi muerte!

LUCINDA. ¡Cómo no me engañé! ¡Ya sé más de lo que preguntaba! ¡Cuántas mudanzas, cuántas angustias, cuántos errores, cuántas lágrimas para llegar a este momento! ¿Quién había de esperarlo?

ADRIANO. Es verdad. Nuestras vidas parecía que se distanciaban... que eran opuestas... irreconciliables. Unamos las dos en una sola y seremos dichosos, y seremos también más fuertes para resistir las borrascas que el tiempo loco pueda traernos.

Se estrechan las manos.

Don Martín, que vuelve por donde se marchó y los halla así, exclama, santiguándose:

DON MARTÍN. ¡Bendito sea Dios! ¡Esto nos quedaba que ver todavía!

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, "Consolación", 8 de setiembre de 1922.

LAS BENDITAS MÁSCARAS

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el TEATRO DEL CENTRO
el 27 de mayo de 1922

*A LA FEDERACIÓN DE SIN-
DICATOS DE OBRERAS DE LA
INMACULADA.*

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ALEJANDRINA.....	MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA.
EDMUNDO.....	RAFAEL RIVELLES.

LAS BENDITAS MÁSCARAS

Cuarto de estudio en casa de Edmundo Rosales, en Madrid. Puerta a la derecha del actor. Muebles cómodos. Un gran espejo. Libros, papeles, periódicos, fotografías de personas notables, etc. Es por la mañana.

Edmundo, joven actor que disfruta de la luna de miel con la opinión pública, estudia su papel en una comedia próxima a estrenarse. Grita, gesticula, se mira al espejo, y ni se gusta él ni le gusta el papel tampoco.

EDMUNDO. “¡Aquí me tienes, sí; mírame cuanto quieras; no me arredro! ¿Qué pretendes de mí, murciélago bilioso?” ¡Murciélago bilioso!... ¡Vaya si es raro y antipático el lenguaje de esta comedia! “¿Qué pretendes de mí, murciélago bilioso?” Nada, no me sale. Es que me da risa. ¡Yo no soy actor que sepa decir estas cosas! Además, veo frente a mí a Bermúdez, que es el *murciélago*, y no hallo manera de hablar. En fin, Edmundo, hay que tener paciencia: no todos han de ser papeles bonitos. *Enciende maquinalmente un cigarrillo y vuelve a su ensayo.* “¿Qué quieres, miserable reptil? ¿Qué buscas, prójimo execrable? ¿Sangre? ¡Pues yo te saciaré! ¿Escándalo? ¡Pues

habrá escándalo! ¡Habrà escándalo!” ¿Y esta frasecita, si lleva el público mal vino? “¡Tú y yo hemos nacido para odiarnos eternamente! ¡Si tú aspiraras a ser Dios, yo querría ser Satanás!” *Burlándose.* ¡Bravo! ¡Voy a estar en ridículo toda la noche! *Llaman a la puerta.* Adelante, *murciélago bilioso.* *Vuelven a llamar.* Entra, Polilla, entra.

Y se abre la puerta, y no aparece en ella Polilla, precisamente, ni mucho menos un murciélago; sino Alejandrina Astudillo, gentil y bella dama.

ALEJANDRINA. Perdone usted; no es su criado.

EDMUNDO. ¡Señora!

ALEJANDRINA. Perdone usted. Polilla, su criado, ha cumplido su deber escrupulosamente; me ha asegurado que no está usted en casa; pero como los gritos de usted se oyen desde la portería... no he podido creerlo.

EDMUNDO. Pase usted, señora; pase usted... y siéntese.

ALEJANDRINA. Muchas gracias. Y no le riña usted luego al chico, que ha defendido la entrada como un león. ¡Hasta llegó a decirme que no era usted el que gritaba; que era un gramófono!

EDMUNDO. ¡Ja, ja, ja! Lo tengo bien aleccionado.

ALEJANDRINA. Pero ha sido inútil esta vez.

EDMUNDO. *Galante.* Y no me pesa.

ALEJANDRINA. Eso... ya lo veremos. No se precipite usted a hacer declaraciones. Y entérese

de esta cartita de un amigo suyo, para que sepa con quién habla.

EDMUNDO. ¡Ah! de Arellano; de mi doctor.

ALEJANDRINA. Que es el mío, justamente. Me asiste de muchas afecciones de la garganta, como a usted.

EDMUNDO. ¿Es usted actriz?

ALEJANDRINA. No, señor; pero hablo al cabo del día más que media docena de actrices en día de beneficio. Y, es claro, me resiento...

EDMUNDO. Ya. Arellano me dice en la carta una cosa que no tenía necesidad de decírmela.

ALEJANDRINA. ¿Y eso?

EDMUNDO. Me dice que es usted muy guapa.

ALEJANDRINA.

Vendrá en verso y será un ripio...

¿No?

EDMUNDO. No, señora; porque a la vista está.

ALEJANDRINA. Aunque era inevitable la galantería, la agradezco. Y ¿qué más le dice Arellano?

EDMUNDO. Me dice que es usted viuda...— ¡viuda!... ¡tan joven!...—y que es menester que yo la atienda.

ALEJANDRINA. Las dos cosas son ciertas; pero independientes... La atención que usted ha de prestarme es en absoluto ajena a mi viudez. Cui-

dadito... Sólo que usted, como galán de moda, en seguida ha visto otro horizonte...

EDMUNDO. No, no, señora.

ALEJANDRINA. Sí, sí, señor.

EDMUNDO. Bien: usted me dirá entonces en qué puedo servirla.

ALEJANDRINA. De usted dependerá que me vaya prontito... y que no me cueste la conversación dos o tres visitas de Arellano.

EDMUNDO. Lo que es si depende de mí que se vaya usted pronto... En fin, soy todo oídos.

ALEJANDRINA. Antes que nada, debo pedirle a usted perdón.

EDMUNDO. ¿Perdón?

ALEJANDRINA. Sí: por haber llegado inopuntamente. Lo he quitado a usted de estudiar. ¿No estudiaba usted en voz alta?

EDMUNDO. Sí; pero...

ALEJANDRINA. ¿La comedia que se anuncia para el lunes, quizás?

EDMUNDO. La misma.

ALEJANDRINA. Iré a verla: iré a aplaudirlo a usted.

EDMUNDO. Va a ser difícil.

ALEJANDRINA. Soy una gran admiradora suya y encontraré ocasión.

EDMUNDO. Muy amable.

ALEJANDRINA. ¿Acaba bien o acaba mal la obra? Porque a mí me ponen nerviosa los desenlaces terroríficos o tristes. ¿Acaba bien?

EDMUNDO. No puedo precisarlo, señora.

ALEJANDRINA. ¿Cómo es eso?

EDMUNDO. Porque acaba en boda... y ¡vaya usted a saber! ¡Yo, al menos, no sé si eso es acabar bien o acabar mal!

ALEJANDRINA. ¡Ah, vamos! ¡Qué ingenioso! Sí: la humanidad no se ha puesto de acuerdo todavía... Cada cual habla de la feria según le va en ella. Y, dejando a un lado el matrimonio y sus consecuencias, ¿a qué se figura usted que vengó?

EDMUNDO. No me figuro nada. Deseando estoy que usted me lo diga.

ALEJANDRINA. ¡Pues vengo a conquistarlo a usted!

EDMUNDO. ¡Qué suerte la mía!

ALEJANDRINA. Así, así: a conquistarlo a usted; al actor mimado y aplaudido... Pero he de advertirle que no soy la de la cartita de esta mañana.

EDMUNDO. ¿Quién le ha dicho a usted...?

ALEJANDRINA. Nadie. Es una hipótesis. Un hombre como usted, que sale a triunfo por obra, ¿cómo no ha de recibir una de esas cartitas a diario?

EDMUNDO. Hay mucho de leyenda en eso.

ALEJANDRINA. Modestia de usted. Mi conquista, de todos modos, ¡es cosa tan distinta, señor galán!... Alguna vez hay que salir del jardín... En su carrera de triunfos no todo han de

ser billetes perfumados, miraditas candentes, golpes de gemelos desde los palcos, etc., etc. ¿No es verdad que hablo mucho? ¿No es verdad que mi médico es natural que sea un especialista de la garganta?

EDMUNDO. Sobre esa pregunta se me ocurren dos o tres piropos.

ALEJANDRINA. Pues déjelos usted para mejor coyuntura, y vamos al caso. ¿Conoce usted en Madrid una institución que se llama "Las Obreritas"?

EDMUNDO. No, señora. Algo he oído, pero...

ALEJANDRINA. No es extraño que la desconozca. Es de creación reciente. Yo soy un poco fundadora de ella. Varias amigas mías y yo, interesadas por lo suerte de las muchachas pobres, que no viven sino de su trabajo, hemos creado esa asociación.

EDMUNDO. "¿Las Obreritas?"

ALEJANDRINA. Sí. Nuestra misión es dar sombra y cobijo, protección y consejo amable a tanta desheredada de la fortuna como existe. Hacerles ver de cerca, por el trato y el afecto constantes, que hay quien se preocupa de su situación en el mundo. Las atraemos, las educamos, las alejamos de los riesgos posibles, de los abusos de los explotadores de su labor modesta... ¿Comprende usted lo generoso de la causa?

EDMUNDO. Y felicito ardientemente a la fundadora de tan simpática institución.

ALEJANDRINA. A una de ellas. A la que menos vale, sin duda; pero a la más atrevida y charlatana.

EDMUNDO. Desde luego a la más...

ALEJANDRINA. Deje usted también ese piro-po... ¡porque no conoce usted a las otras, y puede ser injusto! Pues bien, amigo mío: esta institución, de la que yo me enorgullezco; esta institución, por la que todas recibimos constantes felicitaciones; esta institución, tan altruista a todas luces; esta institución, que aspiramos a que sea ejemplo de las de su clase... esta institución... ¡no tiene dos pesetas!

EDMUNDO. Cosa muy de sentir.

ALEJANDRINA. Pero remediable. No tuerza usted el gesto.

EDMUNDO. No he torcido nada.

ALEJANDRINA. Ni se ponga en guardia tampoco, porque no es dinero lo que vengo a pedirle. Ya solté que vengo a pedirle a usted alguna cosa.

EDMUNDO. ¡Ojalá esté en mi mano!...

ALEJANDRINA. Está. El teatro, que en estos tiempos y en España viene siendo inagotable fuente de caridad, paño de lágrimas de muchísimos necesitados, no ha de mostrarse indiferente a "Las Obreritas". Estamos organizando una función a beneficio de la Caja social, y queremos, para que en un día se agoten todas las localidades, todas,

todas, todas, vendidas a buen precio, que usted trabaje en ella.

EDMUNDO. ¡Válgame Dios!

ALEJANDRINA. ¿Eso será una frase de la comedia que estudia usted, que se le ha venido a los labios?

EDMUNDO. ¡No, señora! ¡Es una frase que pinta mi apuro, mi contrariedad ante usted, ya que me ha pedido lo único, lo único, lo único en que me es imposible complacerla!

ALEJANDRINA. ¿Imposible?

EDMUNDO. Imposible.

ALEJANDRINA. ¿No puede usted tomar parte en esa función de "Las Obreritas"?

EDMUNDO. No puedo.

ALEJANDRINA. ¿Está usted afónico?

EDMUNDO. Ya ve usted que no; pero no puedo. Y crea usted que lo lamento a par del alma.

ALEJANDRINA. No lo lamente usted.

EDMUNDO. ¿Cómo?

ALEJANDRINA. Porque no hay caso, simplemente. Porque yo no me marché de aquí hasta que usted me diga que toma parte en ella. Voy a mudar de sitio. Esta butaca parece más cómoda. Usted pensará: ¡vaya una señora resuelta!

EDMUNDO. Está usted en su casa, y...

ALEJANDRINA. Conque mire, mire cómo se vuelve atrás. ¿Por qué ha de negarnos usted su concurso, su colaboración, tan valiosa, tan indispensable?...

EDMUNDO. Porque no depende de mí. No hace todavía un mes hemos tomado solemnemente la mayoría de los actores el acuerdo de no prestarnos en lo sucesivo a intervenir en ese género de fiestas.

ALEJANDRINA. ¡Qué disparate!

EDMUNDO. ¿Disparate?

ALEJANDRINA. Y me quedo corta. Es una manía de los hombres esta de tomar acuerdos radicales para no cumplirlos después. ¿Por qué son ustedes tan ligeros?

EDMUNDO. Lo que es éste, por mí...

ALEJANDRINA. Vamos, no se haga usted ilusiones, Edmundo.

EDMUNDO. He empeñado mi palabra, Alejandra.

ALEJANDRINA. Entre los dos la desempeñaremos. ¡Qué bien se está en esta butaca!

EDMUNDO. Además, le he negado ya el mismo favor a algunas otras damas de distintas clases sociales.

ALEJANDRINA. ¡Si lo sé; si todas son amigas mías!...

EDMUNDO. ¡Y seguramente estarán esperando a que yo le diga a usted que sí, para caer sobre mí como una nube!

ALEJANDRINA. Eso, allá ellas.

EDMUNDO. ¡Eso, seguramente! ¡Si el abuso de estas funciones—disculpe usted la claridad con

que le hablo—ha sido la causa fundamental de nuestro acuerdo!

ALEJANDRINA. ¿Les piden a ustedes que trabajen en muchas funciones, verdad?

EDMUNDO. ¡En miles!

ALEJANDRINA. Sí que es abusar. Yo, en cambio, ya ve usted, sólo le pido a usted que trabaje en una: en la nuestra.

EDMUNDO. ¡Así razonan todos! ¡Y no pasa día sin que uno de nosotros reciba una petición semejante! ¡Póngase usted en nuestro caso, señora! Cuando no es para un asilo, es para una escuela, o para una estatua, o para una capilla, o para un hospital, o para regalar una cruz, o para las víctimas de un incendio, o de una inundación, o de un terremoto!... ¿Por qué razón ha de ser el teatro, y sólo el teatro, el arca sin fondo a que todo el mundo ha de acudir?

ALEJANDRINA. Eso, en vez de indignarlo, le debiera halagar a usted. Algo tendrá el agua... ¡Benditas sean las Máscaras que así pueden ser buenas y generosas! El teatro se gloria de ser un arte para todos, ¿verdad? ¡Pues por eso todos quieren ponerlo a cata; probar aunque sólo sean los relieves de su mesa de gran señor!

EDMUNDO. Sí; pero en terreno fuera del arte...

ALEJANDRINA. ¿Fuera del arte...? Y ¿quién limita ese terreno? Fíjese usted. ¿Quién ha dicho que el amor al prójimo no sea esencialmente uno de los más nobles estímulos de todo arte? ¿Es

que se pinta, se esculpe ni se escribe para la propia satisfacción tan sólo, o también para enseñanza y recreo de las gentes?

EDMUNDO. Un poco lejos ha ido usted.

ALEJANDRINA. Donde usted me ha llevado.

EDMUNDO. ¡Qué elocuencia! La de la boca, la de los ojos, la de las manos...

ALEJANDRINA. Y si se obstina usted en decirme que no, hablaré hasta con la nariz.

EDMUNDO. ¡Ja, ja, ja!

ALEJANDRINA. Me levanto, pero no me voy. Sigo con mi elocuencia. Aun cuando ustedes los artistas, por puro egoísmo, se contenten con que su arte no sea más que una luz que alumbre, nosotras, las fundadoras de "Las Obreritas", entre tantas que piensan lo mismo, queremos, no sólo que alumbre, sino que también, como toda luz, dé calor. ¡Hay un enjambre de desventurados en la tierra!

EDMUNDO. Y yo le juro a usted que nada me emociona más, como artista, que el aplauso y la atención de los humildes.

ALEJANDRINA. ¡Entonces! ¡Que se escriban esas palabras!

EDMUNDO. ¡No es preciso! Si a mí los propósitos y la intención de usted y sus amigas me parecen sublimes: ya se lo dije antes. ¡Pero estoy atado por mis compromisos! ¡Por mi palabra!

ALEJANDRINA. ¡Bah! ¡bah!

EDMUNDO. Ni tampoco olvide usted esto: el

teatro no es solamente un arte; es también una manera de vivir; es un negocio.

ALEJANDRINA. Para algunos no es más que un negocio.

EDMUNDO. Más en mi abono, pues. Hay en él muchos intereses que defender, que amparar... Intereses también de gente humilde y pobre. ¡Y no pueden prodigarse las dádivas! Pídale usted a un editor que regale libros todos los días... y ¡va usted a oír cosas buenas! ¿Sabe usted lo que decía la otra noche un empresario de teatro que está perdiendo hasta las orejas en esta temporada?

ALEJANDRINA. ¿Qué decía?

EDMUNDO. Se asomó por el agujerillo del telón a ver el público, y al hallarse con que no había en la sala ni quince personas, incluyendo a los acomodadores, masculló entre dientes: "¡Y a esto le llaman el arte de las multitudes!..."

ALEJANDRINA. ¡Ja, ja, ja! Y ¿por qué me cuenta usted eso?

EDMUNDO. Porque si a ese empresario va usted a proponerle que un actor de su casa contribuya a que se llene otro teatro... para beneficio de cualquiera que no sea él... yo no digo que muerda, pero cara de perro, pone.

ALEJANDRINA. Pues será el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Señor, si en su casa de usted no ven a ese actor, ¡deje usted que lo vean en otra! Y a la larga, puede que salga usted ganando. Porque, si bien se mira, estas

funciones de caridad son también un reclamo, una propaganda... ¡No me lo niegue usted! El público luego habla de ellas; de sus rendimientos, de sus intérpretes... Prestan a los artistas popularidad, simpatías, éxito, aplausos, aura de triunfo...

EDMUNDO. ¿Tendremos al fin también que dar las gracias?

ALEJANDRINA. ¡Qué duda cabe!

EDMUNDO. ¡Sí que cuentan con buena abogada "Las Obreritas"!

ALEJANDRINA. ¡Pobres *pipiolas*! Qué, ¿no les puedo llevar la buena nueva? ¿No se decide usted?

EDMUNDO. ¡Yo le ruego a usted, señora mía, que no apriete más los tornillos! ¡Esto es un potro para mí! ¡Qué más quisiera yo que poder complacerla! ¡Por "Las Obreritas"... y por usted, tan bella, tan simpática, tan persuasiva!...

ALEJANDRINA. Muy persuasiva: ya lo veo.

EDMUNDO. Sí, si lo ve usted, aunque lo niegue.

ALEJANDRINA. Lo que veo es que se está usted buscando, por torpe y por poco galante, unos días horribles.

EDMUNDO. ¿Eh?

ALEJANDRINA. Porque yo acabo aquí; pero desde mañana va usted a empezar a recibir recomendaciones, para que acceda a lo que yo he venido a pedirle, y usted me ha negado, de toda

su familia, en primer lugar; de sus amigos; de sus admiradores; de sus amigasss—me detengo en la *ese* porque sé que son innumerables—; del alcalde de barrio; de los curas de la parroquia; de diez o doce concejales; del gobernador de Madrid; de las hijas del gobernador; de la Banda Municipal; de Palacio; del Presidente del Consejo; de los camareros de casa Camorra, donde sé que cena usted algunas noches...

EDMUNDO. ¡Basta! ¡basta! ¿No va usted a dejarme vivir?

ALEJANDRINA. ¡No, señor! ¡Hasta que cuente con usted para la función de “Las Obreritas”!

EDMUNDO. ¡Vaya, pues en vez de descargar sobre mí toda esa metralla de recomendaciones, haga usted que sean ellas las que me devuelvan la libertad!

ALEJANDRINA. ¡Admirable! Eso ya es decirme que sí. Yo me encargo de allanarle a usted el camino, y de velar por la seriedad de su palabra. ¡Jesús, qué hombre más recto! ¡Va usted a quedar mejor que nunca!

EDMUNDO. No lo dudo, con tal mediadora.

ALEJANDRINA. Sí; pero usted me debía ahorrar a mí ese trabajo. En fin, algo ha de hacer una. Lo que mucho vale... ¡Gran noticia me llevo! Dios le pague a usted en palmas y en venturas su generosidad.

EDMUNDO. Me considero hartó pagado con la demanda.

ALEJANDRINA. Y si las fundadoras de "Las Obreritas" pudieran corresponderle a usted de algún modo, con algo más que la gratitud...

EDMUNDO. Acaso. Por su apellido de usted barrunto... ¿Es usted de la familia del nuevo ministro de Hacienda que ayer juró?

ALEJANDRINA. Sí, por cierto: es mi tío.

EDMUNDO. Pues voy a permitirme rogarle a usted que le haga una súplica en nombre... en nombre de las benditas Máscaras, tan bien calificadas así por usted.

ALEJANDRINA. Usted me dirá.

EDMUNDO. Suplíquele usted a su señor tío que no inicie sus funciones ministeriales, como casi todos, inventando algún nuevo impuesto sobre el teatro. Dígale usted—por más que él ha de saberlo de sobra; pero, bueno, para que se fije—dígame usted que si el teatro en España no cree que merece, siquiera por su historia, lejos de carga alguna, la atención oficial, como la tiene en otros países, que por fuerza hay que llamar más cultos, tampoco es lícito que se le equipare en punto a impuestos y gabelas con los negocios de más baja estofa. Y que si no lo quiere proteger ni como arte glorioso, ni siquiera como espectáculo, casi siempre culto, que lo mire, al menos, como casa de caridad.

ALEJANDRINA.. Ahora me ha aventajado usted a mí en elocuencia. Cuente usted con que le

diré a mi tío todo eso... y algo más que buena-mente se me ocurra.

EDMUNDO. ¡Infinitas gracias!

ALEJANDRINA. Y le prevengo a usted que él se vuelve loco por el teatro. Le gusta a perecer. No tiene otro vicio. Va a todos los estrenos con la familia.

EDMUNDO. ¡Malo!

ALEJANDRINA. ¿Malo?

EDMUNDO. Sí; ¡porque esos tan aficionados son los que luego, de ministros, nos resultan peores!

ALEJANDRINA. ¡Ja, ja, ja! *Despidiéndose.* Edmundo, amigo mío...

EDMUNDO. Complacidísimo de oírme llamar así por usted. ¿Me atreveré yo a llamarla amiga?

ALEJANDRINA. ¿Por qué no? Adiós, Edmundo. Las muchachas obreras acogidas a nuestro patrocinio lo aplaudirán a usted con el corazón.

EDMUNDO. Pues dígales usted que sus aplausos no me los dediquen a mí, sino a quienes, como usted y sus amigas, velan y trabajan por ellas.

ALEJANDRINA. Adiós.

EDMUNDO. Adiós.

ALEJANDRINA. Y ahora... a seguir estudiando el papel de los gritos.

EDMUNDO. ¡Si viera usted qué comedia más mala!

ALEJANDRINA. Haga usted un acto de ella en nuestra función... y así será buena. En todo hay

bueno y malo. El toque está en saber descubrir lo bueno... y aprovecharlo oportunamente. Recuerde usted los versos famosos:

*Del más hermoso clavel,
pompa del jardín ameno,
el áspid saca veneno;
la oficiosa abeja, miel.*

FIN

Madrid, mayo, 1922.

ÍNDICE

PÁGINAS

Antón Caballero.....	5
La quema.....	107
Las vueltas que da el mundo.....	131
Las benditas Máscaras.....	265

TEATRO COMPLETO
DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

Tomo I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo.—Esgrima y amor.—Belén, 12 principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—El peregrino.—Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

Tomo II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima.—El patio.—Los Galeotes.

Tomo III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena.—La azotea.—El nido.—Las flores.

Tomo IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el "botijo"!

Tomo V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

Tomo VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.—Amor a oscuras.—La casa de García.—A la luz de la luna.

■

TOMO VII. —PIEZAS BREVES

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los pipos.—El flechazo.—El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los galeotes.

TOMO. VIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

TOMO IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

TOMO X. —SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La Reina Mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

TOMO XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo. Las de Caín.—Sin palabras.

TOMO XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me recuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojos de luto.

TOMO XIII. —PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—Las buñoleras.—Cuatro palabras.—Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

TOMO XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

TOMO XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

TOMO XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas.—El patinillo.—La muela del rey Farfán.

TOMO XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Ternel.

TOMO XVIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

TOMO XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

TOMO XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Él.—El ilustre huésped.—Cabrita que tira al monte...

TOMO XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

TOMO XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la Risueña.—
El amor bandolero.—Isidrin o Las cua-
renta y nueve provincias.—Becqueriana.
Diana cazadora o Pena de muerte al
Amor.

TOMO XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona.—Pedro Ló-
pez.—La Calumniada.

TOMO XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS.

Febrerillo el Loco.—El mundo es un pa-
ñuelo.—Pasionera.

TOMO XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de
América. — La sillita. — Castañuela, arbi-
trista.—La seria.—El mal ángel.—El cuar-
tito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia
y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pese-
tas.—Vámonos.—Revoloteo.

TOMO XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arraba-
les.—La prisa.—La flor en el libro.

TOMO XXVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vuel-
tas que da el mundo.—Las benditas Más-
caras.

TOMO XXVIII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de en-
frente.—Los marchosos.—La del Dos de
Mayo.—Los pápiros.

TOMO XXIX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

TOMO XXX. —COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

PUBLICADOS :

TOMOS I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII.

EN PRENSA :

TOMO XXVIII.

PRECIO DE CADA TOMO : 5 PESETAS

EDICIONES ESCOLARES DE ALGUNAS OBRAS

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Hcath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

Las de Caín, *Edited with notes, exercises and vocabulary by Z. Eilene Lamb, Ann Arbor High School, and Norman L. Willey, University of Michigan.—Allyn and Bacon.—Boston, New York, Chicago, Atlanta, San Francisco.*

Así se escribe la historia, *Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Edwin B. Place, Ph. D., Professor of Romance Languages, University of Colorado. New York, Alfred A. Knopf.—MCMXXVI.*

Puebla de las mujeres.—*Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Lula Giralda Adams, teacher of Spanish in the Brookline High School, Massachusetts. New York and London, The Century C.º.*

La flor de la vida, *Edited with direct-method exercises, notes, and vocabulary by Frank O. Reed, Professor of Spanish and John Brooks, Associate professor of Spanish University of Arizona, with a critical introduction by Federico de Onís.—D. C. Heath and Company, Boston, New York, Chicago, London, Atlanta, Dallas, San Francisco.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por JUAN FABRÉ y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

Anima gitana (*Cabrita que tira al monte...*), por CARLO BOSELLI.

Il mondo è un fazzoletto (*El mundo es un pañuelo*), por ITALO ZINCARELLI.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslus (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY v. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), por FRANZISKA BECKER
y S. GRAFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES
LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*).—Bourges-
les-Dames (*Puebla de las Mujeres*), por MAURICE COIN-
DREAU.

L'amour qui passe (*El amor que pasa*), por GERMAINE
DURCOS-CENOS y ROGER MARTIN DU GARD.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por
N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).
Malvaloca.—O mundo é tão pequeno... (*El mundo es un
pañuelo*), por João SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de
confissão, por ALICE PESTANA (Caiel).

A Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenario.—
Cristalina, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LU-
CRETIA XAVIER FLOYD.

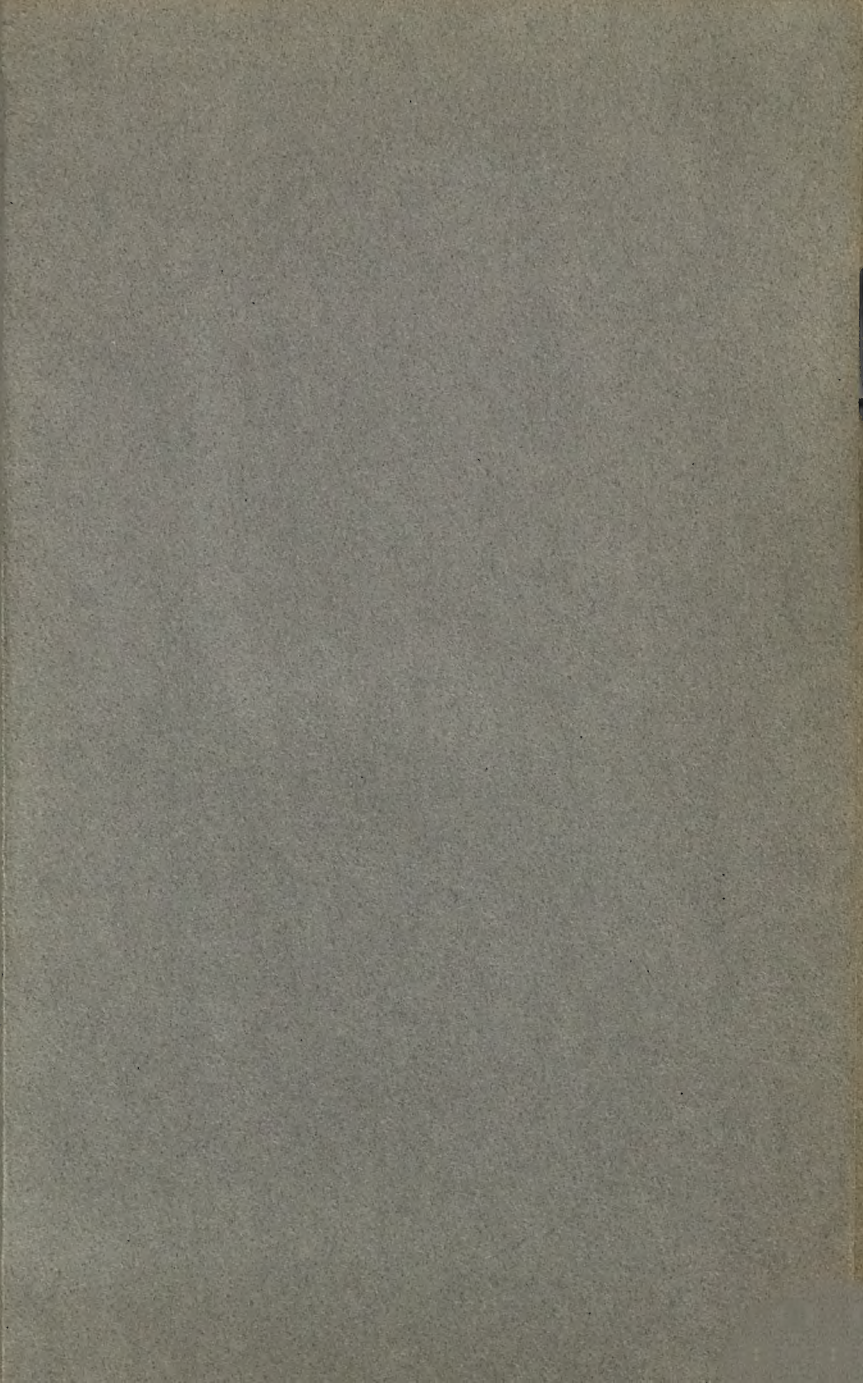
Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

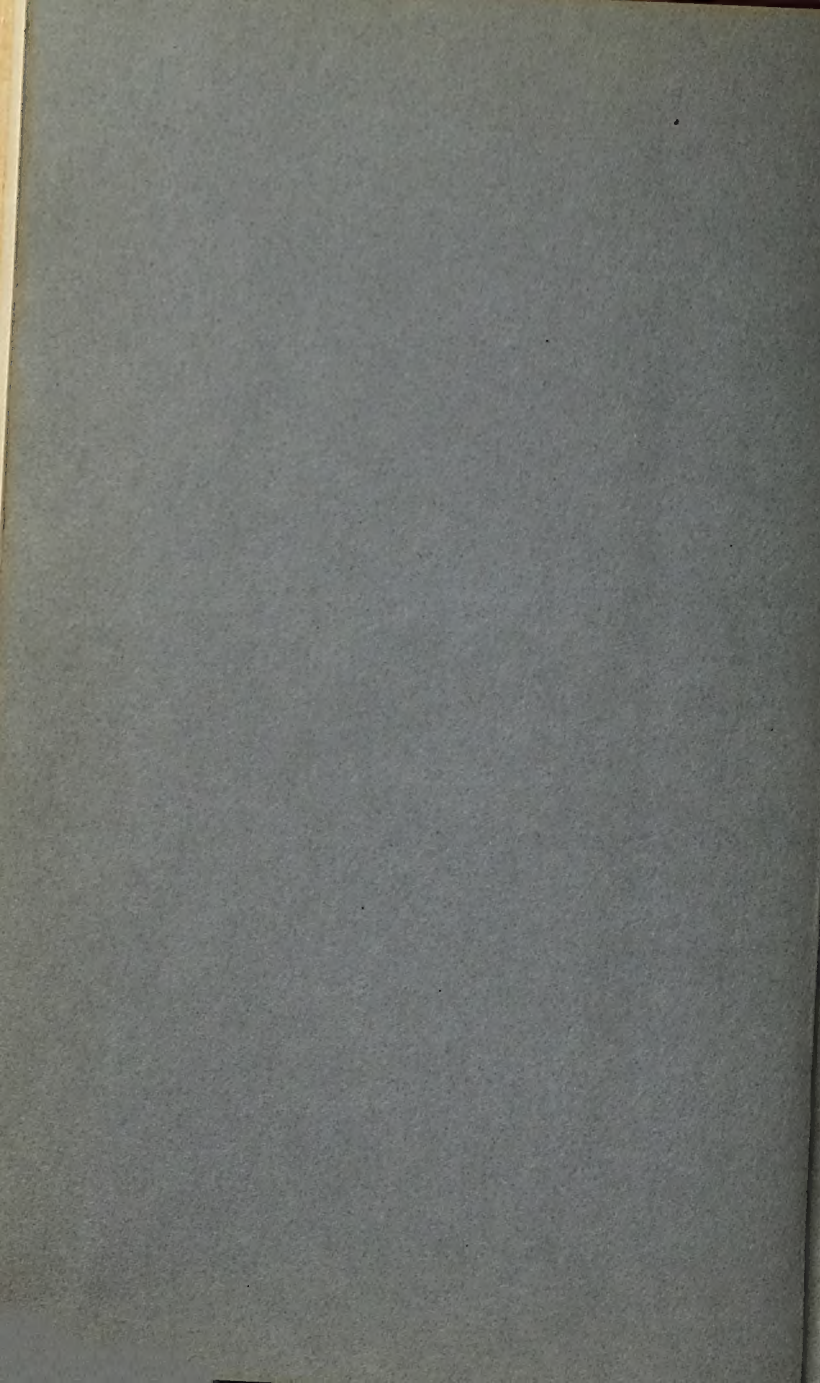
By their words ye shall know them (*Hablando se en-
tiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

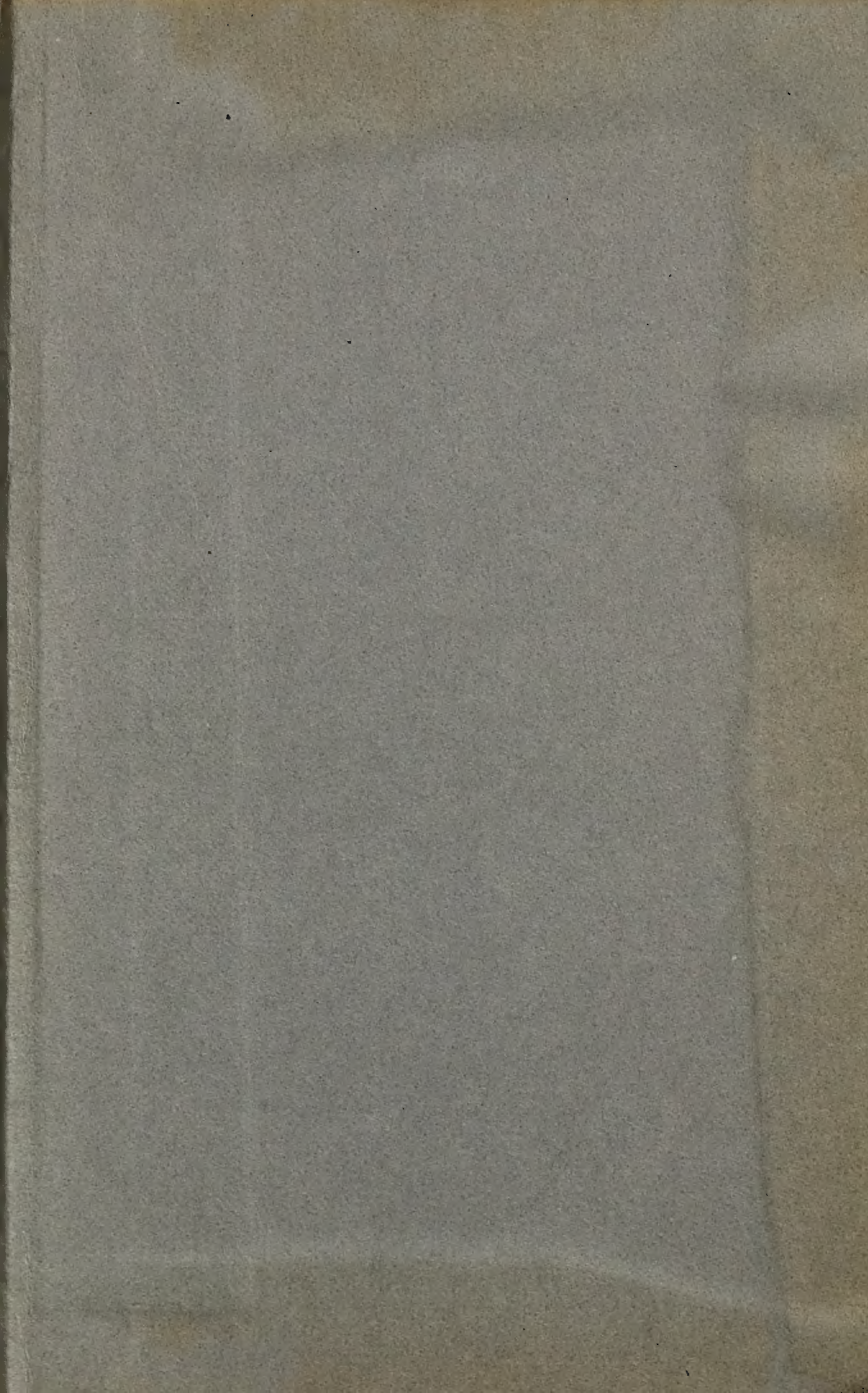
The Fountain of Youth (*La flor de la vida*), por SA-
MUEL N. BAKER.

Reading and Writing (*Lectura y escritura*), por BEATRICE ERSKINE.

Four Plays (un volumen). The Women have their Way (*Puebla de las Mujeres*), A Hundred Years Old (*El Centenario*), Fortunato, and The Lady from Alfaqueque (*La Consulesa*), por HELEN y HARLEY GRANVILLE-BARKER.









3 0081 007 948 619